

冊





Año XII Tomo XXXII Núm. 124

008(83)(07)

Ateneea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



23



1935

1935

127

4

SUMARIO

Félix Armando Núñez	<i>Puntos de vista</i>
Enrique Molina	<i>Homenaje a don Enrique Molina</i>
Enrique Espinoza	<i>Discurso de agradecimiento</i>
Fausto Soto	<i>Soriano el botero</i>
Olga Acevedo	<i>Danza de la alegre muerte</i>
Dr. Angeo Angiolani	<i>Lo que se fué... y lo que queda...!</i>
Axel Munthe	<i>Química y agricultura</i>
Juan Uribe Echevarría	<i>Capítulos olvidados en "El libro de San Michele"</i>
Mariano Latorre	<i>La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual</i>
	<i>Bret Harte y el criollismo sudamericano</i>

LOS LIBROS.—**Luis Durand:** *Don Andrés Bello*, por Eugenio Orrego Vicuña.—**Oscar Vera L.:** *Intuición de Chile*, por Mariano Picón-Salas.—**Luis Alberto Sánchez:** *Aluvión de fuego*.—**C. P. S.:** *Melpómene*, por Arturo Capdevila.—*Alrededores del silencio*, por Carlos María Solari.—**L. D. D.:** *La morena de la loma*, por Lautaro Yankas.—**F. M.:** *Tres años y un día*.—**Milton Rossel:** *Guía de soñadores*, por Fausto Soto.—**D. P. B.:** *La Quintrala*, poemas, por Daniel de la Vega.—**Mariano Picón-Salas:** *Ficheros y otros folletos de Manuel Pedro González*.

SEÑALES — NOTAS DEL MES — LIBROS RECIBIDOS

Precio: \$ 3.50

Octubre 1935

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto	3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLISHED
BY THE AMERICAN
ASSOCIATION OF TEA-
CHERS OF SPANISH.

DIRECTOR

Alfred Coester

**STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA**

AMERICA

Revista de Cultura
Indoamericana

Publicación Trimestral del
GRUPO AMERICA



Encargados de la Dirección

Alfredo Martínez
Augusto Arias
Antonio Montalvo.



Dirección Postal
GRUPO AMERICA

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras,
fundada en 1918

Director Fundador

Victor Andrés Belaunde

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

LEONARDO

Rassegna Bibliografica
diretta da

FEDERICO GENTILE

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

MILANO (111)

REVISTA CUBANA

Publicaciones de la Secretaría
de Educación

DIRECCION DE CULTURA

LA HABANA

CUBA

REPERTORIO

AMERICANO

Semanario de Cultura
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

TRAPALANDA

UN COLECTIVO PORTEÑO

CRITICA,
INFORMACION,
BIBLIOGRAFIA

—
Director:

ENRIQUE ESPINOZA

Rivera Indarte 1030

BUENOS AIRES

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre
la aplicación del Cine a la educación en
cada una de sus ramas (universitaria,
primaria, secundaria, agrícola), así a la
científica como a la popular, y a la hi-
giene social. Se publica en cinco edicio-
nes: inglesa, francesa, italiana, española
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:
dólares 4; pesos chilenos, 32.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Octubre de 1935

Núm. 124

Puntos de vista

Hernández Catá.

Es sin duda práctica excelente de algunos gobiernos de América Hispana la de designar en las misiones diplomáticas a los más prestigiosos intelectuales. Se ha dicho que esta costumbre fué iniciada por la República española; pero lo cierto es que es costumbre antiquísima, abonada por el hecho de que tales misiones tenían además del carácter protocolar, un fino sentido de comprensión y de justicia para el hombre de letras. En América hispana fué siempre el escritor y lo es actualmente en muchos países, un elemento sin figuración, colocado al margen de toda actividad pública. Se le asignó el papel del hombre especulativo que no puede ni debe abandonar su gabinete de estudio, porque sólo el gabinete representa la atmósfera esencial para el florecimiento del arte o de la historia. Además de esta consideración académica, existían razones de orden un poco subalterno. Se suponía que el hombre de letras era hombre indolente, descuidado, de costumbres privadas un tanto deshonestas. Con elevarlo al rango de representante del país se corría el riesgo de colocar ese país, en situación desmedrada.

Nada sin embargo, más irónico que el paso cauteloso del tiempo. Porque define y ordena las apreciaciones y les comunica una intención crítica contraria al cliché establecido. Modifica la psicología de los gobernantes o de los núcleos fuertemente representativos. Y así después de años, de rutinaria conformidad con las frases

hechas y los postulados inconvencionales a que hemos sido y somos tan afectos en América, se vino a caer en la cuenta de que la representación diplomática bien podía quedar en manos de hombres que no pertenecían a clanes políticos de relativa importancia nacional o a instituciones sociales sin arraigo alguno en la opinión más considerable de un pueblo. La historia de la diplomacia americana en su aspecto externo, se confunde con la historia de la política de cada país. Queremos decir que la política entendida al uso de estas democracias ha sido el elemento que ha alimentado la diplomacia.

América ha tenido la rara virtud de ofrecer algunos espectáculos poco edificantes con algunos de sus representantes. Es de celebrar que ellos no hayan sido escritores. También muchos representantes de países europeos han suministrado buenas informaciones a la prensa satírica del continente y a la crónica escandalosa de la vida social. Igualmente el carnet secreto de las cancillerías en donde suele quedar prendida con alfileres irrompibles, la mala calidad y la falta de estilo de muchos otros diplomáticos, cuenta entre sus «trouvailles» algunos episodios dignos de moja.

El hombre de letras ha sido desdeñado sistemáticamente, por muchos gobiernos hispanoamericanos. El escritor por lo mismo que ha carecido de postura política activa, no ha tenido participación en ninguno de los actos de la diplomacia americana. Salvo honrosas excepciones, los diplomáticos han sido hombres extraídos de la política militante.

Es pues una suerte que algunos países hayan querido innovar en esta práctica de servirse del político activo en la provisión de cargos representativos, para cambiarlos por hombres de pluma. En el escritor que ha llevado una vida seria de estudio y de investigación, que ha sabido dar relieve a los aspectos más interesantes de su país y que por su cultura se encuentra por encima del medio, hay la evidencia absoluta de que su representación será honrosa para el país que lo ha designado. Un escritor advierte con mayor presteza los elementos más importantes de integración de una nacionalidad y puede por su misma condición de hombre cultivado

atraer a aquéllos que a su vez, simbolizan la actividad espiritual de otros países, y que tienen en su mano elementos riquísimos de comprensión y de conocimiento de la vida social, económica y artística.

El caso de Cuba y la designación de Alfonso Hernández Catá para servir la representación de su país en Chile, nos ha dado materia para estas reflexiones someras. La carrera literaria de Hernández Catá es una carrera digna y enjundiosa. Su obra tiene arraigo español y en la valorización de uno de los hombres más representativos de América, como es Martí, el autor de LOS FRUTOS ÁGIDOS, supo trazar uno de los cuadros más bellos de la exaltación serena del maestro de la dignidad moral. Su libro MITOLOGÍA DE MARTÍ, constituye una de las contribuciones valiosas para la comprensión del gran cubano y de este modo, al reintegrarse a la tierra nativa, después de una larga vida literaria cumplida honrosamente en España, Hernández Catá abordó el estudio de la figura fundamental del apóstol. El corazón del cubano, dió muestras de que no obstante la ausencia, había sentido siempre latir en él la vena rica de la comprensión y del amor.

Nuestro saludo de bienvenida.

El caso de Gabriela Mistral.

Gabriela Mistral, nuestra eminente poetisa, ha andado estos días en los trajines desagradables del comentario público, torcido y malévolo. Sin ella quererlo. Y todo por una carta privada dirigida a un amigo y publicada en fragmentos, sin consulta previa, por otro. Los fragmentos publicados han dejado ver las críticas de la poetisa a la vida española, a sus hombres de la política y a otros aspectos que, escritores, viajeros y simples turistas han dicho en la prensa, en el libro o en las conversaciones diarias. No es para alarmarse con exceso, ni el caso tiene la gravedad que ha querido conferírsele. Un escritor no es un personaje mudo, ciego y sordo. Por lo contrario, es el más vivo y certero de los observadores. Se le

exige que sea verídico, que no falsee los hechos, que se muestre a la altura de sus antecedentes. La función consular de Gabriela le ha impedido decir públicamente los defectos del carácter español. Pero ha elogiado públicamente sus virtudes en largas y nutridas correspondencias. ¿Hay pueblo alguno de la tierra que carezca de fallas?

Habría que ver y oír lo que han dicho de Chile los extranjeros que pasaron por esta faja de tierra, de vigorosa potencialidad. No se le puede negar a nadie el derecho de juzgar, conforme a su criterio personal o a sus observaciones, los aspectos salientes del país que visita. Gabriela Mistral tiene títulos ganados con creces a la admiración de los escritores americanos. Un juicio sobre detalles de la política española o sobre modalidades del carácter, no es materia para invalidarla ni para hacerle víctima de tantos ataques.

La carta privada fué dada a luz. Infidencia desagradable, que debe ser censurada enérgicamente, salvando la personalidad de la autora que al juzgar, se ha colocado en el punto de vista superior de una artista. Lo escrito por Gabriela en homenaje a las grandes virtudes del pueblo español bastan para desvanecer los mínimos cargos hechos por ella, en un documento privado, a los errores de la política española, a los repuntes psicológicos de esa raza, que ella ha podido observar en su contacto diario y por el propio impulso personal de la herencia de sangre.

En Chile exageramos cuando se trata de juzgar los actos de nuestros compatriotas. Condenamos a fardo cerrado sus palabras o sus hechos por una especie de complejo de inferioridad que nos coloca siempre por debajo de los extranjeros, y que nos induce a perdonarles, los yerros, las malas pasadas, los desprecios y hasta sus juicios despectivos. Son extranjeros y basta. En esto obramos un poco como los aborígenes cuando entregaban sus tesoros a los conquistadores, a cambio de una burda cuenta de vidrio. Pero la daban con tono enérgico, con palabras ásperas, con despliegue de armas y de caballos enjaezados. ¿Todavía mandan los muertos?

El caso de Gabriela es una muestra típica. Felizmente no ha tenido la gravedad que en un principio se intentó darle. Una respuesta de la poetisa a los documentos publicados a raíz de la aparición de la carta, una respuesta alta y serena, ha bastado para desvanecer el equívoco, tan del gusto de estos ambientes.

Gabriela es la poetisa por antonomasia. Es la escritora que más vigorosamente ha contribuído al conocimiento de Chile en tierras de América y de España.

Félix Armando Núñez

Homenaje a don Enrique Molina ⁽¹⁾

«Feliz aquél que calla o niega, por amor a la palabra justa, si algún día encuentra que para lograrla, como yo ahora, debe recurrir a las cálidas voces del olvidado regocijo y la perdida admiración.—
PEDRO PRADO.



PRIMERO, señores, fué como una indecisión entre el estupor de la tragedia antigua y la elegía pura que sonríe con la mirada infantil que se ha bañado en una lágrima donde ya no queda el sentimiento que la motiva como en un cuadro de Greuze, el ingenuo pintor de ingenuas doncellas que sonríen alegremente a la vida después de haber llorado; la oscilación entre el ditirambo que exalta las pasiones y el suave acorde de la lira que las repri-

(1) Este discurso fué pronunciado en la velada organizada por los amigos y compañeros de los cursos de Humanidades del Liceo de Concepción, con motivo del alejamiento de don Enrique Molina de la enseñanza fiscal, después de cuarenta años de fecunda labor pedagógica. El discurso de agradecimiento del señor Molina, a los homenajes que se le tributaron en Concepción, se publica también en este número.—(N. de la R.)

me; primero, el frío de las cimas, el aletazo del aire helado en las cumbres solitarias donde apenas si se respira en la ininterrumpida quietud de la majestad; luego el imperativo de armonía que en la dulzura de los valles hace a la vida posible; primero el temor de emprender una obra superior a mis fuerzas y en seguida la obligación de hablar ahora como un toque de clarín surgido de lo más profundo de la conciencia en un acorde demoníaco al que se responde con toda la fuerza de los pulmones: «A sus órdenes, mi capitán».

Perplejo estaba, alegre, triste: era la helada confusión del que experimenta sucederse en el vértigo de un momento las más variadas emociones. Ahora ya sé: ni el miedo a la retórica, ni la retórica misma podrían detenerme. He venido a pagar un tributo conmovido de justicia y gratitud a la noble tierra de Chile en una de las más faustas solemnidades que en los anales de su cultura, ejemplar en la América española, recordarán los hijos de este país, y no importa que se diga alguna vez que esta límpida fecha queda grabada en un bronce romano con fuego de los trópicos, si a ese decir no se opusieran todavía la quemante sinceridad de mis palabras y el amor al tono heroico, grato a una tierra pétrea y suave, donde sobre la lava de volcanes como la del Osorno, que hollamos como algo sacro, crece la gracia del ulmo aborigen que reviste en el mayor alarde, de floral delicadeza una gala de llovidas estrellas matutinas y donde se escucha la canción eterna del agua que se tornasola entre los bosques y las rocas en el mediodía de más

clásica perfección en que nuestras pupilas se han maravillado jamás.

Perdonadme, señores, si como vuestro poeta pueda jactarme yo de decir que en esta ocasión magnífica, después de haber callado o de haber negado mucho tiempo, por amor a la palabra justa, recurra hoy a las cálidas voces del olvidado regocijo y la perdida admiración, para hacer el elogio de don Enrique Molina, quien, por su importancia en la cultura del continente, impone la actitud de descorrer el velo que cubre el mármol, o mejor el bronce otra vez, o el simple simulacro erigido en vida a uno de esos hombres egregios de quienes una patria espera aún lo mejor de su energía, a pesar de lo mucho que dieron... Inmolarse todo en su obra es el espectáculo más sublime que el mundo moral pueda ofrecer. Hegel, mencionado por uno de los más preclaros varones de la España actual: «En la historia todo lo ha hecho la pasión; pero entiéndase bien, corrige el citado filósofo, la pasión fría». Es decir, y valga mi exégesis, la fuerza unida a la tranquilidad, que es capaz de dominar con señorío de delicadeza, porque es capaz de dominarse a sí misma.

Este señorío que se siente apenas, señorío de maneras, señorío de pulso firme y de criterio saludable es lo primero que impresiona en la figura de don Enrique Molina, en quien el equilibrio intelectual se rompe a veces en corregidas actitudes de Alonso Quijano, «El Bueno», corregidas actitudes que según Américo Castro, cuya opinión compartimos del todo, es lo quinta-

esenciadamente cervantesco, por oposición a lo quijotesco que no es cervantesco, porque Cervantes es la salud estética misma, el orden, la medida.

«No es la oportunidad de decir quién es don Enrique Molina—expresa en columnas de honor «El Mercurio» de Santiago, en su editorial del 1.º de este mes, con austera belleza de comentador avezado—don Enrique Molina, maestro de la juventud, pensador y literato con honda raigambre en los círculos intelectuales del país y del extranjero, creador de una Universidad, hija de su empuje y de su fe en el porvenir de la enseñanza». Para mí, queridos compañeros del Liceo, sí es la oportunidad: de agradecimiento profundo que a mi vez os agradezco con todas las fuerzas de mi alma, ya que en vuestro nombre hablo por especial manera. Y es tan oportuno el momento, que en la intensidad de mi emoción, sintiéndome hondamente feliz de expresarlo se me vienen a la mente los conocidos versos de Goethe en el «Fausto»: «Pueda yo decir al momento fugaz, detente que así eres bello».

Cuando los que nada han hecho censuran, debería ser obligado el silencio en torno a su crítica si ésta recae sobre hombres-montañas, ante quienes los mismos enemigos—si es que los tienen—se descubren casi inconscientemente por respeto. Napoleón, en el Belerofonte, ultrajado por una oficialidad menos que mediocre que lo custodia, llega al puerto de Plymouth. El prisionero se asoma tranquilo al puente. La multitud se descubre ante el enemigo en desgracia, en un silencio

que la historia ha recogido para la eternidad. Todos los valores se discuten y hay argumentaciones para probarlo todo; pero en el fondo, aunque luchen contra sus propias vanidades y digan lo contrario de lo que piensan, los hombres reconocen al Hombre.

Frecuente es, y en demasía, por ligereza de juicio o torcida intención, parangonar a los que han actuado lustros y lustros en primera fila con los que, episódicamente, han tenido una pulcra figuración momentánea, cuyo prolongarse en la sinuosa curva de los acontecimientos históricos o sociales no pasa de ser una conjetura substraída acaso de la realidad por un buen hado. Pero ante cuarenta y tres años de actuar prócer no queda sino inclinarse con un gesto de rendida admiración. Estos cuarenta y tres años de la vida pública de don Enrique Molina, representan una vida ejemplar, en cuyo proceso se acusan, con acentuados lineamientos, caracteres de diversas edades que no en vano la biología y la psicología han tratado de definir; mas, en el que queda siempre como en el maestro de Weimar, maestro también del maestro, un rasgo permanente de adolescencia que se traduce en una incesante capacidad de renovación, que aprovecha con sabiduría la experiencia de los años, para mezclar al conocimiento profundo de los hombres y de las cosas un destello de idealidad pareja de la grata *sophrosine* platónica o del buen natural en que confluyen en un logro de vida superior, hecho segunda naturaleza animadora, la ética y la estética de las relaciones sociales, la simpatía, que

comprende siempre y la razón que contiene el impulso ardiente de generosa capa para evitar el inútil martirio.

En los albores es el estudiante y el profesional, adolescente aun, que en Chillán y en Talca arremete con gallardías de andante caballero, las cuales, atemperadas con el curso de los años no le abandonarán del todo ya más; después la meditación sistemática, las disciplinas filosóficas, la estimación del conjunto armonioso antes del arranque valiente, que pudo ser temerario sin esta contención intelectual, en que hay algo de Leonardo y mucho de la frecuentación de Dickens y de Goethe: todo ello con el actual resultado: la personalidad saludable como el aire de las alturas, la mano vigorosa en el timón, la cual inspira confianza para trabajar sin sobresaltos en esta larga o breve travesía que es nuestra vida.

Pero, debo volver sobre la formación de esta personalidad de que una suerte venturosa nos ha hecho insigne regalo.

Cumplido un siglo de la Revolución Francesa, el Presidente Balmaceda fundaba en la muy noble Santiago de Chile, el Instituto Pedagógico, plantel en que había de formarse el profesorado de educación secundaria y establecimiento único en su género en la América española, donde se han graduado maestros de muchos países hermanos y por consecuencia, hogar ilustre de fraternidad hispano-americana y lumbre que ha contribuido a dilatar el renombre de esta tierra más allá de sus fronteras. Un nuevo tipo de Liceo iba a nacer de

sus aulas. Recuerdo que el notable filólogo, doctor Rodolfo Lenz nos decía de regreso de un viaje de estudio a Europa, efectuado después de la guerra europea, que los liceos chilenos nada tenían que envidiar a los de los más adelantados países del mundo. Tal declaración debe enorgullecernos todavía.

Sea como fuere, el Pedagógico, a cuyo primer curso perteneció don Enrique Molina, significó también una revolución en la enseñanza secundaria. Determinar la magnitud de sus proyecciones corresponde al historiador, vale decir, a la perspectiva que permite apreciar en su justo relieve a los hombres y los acontecimientos. ¿En qué proporción los sucesos y las personalidades recias se mezclan en la evolución de una cultura? Carlyle, Emerson, Nietzsche, entre otros, se inclinarán en favor de los grandes hombres. Tesis exagerada, tal vez, pero que es la única que satisface a los de su estirpe. No puede el hombre superior aceptar lisa y llanamente que él sea hijo de las circunstancias. El siente que crea o modifica circunstancias y nosotros también así lo aceptamos, sin menoscabo de un determinismo riguroso. El verdadero maestro en nuestro concepto debe alentar las individualidades poderosas que encuentra en la asamblea de alumnos cuyas almas interpreta. El alumno inteligente podrá volverse consciente de su valer, pero no vanidoso. El éxito de don Enrique Molina como educador no radica principalmente en haber sido exigente con sus alumnos, que acaso no lo fué nunca, sino en esta su aptitud natural para exaltar la per-

sonalidad humana, en esa unción varonil que su palabra ha tenido siempre para hacernos creer que algo valemos, que el porvenir es en nosotros como una tierra de promisión. Ningún educador ha poseído acaso en Chile esa aptitud singular. Educador de alumnos y de educadores, su monumento más cabal está en el corazón de las generaciones. Ningún complejo de inferioridad, herida más honda que todas las heridas, porque es herida en el alma, ha cundido por obra suya. Y qué grande nos lo imaginamos en sus combates en Talca, donde él mismo representaba, sin pedantes doctrinas de detalle, las nuevas escuelas antes de Dewey, por una sorprendente intuición, o por sus lecturas de Goethe o los anti-intelectualistas como William James.

El valer de don Enrique Molina no es el de los que andan por ahí acuñados en falsa moneda o afincados en la destreza fácil del panegirista de ocasión. Es un valor intelectual y moral que ya nadie podrá disputarle. Inconmovible como la roca del Huelén en el estupendo valle del Mapocho, asiste como actor y protagonista a un proceso de importancia capital en la cultura de Chile y América. Mientras Augusto Thompson, cuyo influjo se continúa en Pedro Prado, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, Fernando Santiván, Rafael Maluenda, Gabriela Mistral y otros escritores de vasta significación en las letras chilenas, se entregan apasionadamente a la lectura y al comentario de los grandes novelistas, cuentistas y poetas extranjeros—llámense éstos Tolstoi, Zola, Ibsen, Nietzsche, D'Annunzio,

don Enrique Molina, sin dejar por ello de informarse continuamente de la producción literaria de extraños y propios, abraza con el amor del marinero que sólo en las faenas del mar encuentra adecuada complacencia, la labor de reflexión profunda que significa la filosofía, y le son familiares Willam James, Lester Ward, Guyau, Bergson, sobre los que ha escrito libros que constituyen en las primeras décadas del siglo XX la pieza de resistencia de ese al parecer festín intelectual, pero en verdad torneo de vigor supremo en que se han dado cita los más esclarecidos espíritus de esta generación. Escribe sin rebuscamientos ni escuela—guiado sólo por una facilidad ínsita a su carácter.—Facilidad para pensar, facilidad de organizador y de improvisador, a la vez que da el tono en las asambleas intelectuales a que ha concurrido, facilidad para dejar en paz a los espíritus agriados, no se sabe si la armonía que emana de su continente es don natural o la obra maestra de un alma incesantemente consagrada a su perfeccionamiento. De todos modos sus actividades de cualquier naturaleza que sean—pedagógicas, sociales, intelectuales—tienen la calidad de las aguas que han descendido de las cordilleras, porque mientras otros frecuentaban el trato de personas livianas, su verdadero e íntimo ambiente lo ha constituido la conversación reposada y constante con los más grandes poetas y pensadores de todos los tiempos. No han sido ajenos para él los sinsabores y amarguras de la lucha por la vida. Pero maestro por derecho divino, en horas que en otros pudieron ser de tribulación

o derrota, nos ha dicho simplemente: «la actitud filosófica». El valor, la templanza, la justicia y la prudencia: ninguna de estas virtudes lo es por sí sola si no va acompañada de las otras, pensaban los estoicos. La etopeya de don Enrique Molina queda circunscrita con esta sublime concepción moral como una piedra de nítidas aristas.

La trascendencia de esta figura que está muy lejos de fallar en la fila de los mejores—junto a los Sarmientos, los Bellos, los Lastarrias, los Vicuña Mackenna, los Amunátegui—se nos representó gráficamente un día que viajábamos allí donde se confunden la Suiza chilena y la Suiza argentina, en el camino a Bariloche. Nombres chilenos representaban el empuje civilizador de la raza. Puerto Montt, Puerto Blest, el Boquete Pérez Rosales. De pronto, en la mayor eminencia del trayecto, la laguna Frías ya en territorio argentino, pero bautizada con un nombre chileno. Allí ese inmenso vaso de agua con el augusto silencio de las alturas y la gracia de una espesa vegetación que trepa hasta encimar las riberas cortadas a pico, y sirviendo como de guía infalible en la pureza metálica del cielo la mole magnífica del volcán Tronador con sus nieves eternas, del que parece irreverencia apartar la vista para detenerla en los detalles del paraje.

Discurso de agradecimiento



Ha sido objeto en estos días con motivo de mi retiro de la enseñanza del Estado de manifestaciones tan brillantes y afectuosas que me han emocionado con una intensidad que no había experimentado en mi vida.

He pasado horas de simpático y expansivo compañerismo invitado por los profesores de la Escuela Anexa y empleados administrativos del Liceo, manifestación que me fué ofrecida en términos conmovedores por mi inteligente colaborador en la Secretaría del establecimiento y leal amigo el profesor don Sirinio Saavedra.

He asistido a un amenísimo acto teatral organizado también por los profesores de la Escuela Anexa con el concurso de sus pequeños alumnos que se desempeñaron como bien preparados artistas y contando además con la cooperación de encantadoras niñas del Liceo Carmela R. de Espinoza.

El Club Rotario, me honró dedicándome su sesión semanal del sábado último, ofrecida en los más benévo-

los términos por mi distinguido ex discípulo y amigo, su presidente don Manuel Maldonado.

Tanto la prensa de la capital como la de esta ciudad, ha emitido en estas circunstancias juicios tan favorables que constituyen para mí un galardón superior a cuanto podía esperar.

Ahora esta magnífica y solemne velada, que han organizado mis amigos y compañeros de los Cursos de Humanidades del Liceo. Y en esta ocasión ser objeto de la palabra elocuente, impecable en la forma, ardiente y maciza en el fondo, de mi gran amigo, el inspirado y hábil poeta y profesor don Félix Armando Núñez, palabras que han sido el ropaje de conceptos elogiosos, de los cuales bien pudiera ser digno si se miran los afectos que mi pecho abriga, pero no por los méritos que esos conceptos suponen. Escuchar aún la palabra emocionada y sentida del aventajado alumno don Jorge Moore. Todavía me habéis hecho hoy mismo el obsequio de una bella obra de arte presentada con el mensaje de una oración de forma exquisita pronunciada por mi amigo el culto y talentoso profesor, don Carlos Martínez Toledo. Al agradeceréroslo particularmente os dije que ese hermoso busto de mujer, me acompañaría siempre al lado de mis libros y que en su dulce silencio, invitador al estudio, me hablaría sin cesar de vosotros.

De sobra comprenderéis que todo esto significa la saturación del alma con sentimientos de la más optimista placidez.

Pero no vayáis a creer que la enumeración que acabo de apuntar, obedece al más leve motivo de vanidad. ¡Ah, no! En cada momento me he venido preguntando: ¿Qué he hecho yo para merecer estas cariñosas muestras de adhesión? ¿De qué suerte agradecerlas debidamente? Y como una necesidad imperiosa de mi emoción tengo que repetirles a algunos y expresarles a otros por primera vez cuán honda es, cuán duradera será mi gratitud.

De ordinario el pasado de la propia vida se encoge como una línea insignificante para dejar todo el espacio de la conciencia a la expansión de las preocupaciones del presente.

Las palabras y actos de que he sido objeto han obrado en estos días como espejos de aumento al efecto de cuyo calor y luz mi pasado se ha desentumecido y ha cobrado volumen ante mis ojos. Ha sido como un testigo que he llamado a declarar en este juicio que yo mismo me he abierto para ver si soy acreedor a lo que estoy recibiendo.

Vosotros sabéis que el Instituto Pedagógico fué fundado para formar profesores de enseñanza secundaria. Los alumnos del primer curso de dicho Instituto, salimos a fines de 1892, para llevar a cabo una reforma trascendental en esa rama de la enseñanza pública. Nos llamaron entonces los concéntricos por el nombre y peculiaridades del plan de estudio que se iba a implantar y que en sus líneas básicas ha continuado hasta ahora.

Los liceos se encontraban por lo general, en un estado deplorable. Los profesores eran todos aficionados. Para profesor de castellano, historia o filosofía, se buscaba a un abogado; para que enseñara ciencias naturales a un médico, como maestros de lenguas vivas a extranjeros de la respectiva nacionalidad. Rectores eran personajes de influyente situación social o política, sin especial preparación pedagógica. Sin embargo, solía darse el caso en una y otra categoría de rectores y profesores sobresalientes por su competencia y dedicación.

También la difusión por el país de profesores titulares contribuyó a que muchos que tenían condiciones ingénitas de educadores, llegaran sin seguir los cursos del Pedagógico a ser maestros distinguidísimos.

El ambiente moral de los liceos, como asimismo sus edificios, instalaciones y material de enseñanza dejaban también bastante que desear. La opinión pública estaba menos preparada, se interesaba menos por las cuestiones educacionales y no eran tan exigente en sus juicios como en nuestros días. Entonces se mantenían incólumes, a pesar de sus graves defectos, liceos que hoy habrían sido barridos por la condenación general.

Aquel momento fué una encrucijada decisiva en mi vida. Resolví consagrarme por completo al magisterio y al estudio y no a la abogacía, cuyos cursos estaba por terminar. Pensé que nuestro país necesitaba más profesores que abogados y no quería ser profesor a medias. Quien sabe si mi resolución no fué otra cosa que la

obra de un instinto salvador que, dada mi falta de aptitudes, me libró de ser un mal abogado.

Pero no quería ser dómine.

No me tentaba la técnica de la enseñanza y de algunos defectos que de esto se derivan, no me he corregido nunca. Me atraía la comunicación de las almas, el fuego que en ellas se enciende, tanto en el maestro, como en los discípulos, las simpatías mutuas que se despiertan al calor de la obra educativa.

Siempre me acerqué a mis discípulos con espíritu de comprensión y cariño. Me explicaba y perdonaba interiormente sus faltas, corrigiéndolas sólo para que de su carácter no estuviese ausente la disciplina, sin la cual ningún hombre puede llevar una vida digna ni servir a la sociedad. Los consideraba fuerzas en potencia que había que cultivar. Innumerables han sido las veces que he tenido yo más confianza en su porvenir que ellos mismos, y he despertado las energías del Lázaro que dormía en sus almas. Pero qué tarea tan bien recompensada es ésta tanto en el momento que se toca el resorte eficaz de voluntades adolescentes por el placer íntimo que ello procura, como más tarde con la flor espontánea del reconocimiento de los jóvenes.

Hace más de treinta años sintetizaba lo que había venido poniendo en práctica en las siguientes palabras: «Es indudable que para que la tarea de un profesor sea provechosa, influyen más que una serie de máximas sobre procedimientos técnicos el concepto general de la vida que él tenga, una elevada idea de su misión y un

sentimiento profundo de lo que le corresponde hacer en la sociedad».

Digamos: darle a la vida un alto y vigoroso sentido moral. Cómo se prestan las clases de historia y filosofía para esta labor de afirmar valores y de sugerir ideales. La clase, sin la obsesión del programa exorbitante que urge embutir en la cabeza de los alumnos y sin hacer de ella una caza de muchachos que ignoran sus tareas, es una hora de deliciosa y fecunda expansión espiritual.

Aunque no se pretenda llegar a las cumbres del heroísmo ni de la santidad, entona el alma compenetrarse con los héroes, santos y grandes hombres que han tenido el carácter de dar a su vida un sentido de actividad creadora, de abnegación, en favor de una idea, de la patria o de la humanidad.

Las leyendas heroicas de la Grecia nos brindan su lección de valor consagrado al servicio social.

Es saludable convivir el sacrificio de Sócrates por defender su libertad de juzgar y mantener la consecuencia en sus doctrinas.

Siempre es grato repetir las palabras aladas de Jesús.

Los estoicos nos enseñan a conservar la serenidad del ánimo y el indispensable dominio de sí mismo.

Hacemos con los puritanos ingleses el esforzado viaje de la Mayflower a la América del Norte para asegurar la libertad de conciencia.

Llegamos transidos de admiración a las orillas del

Delaware con los cuáqueros de Guillermo Penn, que practican en verdad el evangelio de la fraternidad humana, y para colonizar no disparan un tiro, sino que les compran a los indios los terrenos que necesitan, y los indios dicen: «Seremos eternamente amigos de estos hombres hermanos que no ejercitan la violencia».

El espíritu de empresa, de resistencia y de sacrificio de los conquistadores españoles es como una semilla arrojada en la tierra del Nuevo Mundo que rebrota poderosa en los héroes creadores de la independencia americana.

Es glorioso morir como Lincoln por haber abolido la esclavitud.

Y cuánto héroe, cuánto sabio y artista, cuánto inventor más. Desde el Cid a Cervantes, desde Juana de Arco a Zola, desde Gutenberg a Goethe, desde Miguel Angel a Marconi, desde Bolívar, San Martín O'Higgins a Bello y Montalvo, la galería es inagotable.

Sin desdeñar el subministro de informaciones y datos, ni el razonar científico y filosófico, la modesta sala de clase se convierte en un lugar donde se celebran liturgias humanas y donde se da consistencia al carácter alrededor de las ideas céntricas de deberes que cumplir y responsabilidades que asumir. Sobre todo—así queda de manifiesto con las reflexiones del aula—en las circunstancias difíciles, en los momentos de prueba, no hay otra brújula más segura para la voluntad que con

siderar claramente las responsabilidades que nos incumben.

El Liceo es también un centro de armonía social y de tolerancia. No se menosprecia al muchacho pobre o de condición humilde; tampoco goza de privilegio alguno el hijo de vecino opulento. Aquél recibe la ayuda y cooperación que éste no ha menester. No se hace de la fortuna legítimamente adquirida un motivo de vituperio. No busca pues su orientación el Liceo ni en un falso aristocratismo ni en un descarriado bolchevismo. Mide a sus alumnos con el cartabón de los valores intelectuales, morales y cívicos y los acostumbra a usar igualmente de esta medida para juzgar a los demás.

En el Liceo no se atacan las creencias religiosas y los colegios particulares son, por lo general, objeto de la mayor ecuanimidad de parte de las comisiones examinadoras que van a fiscalizarlos.

Los progresos de la enseñanza secundaria en el último medio siglo han sido bastante apreciables en la preparación del personal docente y administrativo, en los planes de estudio, en los programas y en la persecución del desarrollo integral de las facultades del educando. Algo se ha hecho también para mejorar los edificios, las instalaciones y el material de enseñanza.

Habría mucho que decir de reparos a menudo exagerados que se hacen a esta rama de la educación sobre el enciclopedismo que desperdiga los espíritus e impide su fecunda concentración, sobre que no prepara a los jóvenes para ganarse su existencia y los encamina sólo

a las profesiones liberales y a la empleomanía; pero no me corresponde en esta ocasión discurrir sobre tales problemas. He querido detenerme únicamente en puntos que el educador no puede descuidar cualquiera que sea la orientación que se dé a la enseñanza, puntos que tienen que ser la espina dorsal de toda vida, como son los que se refieren a la disciplina moral.

Me imagino un diálogo con mis discípulos al respecto:

—Y usted que viene de una lejanía de tantos años, ¿qué nos dice de lo que debe ser como una destilación dejada por el tiempo en su espíritu?—me preguntarían.

—Hay ciertos conceptos señeros que esencialmente no cambian. Los progresos técnicos parecen transformar por completo la faz del mundo, pero para el alma no son más que una especie de superestructura, como lo son las propias manifestaciones materiales de esos progresos sobre la constitución de nuestro planeta. Un hombre de ogaño va de Santiago a Buenos Aires en avión en cuatro horas en lugar de los dos, cuatro u ocho días que empleara el hombre de antaño en hacer idéntico viaje en tren o a lomo de mula. Aquel atiende sus asuntos en automóvil y no a caballo o a pie. Despacha su correspondencia en máquina de escribir y no con pluma de ave o de acero. Oye las vibraciones de la radio de todo el mundo y va al cine. Pero el hombre de ogaño tiene el deber de trabajar como el de antaño y más aún para poder aprovechar los adelantos que la técnica le ofrece. Tiene la obligación de usar su auto

para el bien y no para dar golpes de mano o raptar una muchacha. Tiene la obligación de emplear su máquina de escribir para decir la verdad y no para mentir o mandar anónimos. O sea, bajo los cambios exteriores, siguen corriendo para la nutrición del alma las mismas claras fuentes seculares que hablan del trabajo, de la veracidad, de la condenación de la mentira y de la honradez.

—Entonces si los principios morales son tan antiguos y claros, ¿por qué hay problemas?

—Los principios son antiguos, pero la tentación es siempre nueva ya se presente o no bajo el reclamo de inventos recientes. A su hora cada mujer es una Eva y cada hombre un Adán, con la diferencia respecto de la leyenda paradisiaca de que el diálogo suele empezarlo él y no ella. El amor, viejo como la vida, es una sinfonía enteramente nueva, cuyas resonancias llenan el ser que lo sienten de verdad. La ley del trabajo es tan antigua como la sociedad humana y la pereza nos acecha todos los días, tomando las más variadas formas, empleando los más sutiles sofismas, para tentarnos. La condenación del robo es tan añeja como el Decálogo y la tentación de apoderarse de lo ajeno, con su secuela de mentiras y de toda clase de perturbaciones es irresistible para algunos. De la moderación y templanza en los goces sensuales hablan las más remotas filosofías y muchos hombres no son más que una piltrafa a causa de sus excesos. Es cierto que un escritor ha dicho que la tentación se ha hecho para caer en ella; pero esta

no es más que una ingeniosidad literaria. Hay cosas que están en su lugar en la literatura y en el cine, pero ¡ay! del que, creyéndolas imagen de la vida y olvidándose de los principios que esas cosas suelen atropellar en la novela y en la pantalla, trata de aplicarlas a su realidad porque las consecuencias serán desastrosas. El hombre no puede substraerse a lo que aconsejan la disciplina y el dominio de sí mismo sin correr el riesgo de deshacer su integridad espiritual, de caer en los vicios que disuelven el carácter, de ser como el sobreviviente de su propio cadáver.

El rectorado tiene los relieves de una escuela de lealtad y de valor. De lealtad para con todos, para los jefes y los subalternos, para los de arriba y los de abajo. De valor en un sentido negativo para despreciar y no responder a ningún ataque injustificado o calumnioso; en un sentido positivo, para ser siempre justo y vivir en la verdad. Por supuesto que los rectores no van a pedir el privilegio de estas virtudes que deben ser el patrimonio de todos los hombres. Pero es menester además que en las relaciones de jefes y compañeros no falte nunca un blando latido cordial. Así lo he deseado siempre. Rectitud penetrada de afectos o afectos con base de rectitud; estas fórmulas que me parecen admirables para la vida podrían expresar cuál ha sido mi aspiración.

No pretendo de ninguna manera señalar normas con lo que he dicho. Mi distinguido sucesor en el Liceo me superará fácilmente en lo poco que he llevado a

cabo. Los profesores que me reemplacen me superarán también si es que no me han superado ya con las muestras que hayan dado de sus capacidades docentes. Los discípulos deberán superar a los maestros. Esta es una forma del progreso que tenemos que acatar y cuya realización debemos desear en bien del mejoramiento de la colectividad.

No he considerado jamás una manifestación que se me haya hecho como el pago de una deuda anterior, sino como un crédito que se me abriera sobre futuras actividades mías. Cuánto más en este caso dada la grandeza y espontaneidad de los actos que me habéis generosamente ofrecido, queridos amigos del profesorado y jóvenes estudiantes. Aquí me tenéis, pues, con el alma encendida de gratitud. Soy como un viajero que ha llegado al término de la mayor jornada de su vida y ahí se encuentra rodeado de almas amigas que le deparan instantes de la más perfecta felicidad que es posible alcanzar en la Tierra. Con la esencia de vuestros afectos ha cobrado nuevo brillo la lámpara del viajero alumbradora del camino, y siempre trabajando, luchando cuando las circunstancias lo requieran, sufriendo si es preciso, para ser digno de la aprobación que le habéis tributado, va el viajero a continuar una vez más la ruta sin apartarse de la línea recta ya trazada.

Soriano el botero



AQUEL año resolvimos volvernos de Chile por el sur. Yo había llegado a Santiago el año anterior por la última combinación del Transandino, precisamente la víspera de la gran inundación que lo interrumpió. Después me fui con la que ahora es mi mujer y volvimos por el mismo camino de Mendoza. Para no insistir en una sola ruta decidimos, pues, buscar otra y nos llegamos hasta Pucón. A lo mejor, era posible atravesar la cordillera por el paso más corto, frente a Junín de los Andes. No lo intentamos siquiera a causa del calor y nos quedamos unos días en Pucón.

Este pueblo, famoso por la belleza de su paisaje tanto como por el tamaño de los salmones de sus ríos, está situado como es sabido, en el extremo oriental del lago Villarrica, cerca del volcán del mismo nombre. Durante algunas horas del día puede verse a este rascacielo autóctono completamente despejado y, en verano, por lo menos, con las huellas de los excursionistas (o de

sus patines) alrededor de la cumbre, eternamente cubierta de nieve.

Llegando a Pucón de mañana por la carretera que bordea el inmenso lago, sólo se tiene, sin embargo, la impresión de un pueblo fabril cualquiera.

Las maderas apiladas en las orillas y en las balsas; los embarcaderos con su cortina de mosquitos; el ir y venir de los cargadores descalzos; el ruido de las sierras mecánicas; y, sobre todo, las chozas miserables improvisadas junto a los árboles, con mujeres desgredadas, preparando la comida afuera y guaguas llorando adentro; contradice completamente la idea de prosperidad que sugiere el nombre del lago o del volcán. Hasta el mismo cielo aparece a grandes trechos echado a perder por el humo de las fogatas.

Una larga calle polvorienta cruzada de carretas arrastradas por bueyes inaugura o pone fin al pueblo, cuyo cementerio se ve ahí arriba sobre el cerro más cercano, detrás del cuartel de carabineros.

A la vuelta está el correo, la farmacia, la tienda, el almacén. Por esta calle, que se cierra con una alta hilera de álamos, se va a la playa. Nosotros tardamos, desgraciadamente, en averiguarlo. Anduvimos, al atardecer, dando vueltas inútiles por entre los boldos, junto a los embarcaderos llenos de rollos de alambre y sacos de cemento para el hotel fiscal que estaba entonces en construcción.

Al fin, siguiendo tras la carreta de un viejo campesino de ancha narizota y grandes barbas, muy parecido

nasta en su apostura a Tolstoi, descubrimos la playa. Era la verdadera cara de Pucón que ya no habríamos de confundir con la parte posterior.

El paisaje es aquí realmente soberbio. A los pies del nuevo hotel, a todo lo largo de la desierta playa de arena negra el lago se extiende ancho como un mar.

A un lado una península rocosa cubierta de vegetación y llena de pájaros se adelanta en el lago como una escollera larguísima. Al otro, la serranía cultivada en varios planos muestra en sus faldas un par de casitas de techo rojo que a la distancia parecen de juguete, y más allá, lejos, casi en el límite argentino, se ve el Lánin todo blanco, brillando a los últimos resplandores del sol como el ojo de un cíclope...

Ninguna embarcación en el lago a esta hora; pero sí en la orilla una serie de botes encajados en la arena y tres o cuatro boteros aguardando turistas en la playa.

Nos acercamos al más joven—un muchacho de cara maciza y pelo hirsuto—que está leyendo una revista a la postrera luz del día.

—¿Puede llevarnos—le preguntamos—hasta el Hotel Acevedo?

Sin mostrar sorpresa por la tardía pareja que ha hecho el camino del hotel por tierra para hacerse llevar por agua, ni por la elección de que es objeto él, el único botero que no nos ha ofrecido sus servicios con un «patroncito» adulón, responde afirmativamente: «Ya». Y en seguida, tras de guardarse la revista entre las ro-

pas, desarrima su bote nuevo hasta el punto de no tener nombre.

Nos ubicamos en la popa y partimos. Por la distancia recorrida a pie hasta la playa calculamos llegar al hotel en pocos minutos.

Pero nuestro joven botero nos dice, sin sombra de servilismo hipócrita en la voz, que no llegaremos antes de media hora. Hay que dar toda la vuelta a la península y vamos contra la corriente. Mientras el muchacho rema con decisión, apoyando el cuerpo en el pie derecho, cuyo dedo gordo se le ha vuelto miguelangelesco con el ejercicio, conversamos.

Resulta llamarse Soriano de nombre y ser del vecino pueblo de Freire. Aunque apenas alcanza la mayoría de edad es ya un hombre hecho y derecho. Más bien bajo y robusto, de hombros anchos y cabeza erguida. Un chileno típico de sangre araucana, seguramente. Su rostro bronceado, de nariz aguileña, fuerte mentón y boca excesiva dice de una juventud un poquito precoz.

En un español correcto, que hasta llama la atención por uno que otro término casi pulcro, Soriano nos cuenta su vida. Ha trabajado desde chiquillo en los más diversos oficios, desde peón de fábrica hasta recibidor de maderas. En cierta ocasión en que andaba desocupado, —porque también tenía sus tiempos malos— alguien le ofreció una plaza de carabinero en su pueblo; pero él no la aceptó porque la vida del carabinero es muy estéril...

Su orgullo finca justamente en ser un hombre fiel a su clase. Cuando estaba en el servicio militar—nos cuenta—un oficial del ejército me amenazó con meterme una bala porque andaba siempre con los obreros; pero yo no dejé de hacerlo por eso y él no cumplió su amenaza.

—He aquí un insospechado hijo del pueblo—le digo por lo bajo a mi mujer, que tras de nuestro encuentro con el carretero parecido a Tolstoi, parece dispuesta a hallar tipos novelescos en Pucón. Soriano lo es, en efecto, y mucho más de lo que nosotros mismos nos imaginamos.

A una pregunta nuestra sobre los pobladores indígenas del lugar, nos informa que casi no quedan mapuches en Pucón; los pocos que hay están muy españolizados.

Para que lo comprobemos, nos ofrece llevarnos al día siguiente al boliche de Colipe, un hijo de cacique, que viste como nosotros. Sin embargo, a otra pregunta: ¿Por qué el lago está tan agitado? (ciertamente el bote se mueve mucho) Soriano responde convencidísimo: «Pues porque el agua está celosa de los rosados».

Hay, sin duda, entre estos fenómenos una relación profunda, aunque de otro orden. De cualquier modo, su inocente panteísmo indígena nos gana el corazón. Callamos como para sentirnos más cerca de la noche y del lago, que parece respirar a través de los remos del muchacho.

Hemos charlado con Soriano de igual a igual desde que subimos al bote. En ello está seguramente el secreto

de la simpatía que brilla a ratos en sus ojos, lo único que alcanzamos ya a distinguir de él, fuera del movimiento isócrono de sus brazos.

Vamos doblando la península y es noche cerrada. Pero, a favor de las olas, estaremos en pocos minutos en el desembarcadero de nuestro hotel.

En efecto, pronto distinguimos la silueta sombría de un álamo solitario que hay en la casa contigua, y que por estar frente a la ventana de nuestro cuarto llamamos nuestro álamo.

Menos preocupado de los remos, Soriano nos cuenta ahora cómo aquella misma tarde vió ahogarse del otro lado del lago a un pintor del hotel en construcción, mientras se bañaba después del almuerzo. Algo habíamos oído, de paso, en una esquina del pueblo a propósito de un «hombrecito» ahogado; pero sin sospechar que se trataba de una desgracia tan reciente. Tres o cuatro boteros acudieron, según Soriano, a los gritos del infeliz, pero no lograron arrebatárselo vivo al lago. Cuando lo trajeron a la playa estaba terriblemente hinchado y no tenía ya salvación. Soriano lo vió muerto, pero no le tomó por eso miedo al agua. Ahora mismo estaba decidido a volverse para dejar su bote, porque al otro día tenía que salir muy temprano a pescar.

Impresionados por el accidente, tratamos de disuadirlo de su inmediato regreso. Nos resiste al principio; pero ya en el desembarcadero, ante nuestra insistencia deja, al fin, el bote amarrado para hacerlo llevar a la madrugada en carreta. Nos hacemos cargo del gasto y

recompensamos con largueza el esfuerzo de sus puños y su intrepidez. El muchacho se despide visiblemente satisfecho, después de asegurarse de que vamos a salir con él otra vez al día siguiente. Sentimos deseos de invitarlo a nuestra mesa; pero nos detiene el temor de confundirlo.

El pobre anda descalzo y bajo su blusa rotosa lleva una camiseta menos pulcra que su parla. Dejamos, pues, que se aleje con su revista en la noche.

II

Cuando volvemos a encontrar a Soriano en la playa, el sol está demasiado alto ya para ir en su bote hasta el boliche de Colipe.

—Mejor será por la tarde—le decimos, de entrada.

Ahora vamos a bañarnos en el lago; pero a pesar del empeño del muchacho, resulta imposible conseguir un traje de baño en la playa y mi mujer sólo ha traído el de ella. Para no volverme al hotel no me queda otra salida que bañarme desnudo. Se lo digo a Soriano y nos aleja en su bote hasta la punta de la playa. Luego, mientras nos desvestimos, él se retira discretamente a leer su revista detrás de unos árboles que hay cerca.

No lo hacemos esperar mucho porque al rato yo me improviso un taparrabo con una prenda cualquiera y lo llamamos a celebrar la humorada con nosotros. Mi ta-

parrabo, una vez mojado, es realmente irreprochable y podemos volvernos con él al lugar más concurrido de la playa. Preferimos quedarnos, no obstante, descansando en la arena. El bueno de Soriano, al sentir otra vez nuestra familiaridad, nos continúa sus confidencias de la víspera.

Años atrás fué a la escuela nocturna de Freire durante siete meses.

Tuvo que dejarla porque la maestra no tenía más que un solo libro y él ya se lo sabía de memoria. Con todo, aprendió algo de gramática. Más tarde quiso perfeccionarse en una escuela por correspondencia de Buenos Aires. Recordaba haber escrito a la calle Rivadavia, la más grande del mundo, sin que le contestaran, porque no había acompañado ningún dinero.

Ahora, en los meses de invierno se dedicaba a ser actor de teatro en una compañía de Temuco (de ahí, sin duda, su preocupación lingüística, su gusto por la lectura) y durante la temporada de verano hacía de botero y pescador.

—En Pucón hay un alemán que me compra todos los salmones que le llevo, para venderlos después ahumados. Paga poco pero como los recibe siempre y en cualquier cantidad, esto me asegura una ganancia fija.

Además, durante la temporada anterior—agrega Soriano—me ha ido bastante bien con el bote, tanto que pienso con los ahorros de este año comprarme el próximo un motorcito en Santiago. Cuando tenga el motorcito—concluye aunando su doble preocupación—

voy a ponerme a estudiar el inglés, porque a Pucón vienen muchos norteamericanos, y para atraerlos, hay que conocer su lengua.

Le aconsejamos que se ponga a estudiar desde ya, porque el aprendizaje de un idioma requiere tiempo, pero Soriano se conforma, entretanto, con ponerle un nombre gringo a su bote y nos consulta uno eficaz al respecto.

Pensando tal vez más en la sorpresa de Mariano Latorre—huésped frecuente de Pucón, cuyo retrato más bigotudo cuelga en el comedor de nuestro hotel—que en los problemáticos turistas de Soriano, le propongo el nombre del escritor angloargentino Guillermo Enrique Hudson y para mayor efecto, se lo escribo en su revista con las iniciales correspondientes a su apelativo en inglés.

W. H. Hudson.

El nombre le suena seguramente a marca de automóvil, pero las iniciales lo intrigan y nos pide que le digamos quién es este Hudson.

Mi mujer le dice cuanto puede ser él capaz de repetir sobre el autor de *Id le days in Patagonia* (que no hay que traducir como el otro, por días idílicos, sino días de ocio en la Patagonia). Por mi parte, le prometo mandar desde Buenos Aires un ejemplar de «El Ombú». Soriano parece encantado con el nombre fluvial de Hudson y quisiera verlo pintado en seguida sobre los flancos de su bote en grandes letras rojas de imprenta. Se lo prometemos. Pero es me-

dio día ya y en el hotel en construcción donde el muchacho puede procurarse un poco de pintura, los obreros están almorzando. Nosotros tenemos que hacer lo mismo, así que lo dejamos todo para la tarde. Entonces vamos a detenernos también en el boliche de Colipe para celebrar el bautizo, antes de seguir para La Rinconada.

Desgraciadamente, después del almuerzo no podemos volver a la playa porque se descuelga una tremenda lluvia que no cesa en varias horas. Sólo al atardecer el aguacero parece amainar y aprovechamos la primera tregua para salir del hotel. Pero en la puerta de calle nos detiene una inesperada manifestación. Es el cortejo fúnebre del obrero ahogado la tarde anterior.

Más de cien hombres con las cabezas descubiertas y flores en las manos desfilan en dirección al cementerio tras del féretro que llevan a pulso entre cuatro.

La muda elocuencia de la masa pospone nuestra fiesta a su dolor y al descubrir a Soriano entre el gentío, no resistimos a la tentación de sumarnos al desfile.

En la puerta del cementerio un hombrecito cuenta el número de los que entran ¿Vanidad sentimental?

Cuando se acaban de depositar las ofrendas empiezan los discursos.

Habla primero en nombre de los pintores del segundo piso, al que pertenecía el extinto, un hombre gordo, de voz potente. Declama una serie lamentable de lugares comunes sobre el muerto, cuyo nombre tienen que soplarle porque no lo sabe con precisión. El

que lo sigue en la cháchara mortuoria—un mozo menos robusto y más bajo de estatura—tampoco logra pronunciar acertadamente el nombre de su compañero muerto. Lo llama Juan Nicodemes en vez de José Nicomedes, provocando como el anterior, una serie de murmullos y rectificaciones entre los que lo escuchan alrededor de la tumba. Pero ninguno de los dos ignora lo del «lago hermoso, aunque traidor» y otras galas retóricas por el estilo sobre el laurel y la gloria.

Abandonamos el cementerio, desolados, mientras un tercer obrero, que ya no queremos ver siquiera, repite esa abominable literatura de sus superiores.

Soriano nos sigue en silencio. Parece comprender nuestro disgusto de la ceremonia. Sin embargo, solo consigue explicárselo cuando por el camino lleno de letreros prohibitivos, le hablo de los millones de hombres condenados a no poseer un poquito de tierra hasta después de muerto, a no alcanzar ni siquiera entonces la expresión de sus verdaderos sentimientos; porque sus amigos y compañeros solo han aprendido a repetir, de buena fe, palabras vacías.

Poco a poco, le voy diciendo a Soriano el discurso que no me animé a pronunciar ante sus camaradas.

A todo esto, se ha hecho demasiado tarde para ir a la playa y tenemos que aplazar otra vez nuestra promesa literaria. . .

III

A la mañana siguiente, pintamos al fin, con improvisados pinceles de trapo, el nombre de Hudson al bote de Soriano.

Durante toda una hora, de rodillas en la arena y en traje de baño, repasamos de rojo las letras trazadas primero, en ambos flancos, con lápiz.

Soriano no se queda ocioso a nuestro lado. Con un pañuelo se dedica a contener los goterones de pintura, obligándonos a aumentar con cada mancha el tamaño de las letras que, por último, acaban por adquirir las proporciones correspondientes no a un simple bote, sino a toda una barcaza.

Cerca del mediodía damos por terminada nuestra obra entre la curiosidad de algunas gentes que ya están volviendo de la playa.

En seguida nos metemos en el lago para refrescarnos, dejando mientras tanto el bote al sol. Una vez secas las letras y nosotros vestidos, nos vamos en el «Hudson» al boliche de Colipe para celebrar en forma el bautizo.

Son apenas las doce y media; tenemos, pues, tiempo de sobra para cubrir íntegramente nuestro programa.

Empezamos por retratarnos los cuatro con el único fotógrafo de la playa. Soriano está contentísimo con los padrinos que le han salido a su bote. El lago parece

adormecido, casi sin olas. Atravesamos con suma facilidad las seis barras del río Trancura, sumergiendo infantilmente los dedos para probar la diferencia de temperatura de sus aguas.

En el boliche de Colipe, situado en la falda de un cerro al que se llega cruzando un ancho estero, almorzamos servidos por el dueño de casa y su mujer.

Entre brindis y brindis por el bote, por nosotros y por los perros y gallinas que comparten nuestras sobras bajo el parrón, se nos va una hora. Otra, o poco menos, la pasamos con el hijo del cacique en su cuarto lleno de choapinos, conversando de la tierra y de los indígenas que la cultivan en los cerros más lejanos.

Después bajamos con una buena provisión de frutas para seguir en el «Hudson» hasta La Rinconada.

El cielo, ligeramente sombrío, oculta un sol pálido que ayuda a soportar el calor de la siesta.

Nos internamos en «La Poza» por un largo brazo que bordea la serranía en una variada sucesión de rincones agrestes, todos llenos de pájaros.

La roca viva muestra a grandes trechos la huella de las crecientes en una barra obscura que alcanza medio metro del nivel actual.

En los lugares donde la vegetación lo cubre todo, las caídas de agua son frecuentes y algunas tan a la mano que vale la pena detenerse a beber de ellas. Lo hacemos repetidas veces antes de arribar a la parte llana que resulta la más pintoresca, porque en sus orillas

de remanso los árboles se entrecruzan en lo alto, dejando ver apenas el cielo.

Bajamos a tierra para darle un rato de descanso a los brazos de Soriano y estirar, nosotros, un poco las piernas.

En busca de sombra, recorreremos un bosquecillo ralo que mira hacia la cordillera. De pronto, Soriano, satisfecho, al parecer, de la jornada, nos pregunta si vamos a celebrar también con él su próximo bote a motor.

—Depende del lugar donde nos encontremos entonces y del nombre que Ud. le ponga a su bote.

—Llámelo Lenin, le propone mi mujer, que se ha detenido a contemplar al coloso de perfil.

—O mejor. Lenin, le corrijo yo, por broma, y no muy seguro de que Soriano me entienda.

Pero el muchacho se sonríe inteligentemente y dice con sorna:

—No; Lenin, no, porque me llevarían gratis a Santiago...

Y en seguida nos hace un resumen de sus ilusiones democráticas.

Con el paseo se nos despierta el apetito a todos y no tardamos en volver al bote. A la sombra de un canelo, el árbol sagrado de los indígenas, nos comemos la fruta antes de emprender el regreso.

Nos quedan solamente dos horas de luz: el tiempo necesario para llegar al punto de partida.

Hasta el boliche de Colipe vamos sin novedad, los

ojos fijos en la extraña vegetación acuática, pero ya en el estero, el bote no puede pasar por la abundancia de los juncos y la escasez del agua. Soriano tiene que bajarse y arrastrarlo un trecho de la proa.

Cuando vuelve a retomar los remos nos advierte que ha cambiado el viento.

Atentos todavía a la variedad de abajo, no le hacemos caso y sólo al entrar al lago nos damos cuenta del significado de su advertencia.

Por lo pronto, el bote empieza a balancearse de lo lindo y nosotros a sentir fresco.

En las proximidades del Trancura las aguas encontradas oponen una fuerte resistencia al avance del «Hudson», pero Soriano adentrándolo un poco en el lago, consiguc vencer a punta de remo, una tras otra, las tres barras del río. Y mientras vamos al encuentro de la cuarta, el hombre se da el lujo de contarnos cómo en una ocasión semejante le ganó una carrera a cierto alemán que venía con dos mujeres en un bote delante de él

—Eran unas damas de Santiago que después no querían salir sino conmigo. Antes de irse, me ofrecieron conseguirme en Santiago un empleo de portero, librero o actor; el que yo eligiera; pero yo no les acepté.

Durante este disimulado descanso de Soriano el bote, abandonado casi al vaivén de las olas, significa una jactancia más temible que la de su dueño.

Por la presión de la mano de mi mujer, comprendo

que no ha dejado de sentir miedo, a pesar de la recordada «performance» de Soriano y de mi fingida indiferencia ante el peligro que aun corremos. Así que, al divisar en la boca del Trancura unos cuantos botes de pescadores, le indico a Soriano que nos internemos para ganar luego la playa a pie. Pero el muchacho no se resigna a salir del lago y en un supremo esfuerzo consigue cruzar la cuarta barra, que por ser la más brava, es llamada la barra negra.

A través de la mirada fija con que nos sigue uno de los boteros desde la orilla del río, alcanzo a medir toda la imprudencia de Soriano; pero callo a fin de no asustar más a mi mujer.

Inútil precaución, porque el embate de las olas aumenta con el viento y al primer golpe de agua que nos empapa por completo, ella exige que nos dirijamos a la costa. El muchacho la mira desconcertado y puedo leer en sus ojos la decisión de no dar su brazo a torcer a la vista de los otros boteros. No le digo, pues, nada hasta que los dejamos un poco atrás. Entonces trato de convencerlo de que su desafío a las barras, corrientes y remolinos estaría muy bien si se tratase de ganarle a otro alemán. El argumento le resulta irrefutable y accede al fin, no sin antes preguntarme, inesperadamente, qué quiere decir la palabra zozobrar.

Apenas tarda unos segundos en averiguarlo: el tiempo justo que con el envión del agua ponemos en arribar a la playa.

Un pedazo de paleta que encontramos en el mismo

momento de ganar la costa nos ahorra toda explicación. Y aunque Soriano no quiere reconocer que nuestra aventura pudo tener fin en una acción equivalente a su oportuno término, desembarca, sin embargo, con nosotros, esconde por si acaso, los remos en la arena y asegura al mismo «Hudson» en tierra firme.

Fausto Soto

Danza de la alegre muerte



*RESBALA la penumbra y se dobla la vida
con la oscura muralla que derrumba tu adiós.
En mi cuerpo se tiñen las venas despeinadas
con un azul de olvido, de misterio y jamás.*

*Detrás de ti la Muerte
esperando mis brazos con sus arcos de noche.*

*Sin tu cuerpo en mi canto, ¿para qué los caminos?
Sin tu nombre en la sangre, ¿para qué los recuerdos?
La frente de la Muerte que crece sin olvido,
los labios de la Muerte que ríen sin reír.*

*(Sólo entonces contuve mi corazón sin sueños.
La agonía del Tiempo su sollozo vertió:
era yo y era todo sin contornos ni brazos,
era luz floreciendo, horizonte sin mancha.
La Muerte los minutos encendía cantando).*

*Baile de los placeres,
canto sin porvenires,
alegría del árbol que no sabe el otoño.
Así mis pies envueltos con estrellas eternas,
danzan para el presente, para el presente siempre.*

Desenlace

*Sangre en la tierra,
y siempre primavera.
Los huesos de la Muerte
se salpican de flores.*

*He aquí la belleza
con caricia y salmuera.
La pura voz gritando
con baba purpurina,
y bajo el pecho joven
un corazón de piedra.
Es el tiempo, es el Tiempo
bramando su conciencia.*

*Ha de nacer el hombre
sin abismo de cuerpo,
sin paredes de alma:
espíritu con músculos
para empuñar la tierra.*

Olga Acevedo

Lo que se fué... y lo que queda...!



*AGÜITA que va corriendo
con esa pena de seda...
en ti mis ojos van viendo
lo que se fué... y lo que queda!*

*Lo que se fué... Honda esencia
de una gran flor sensitiva,
la flor de mi adolecencia
de toda pena, cautiva.*

*¡Ay, amor!... ¡y lo que queda!
Después que todo se muere
una tristeza de seda
y un rumor de miserere...*

*Agüita... agüita de seda
¡lo que se fué... y lo que queda!*

Química y agricultura



A vida física sólo es posible para el hombre, porque la tierra es capaz de producir directamente (con los vegetales) e indirectamente (con los animales que permite criar) todos los alimentos que necesita para vivir.

Entre estos alimentos también debe incluirse el oxígeno que las plantas continuamente producen y emiten por medio de las hojas, y que sirven para mantener constante la proporción de este vital elemento en el aire.

Pero no solamente los alimentos produce la tierra, pues por medio de ella la pródiga naturaleza crea otros materiales indispensables al hombre: para vestirse (con las fibras textiles), para calzarse (con la piel de los animales), para defenderse del frío y de la intemperie (con la madera), y una gran cantidad de otros productos que él usa como materias primas para numerosas fabricaciones.

Esta es la razón de por qué la Agricultura es la industria fundamental para la vida del hombre, porque ninguna otra puede sustituirla; y el bienestar que ella

produce a los pueblos es aquel bienestar sano y natural, sin lujos y sin exageraciones, como aquél que la salud da a los hombres. O sea, no tiene el defecto de la artificialidad como el que proviene de todas las otras industrias, y es por esto que un país que posee una floreciente agricultura no tiene nada que temer, ya que ella constituye una garantía para la conservación de la vida material en plena eficiencia.

Todos estos méritos de la agricultura han sido comprendidos en todos los tiempos por todos los pueblos de la tierra, que le han dedicado grandes esfuerzos para favorecer su progreso. Por estas razones la agricultura es la más antigua industria creada por la civilización, y sus orígenes se pierden en la obscuridad de los siglos, junto con los orígenes de la civilización misma.

Que la agricultura haya ocupado un lugar muy importante en las épocas antiguas históricamente más conocidas, lo demuestran las obras que hasta nosotros han llegado de las civilizaciones egipcia, griega y romana.

Así, es de todos conocido el poema «Las Geórgicas», del gran poeta latino Virgilio, que vivió en Roma en la época del emperador Augusto, cuyo bimilenario se celebró hace cinco años en mi Italia. En este poema Virgilio canta y glorifica las bondades de la agricultura, y hace un elogio de la vida campestre.

A través de este poema nos da a conocer cómo se practicaba la agricultura en Italia en el siglo primero ante de Cristo, y la gran importancia que tenía ante el Estado y pueblo, y su progreso relativo a los cono-

cimientos científicos que entonces se poseían. Basta decir que ya se empleaban los abonos, sean orgánicos como el estiércol, sean inorgánicos como las cenizas de las plantas, para aumentar la producción agraria, y tantas otras prácticas que permanecieron inalterables en la técnica agrícola hasta hace un siglo, fecha en que la agricultura experimentó la influencia de la ciencia moderna.

Es interesante definir ahora a qué categoría industrial pertenece la agricultura dentro de la moderna clasificación científica, o sea investigar la naturaleza de esta importantísima industria bajo el punto de vista de la ciencia moderna.

Para poder llegar a esta definición, bastan pocas consideraciones, que son las siguientes.

En primer lugar, los productos de la agricultura tienen valor para el hombre, sea que los utilice directamente para alimentación, o los use como materia prima industrial, sólo por la gran cantidad de compuestos químicos definidos que ellos contienen: albúmina, hidratos de carbono y grasas para los alimentos; celulosa, tanino, gomas, materias colorantes, esencias, ácidos orgánicos, alcaloides, etc., para los otros productos.

Así, la harina de trigo, el vino, la betarraga y la madera, considerada como materia prima para la fabricación del papel, poseen un valor, teniendo en vista su utilización proporcional a la cantidad de almidón, de albúmina, de alcohol, de azúcar, de celulosa que contengan, respectivamente. Por esta razón, si un agricultor se dedica al cultivo de la betarraga, tratará no so-

lamente de obtener la máxima cantidad de betarragas por hectárea, sino que también se interesará para que éstas contengan la máxima cantidad de azúcar.

Como puede observarse, el criterio agrícola es análogo al de las industrias químicas.

Además, los métodos y medios de investigación para estudiar los fenómenos que se explotan en esta industria, o sea los fenómenos que tienen lugar en el interior de las plantas, en los terrenos agrarios y sus correlaciones; los métodos y los medios que se emplean para promover, estimular y disciplinar la producción agraria, son netamente químicos.

De todo esto se debe entonces deducir que la agricultura es una industria esencialmente química.

Tan cierto es esto, que la agricultura permaneció en el estado que se encontraba hace 30 siglos, hasta que la química—ciencia relativamente joven, que nace a fines del ochocientos—no estuvo en condiciones de suministrarle los medios necesarios para su progreso.

En efecto, ¿cómo podía progresar la agricultura sin el exacto conocimiento de los fenómenos que se desarrollan en el interior de las plantas y de aquéllos que regulan las relaciones entre las plantas y el terreno agrario? ¿Cómo podía suplir la simple, aunque milenaria observación empírica de las generaciones de agricultores, a la compleja y delicada investigación de fenómenos prevalentemente químicos, como son los que respectan a la agricultura?

He aquí por qué pudo librarse de los errores mile-

narios, solamente cuando los químicos del siglo pasado aplicaron sus métodos de estudio a la resolución de los problemas agrarios.

Fué así como cayó la errada y secular teoría del humus, según la cual se creía que las plantas extraían sus alimentos del complejo de sustancias orgánicas presentes en el terreno, mientras el terreno mismo sólo representaba un soporte inerte y sin importancia, lo que no responde en nada a la realidad.

De Saussure en 1804, Boussingault y Dumas pocos años después, demostraron que las plantas producen las sustancias orgánicas por simple asimilación de anhídrido carbónico del aire a través de las hojas sometidas a la acción de la luz solar, y en presencia del agua que absorben por medio de las raíces.

Liebig en 1840 completó los conocimientos sobre la nutrición de las plantas, precisando las funciones de las sustancias minerales en ellas, y demostrando que su presencia en los tejidos vegetales no era casual, sino debido a la necesidad que las plantas tienen de ellas para vivir. Se desprendía como consecuencia que para obtener continuamente de la tierra buenos cultivos, era necesario proporcionar a las plantas, en modo, tiempo y cantidad convenientes, las sustancias minerales indispensables a su vida.

Las bases científicas de la agricultura eran así, por obra de la química, definitivamente echadas, abriéndose de este modo el camino a la técnica de la fertilización, por medio de la cual se hacía posible el resurgi-

miento de la agricultura intensiva, que debía salvar por siempre a los pueblos de la calamidad de las grandes carestías.

* * *

Estas bases pueden compendiarse, en lo que se refiere a la vida fisiológica de los vegetales, en los siguientes hechos fundamentales.

Las plantas son organismos vivos, que para cumplir el ciclo evolutivo de su vida necesitan nutrirse, así como, por la misma razón, necesitan nutrirse los animales.

En el período de tiempo transcurrido desde el momento en que la nueva plantita se ha transformado de semilla hasta hacerse visible con sus hojas, su tallo y sus raíces; se nutre a expensas de las sustancias que constituyen la semilla; cuando está ya formada, se encuentra en estado de extraer de la atmósfera por medio de las hojas, y del terreno por medio de las raíces, el alimento necesario para crecer y desarrollarse.

¿Cuáles son las sustancias necesarias a las plantas para vivir, además del agua, indispensable porque representa el vehículo distribuidor de alimentos, y del oxígeno imprescindible para la respiración?

Ellas son: el carbono, el nitrógeno y numerosas sustancias minerales que son compuestos derivados de una docena de elementos, los más importantes de los cuales son: el fósforo, el potasio, el calcio, el magnesio y el hierro.

El carbono es suministrado a las plantas por el anhídrido carbónico atmosférico; proviene de la respiración de los animales y de las combustiones de toda categoría de combustibles. El es absorbido por las hojas que, por la presencia de la clorofila (la substancia verde que se encuentra en ellas) que contienen, y bajo la acción de la luz solar, lo combinan con el agua absorbida por medio de las raíces.

La combinación química que tiene lugar produce un compuesto orgánico sencillísimo: el aldehído fórmico, y además oxígeno; el aldehído fórmico se polimeriza inmediatamente, o sea varias moléculas se unen para dar origen a la glucosa, que constituye el material inicial por la formación de otros azúcares, y por último, del almidón y de la celulosa.

El oxígeno se desprende en el aire.

Debemos observar que esta reacción fundamental para la vida de las plantas es endotérmica, o sea que para producirse necesita absorber energía; energía que es suministrada por la luz.

De este modo la energía química de los productos que se forman en las plantas y que nosotros utilizamos con los alimentos y con los combustibles de origen vegetal, no es otra cosa que la energía luminosa que las plantas han sabido captar de las radiaciones solares.

El hecho es verdaderamente maravilloso; y es de anhelar que el hombre pueda llegar algún día a emular lo que realiza la naturaleza a través del proceso clorofílico, porque entonces la vida sería sumamente fácil.

El nitrógeno llega a las plantas principalmente de los compuestos amoniacales y nitrogenados que se encuentran en el terreno; sólo algunas plantas, las leguminosas, pueden utilizar indirectamente el nitrógeno del aire debido a la acción de bacterias especiales que residen en las raíces y que transforman el nitrógeno atmosférico en nitratos.

Proviene igualmente del terreno todas las otras sustancias necesarias para la nutrición de las plantas, y que éstas absorben por medio de un proceso químico que tiende a solubilizarlas cuando no están disueltas en el agua que circula en los terrenos agrarios.

Por esta función las plantas producen un jugo ácido capaz de atacar las sustancias sólidas con efectos más o menos profundos según sea su naturaleza.

Todas las sustancias minerales y mineralizadas, como los fosfatos, los nitratos, las sales amoniacales, las sales de potasio, se encuentran normalmente en los terrenos agrarios en proporción más o menos bastante por el desarrollo de la vida vegetal; en estas condiciones los terrenos poseen las cualidades fundamentales por ser considerados fértiles.

Es necesario tener presente que la fertilidad de los terrenos depende también de las condiciones físicas en que se encuentran, y de la acción del clima.

Aunque un terreno sea fértil, como con los cultivos se substraen continuamente las diversas sustancias que contiene, es lógico que después de cierto tiempo, éste debe contener inevitablemente una cantidad de substancia

cias insuficientes para las necesidades de las plantas, y será necesario, por consiguiente, devolverlas.

Las sustancias que se agregan al terreno para reconstituir las condiciones de fertilidad, se llaman abonos.

Los abonos tienen como finalidad proveer y entregar al terreno las sustancias necesarias que no se encuentran en él en cantidad suficiente; y para apreciar la necesidad de abonos hay que tener presente tanto la composición química de los terrenos, como las necesidades particulares en sustancias nutritivas de cada planta, porque no todas las plantas se comportan del mismo modo en su nutrición. Sin embargo, puede decirse que los elementos de las plantas más cultivadas (cereales, legumbres, papas, forrajes, etc.), extraen preferentemente del terreno, son: el nitrógeno, el fósforo, el potasio y el calcio.

Son entonces los compuestos de estos elementos las sustancias que en mayor cantidad deben ser restituidas a los terrenos agrarios bajo la forma de abonos.

Pero no debe creerse con esto que pueda descuidarse en los terrenos la presencia de las sustancias necesarias en menores proporciones para la vida de las plantas, porque desde los primeros años en que pudo estudiarse, por medio de numerosas y cuidadosas experiencias, las relaciones de causa y efecto en el empleo de los abonos, se observó que la acción de los elementos que las plantas necesitan en menor proporción, es de la misma importancia como la de los otros.

Precisamente, se ha constatado que si las plantas no

encuentran en los terrenos estos elementos en cantidad suficiente, las plantas sufren igualmente como en el caso de la insuficiencia de los elementos necesarios en mayor proporción. Además, la insuficiencia de cualquier elemento en el terreno, no puede ser compensada para la abundancia también de todos los otros. De aquí la necesidad que el terreno contenga todos los elementos necesarios a la vida de las plantas, en armónica proporción.

Es ésta la conocida «Ley del mínimo» que posee una inmensa importancia para la práctica y la economía de la fertilización. Esta ley dice que la eficacia de los abonos depende de la proporción del elemento más escaso en el terreno, y es ella la que regula los cultivos.

Por lo tanto es inútil, fertilizar abundantemente con sustancias nitrogenadas o cualquiera otras, si en el terreno escasea el fósforo o la cal y no se añade al terreno o fósforo o cal. De aquí la enorme importancia que posee el conocimiento del contenido en elementos fertilizantes de los terrenos agrarios. Pero debe tenerse presente que no es indiferente la forma química bajo la cual estos elementos pueden encontrarse en el terreno, debido a que las plantas asimilan en proporción variable un mismo elemento, según la naturaleza de sus compuestos. Por ejemplo, el nitrógeno es mejor asimilado por las plantas bajo la forma de nitrato y menos como sal amoniacal. El fósforo es asimilado en mayor proporción como fosfato; el potasio como sulfato o nitrato; y el calcio, bajo la forma de carbonato, etc.

Se desprende de esto que un elemento que en cantidad absoluta se encuentra suficientemente en el terreno agrario, debe ser considerado relativamente escaso por estar presente en forma poco asimilable para las plantas; y esto se debe tener en cuenta al aplicar la ley del mínimo.

De todo lo que se ha dicho resulta evidente la importancia del conocimiento químico de los terrenos agrarios, en su aspecto cuantitativo y también cualitativo.

Conociendo la cantidad de elementos fertilizantes presentes en el terreno agrario y la forma química como se encuentran combinados, y considerando también la cantidad que de estos elementos extrae la planta que en él se cultiva, puede calcularse en qué grado es necesario el empleo de los abonos.

Resulta por otra parte evidente que el conocimiento de la naturaleza química de un terreno agrario, no sólo permite regular del modo más conveniente la aplicación de los abonos, sino que permite elegir también la clase de plantas que más se adapten a su naturaleza.

La armónica proporción de elementos fertilizantes en un terreno agrario—que tan pocas veces se encuentra en la naturaleza—posee una eficacia tal sobre el crecimiento y el vigor de las plantas, y la abundancia de las cosechas, que verdaderamente impresiona.

Las cosechas llegan hasta a quintuplicarse, y este efecto lo hemos visto realizarse en algunas partes de Italia, en donde terrenos que producían 12—15 quintales de trigo por hectárea, llegaron a producir, en las me-

jores condiciones de clima y de irrigación, hasta 75 quintales por hectárea.

He ahí el motivo de la famosa «Batalla del Trigo» ordenada en Italia por Mussolini, con el objeto de colocar al país en condición de producir todos los ochenta millones de quintales métricos que necesita, sin aumentar la superficie destinada al cultivo del trigo.

En esta batalla se han puesto en acción todos los medios que la ciencia y la técnica poseen, para crear una agricultura absolutamente racional, necesaria en un país, que como Italia, sólo dispone de 150,000 Km.² de terrenos cultivables, para nutrir 44 millones de habitantes.

Esta batalla, que fué combatida con entusiasmo de todos los italianos, fué ganada completamente, como puede observarse de que con la misma superficie cultivada de trigo—cerca de 4 y medio millones de hectáreas—de los cuales antes se obtenían cerca de 50 millones de quintales métricos de trigo, ahora se obtienen cerca de 80 millones de quintales!

Para completar este aspecto del argumento diremos que si con el abono bien apropiado cualitativa y cuantitativamente de los terrenos, se obtienen aumentos en la proporción de las cosechas, este aumento no es continuamente proporcional a la cantidad de abonos empleados por unidad de superficie cultivada, porque la proporcionalidad existe hasta un cierto límite.

Precisamente, los aumentos de producción resultan crecientes para dosis crecientes de fertilizantes al comien-

zo, disminuyendo a continuación, hasta un límite tal en que una mayor cantidad de fertilizante no produce ningún aumento en la cosecha

El proceso del incremento de la producción en relación con las dosis de fertilizantes empleadas se expresa por medio de una ley natural que puede indicarse matemáticamente.

Pero en la práctica el incremento de la producción no es el único factor que debe considerarse para apreciar la conveniencia del abono. También es necesario tomar en cuenta el gasto para adquirirlo y para aplicarlo en el terreno.

La conveniencia del empleo de un abono existe solamente cuando el valor del incremento de la producción debida a los fertilizantes es superior al valor de los gastos necesarios para su adquisición y reparto en el terreno.

* * *

Examinamos ahora un poco más de cerca el terreno agrario, cuya importancia es fundamental para la vida de las plantas.

Antes de todo debemos decir que de un terreno agrario se debe considerar como parte activa, la superficial, hasta 30—40 cm. de profundidad más o menos, la cual está formada de partículas que tienen dimensiones inferiores a dos milímetros de diámetro, porque las partículas de dimensiones mayores constituyen

una parte inútil para los efectos de la nutrición de las plantas, y es por esta razón que recibe el nombre de esqueleto.

La tierra fina, o sea aquélla que puede pasar a través de un tamiz de malla redonda de 2 mm. de diámetro, se reconoce por medio de un análisis sumario y se observa que está formada por los siguientes constituyentes: ARENA, ARCILLA, CALCAREO, HUMUS.

La arena está constituida por sílice y silicatos, bajo la forma de granitos más o menos redondeados, y normalmente se encuentra en los terrenos agrarios en cantidad superior a los otros componentes.

La arcilla es un silicato hidratado de aluminio, que pasa fácilmente en suspensión en el agua en forma de partículas pequeñísimas de diámetro inferior a un centésimo de milímetro. Ella posee las propiedades de las sustancias coloidales, y es por esta razón que en contacto con el agua aumenta de volumen notablemente, se vuelve compacta y retiene el agua absorbida.

En presencia de sales, las partículas de arcilla que se encuentran en suspensión en el agua se coagulan en coágulos de magnitud variable que depende de la naturaleza de las sales.

El calcáreo es carbonato de calcio y se encuentra en partículas más o menos pequeñas totalmente mezclado con los otros constituyentes; es una sal cuya influencia sobre la coagulación de la arcilla es grandísima.

El humus se encuentra formado por una mezcla

compleja de sustancias orgánicas, proveniente de la descomposición de todo el material de origen orgánico presente en el terreno. Es una sustancia de propiedades coloidales, y se halla siempre en pequeña proporción en los terrenos agrarios.

Las diversas sales de calcio, de potasio, de magnesio, de hierro, etc., se encuentran íntimamente mezcladas a a estos constituyentes.

Según la preponderancia de uno de los cuatro constituyentes, los terrenos agrarios se distinguen en: arenosos, arcillosos, calcáreos y húmicos.

Para que las plantas puedan vivir es necesario no solamente que el terreno agrario contenga todos los elementos que sirven para su nutrición; también es necesario que el agua y el aire puedan circular bien, y que el terreno, bajo la acción de los rayos solares, pueda alcanzar fácilmente la temperatura necesaria para la vida de las plantas.

Estas condiciones se realizan de diferente manera, según sea la naturaleza del terreno; así, mientras en las tierras arenosas existe demasiada permeabilidad para el agua y para el aire, que desaparecen rápidamente, en los terrenos arcillosos sucede lo contrario, o sea, debido a la poca permeabilidad, el agua se estanca fácilmente produciéndose una mala circulación de agua y de aire, cuyas consecuencias son sufridas por las plantas, que no pueden nutrirse regularmente.

Un buen terreno agrario debe contener en proporción descendente: arena, arcilla, calcáreo, y humus, de

manera que presente las mejores condiciones para la vida de las plantas.

Esto no siempre se encuentra en la naturaleza, pero siempre es posible intervenir para corregir convenientemente la constitución del terreno. Así una tierra arcillosa se corrige bien con calcáreo, o sea piedra caliza en polvo.

Una de las propiedades más características de los terrenos, es absorber y retener las sales disueltas en las soluciones que en ellos circulan: la absorción representa una propiedad electiva frente a varias sales, o sea los terrenos agrarios no retienen en forma uniforme estas sales, sino de preferencia algunas de ellas, o simplemente la base (cación) o el ácido (anión).

Este poder absorbente es una defensa natural de los terrenos frente a la posibilidad de que las sales que se encuentran en ellos, si son solubles en el agua se pierdan, debido al escurrimiento del agua de las lluvias.

Esto nos asegura que las sales empleadas como abonos, tendrán acción, pero hay algunas que son poco absorbidas, y entre ellas se deben recordar los nitratos y los cloruros, de los cuales el terreno retiene sólo los cationes, o sea las bases.

Todo esto debe ser tenido muy en cuenta, pues sería un grave error poner como abono el nitrato de sodio, por ejemplo, en otoño, o sea durante la época de las lluvias, pues en lo que se refiere al nitrógeno, el efecto sería nulo perdiéndose todo al ser arrastrado por el agua de las lluvias.

En cambio, quedaría retenido y absorbido el sodio que no sólo es inútil para las plantas, sino también perjudicial.

Entre los constituyentes del terreno tienen especial importancia el humus y el calcáreo.

La presencia del humus es importante por cuanto asegura las posibilidades de vida de las numerosísimas bacterias y microorganismos que abundan en todos los terrenos agrarios a razón de decenas de millones por cada gramo de tierra, y cuya función es la de contribuir a la transformación de las sustancias que forman los terrenos, hasta hacerlos eficaces para la nutrición de las plantas.

Son ellos los que transforman las sales amoniacaes en nitrato, que representa la forma bajo la cual el nitrógeno sirve para la nutrición de la planta, puesto que de la descomposición de las sustancias nitrogenadas, como ser, los excrementos animales que se alteran al ser abandonados en el terreno, se forman primero, compuestos amoniacaes; puede verse en todo esto una cuidadosa defensa de la naturaleza para que el nitrógeno, que es un elemento precioso en la nutrición de las plantas, no se desperdicie.

Deberán entonces ponerse abonos amoniacaes en otoño, sea porque el ion amonio es absorbido y retenido por el terreno y no existe peligro de perderlo, sea porque la transformación de las sales amoniacaes en nitratos, por obra de los microorganismos, requiere cierto tiempo para efectuarse.

Otra función muy importante desempeñan algunos microorganismos que se encuentran siempre en los terrenos agrarios, es la de permitir a algunas especies de plantas—las leguminosas—de transformar el nitrógeno del aire en compuestos nitrogenados que son depositados especialmente en forma de nudos en las raíces. De este hecho deriva la costumbre agrícola de dejar en el terreno las raíces de las leguminosas, porque sirven de abono nitrogenado para el cultivo de otras plantas.

Para que la flora bacteriana pueda prosperar en el terreno y prestar utilísimos servicios a la nutrición de las plantas, es necesaria la presencia de cierta proporción de humus; también es necesaria la presencia del calcáreo para asegurar que el terreno presente siempre reacción químicamente neutra o ligeramente básica, pues en medio ácido los microorganismos no podrían vivir. Además, es necesario advertir que en los terrenos ácidos las plantas tampoco pueden vivir ni desarrollarse bien.

Esto demuestra la esencial importancia del calcáreo y también de la cal, porque calcáreo y cal tienen la misma acción frente de la acidez, por la vida de los microorganismos del terreno agrario y por la vida de las plantas; en segundo lugar, provocando el calcáreo la coagulación de la arcilla, aumenta la permeabilidad de los terrenos para el agua y para el aire.

El estudio de la acidez de los terrenos agrarios tiene entonces la más grande importancia práctica para la agricultura, y ha podido ponerse en completa evidencia

solamente en estos últimos diez años, después que los progresos de la química-física permitieron crear métodos sensibilísimos de determinación de la acidez, y así se ha podido encontrar la verdadera razón por la cual tantos terrenos no son aptos para el cultivo, porque aun siendo ligeramente ácidos frente a los métodos antiguos de determinación de la acidez, se ha podido constatar que lo son en medida superior a aquéllas soportadas en el desenvolvimiento de la vida vegetal.

Las valorizaciones químico-físicas de la acidez se hacen determinando la concentración de los iones hidrógenos, las que se expresan con el símbolo pH.

La experiencia ha demostrado que cuando el valor de pH de acidez de los terrenos agrarios es inferior a 5 (es de notar que el pH es una expresión de función logarítmica), aun representando esta una acidez despreciable al calcularse por medio de la neutralización con bases, es aun suficiente para obstaculizar la vida de las plantas.

Los terrenos se vuelven ácidos cuando son pobres en calcáreo, por lo que los terrenos arcillosos se vuelven fácilmente ácidos; en este caso el correctivo es la cal, por razones químicas y físicas, como ya se ha dicho.

* * *

Los abonos que se emplean en la práctica agraria se pueden dividir en dos grupos: los de naturaleza orgánica y los de naturaleza mineral.

Entre los primeros el más importante es el formado por las deposiciones animales—estiércol de establo—que debe sus propiedades fertilizantes a las sustancias nitrogenadas, a los fosfatos y a las sales potásicas que contiene; además debido a su riqueza en residuos orgánicos y en microorganismos, sirven óptimamente como productores de humus.

Las deposiciones bovinas y equinas contienen, por término medio, un 5 por mil de sustancias nitrogenadas (como nitrógeno); 2-3 por mil de fosfatos (expresados en anhídrido fosfórico); 7-8 por mil de sales potásicas (expresadas en óxido de potasio); y de 150 a 250 por mil de residuos orgánicos.

Dado el bajo contenido en nitrógeno, fósforo y potasio, las deposiciones animales no son muy indicadas para abastecer por sí solas, al terreno, de los elementos necesarios, sea porque se necesitarían grandes cantidades, sea porque se malgastaría alguno de los elementos, debido a que la cantidad de nitrógeno, fósforo y potasio contenida en las deposiciones, no es la misma que necesita el terreno.

Sin embargo, se debe observar que empleando el estiércol a razón de 500 quintales métricos por hectárea se obtiene un buen abono nitrogenado y potásico, pero escaso desde el punto de vista de los fosfatos.

Debe agregarse que la alcalinidad de las deposiciones animales resulta muy benéfica por su acción neutralizadora de la acidez en muchos terrenos agrarios.

Los antiguos no se habían equivocado al glorificar el

poder benéfico de las deposiciones animales sobre la vegetación. Pero la interpretación que daban era errada.

Se comprende que para efectuar un abono racional, es necesario emplear, junto con las deposiciones animales; substancias minerales nitrogenadas, fosfatadas y potásicas, y eventualmente cálcicas.

Las substancias mencionadas se encuentran, en parte, en la naturaleza, y en parte es necesario fabricarlas con los métodos enseñados por la química.

Pero también se hace necesario intervenir químicamente sobre las substancias naturales para volverlas más aptas a la finalidad que deben cumplir, pues no se debe olvidar que para abastecer al terreno de un elemento dado, no se puede emplear un compuesto cualquiera de este elemento, sino el más conveniente para ser asimilado por las plantas.

Como substancia nitrogenada mineral sólo se encuentra el nitrato de sodio en los yacimientos chilenos; como substancia fosfatada mineral, se encuentra la fosfarita abundantemente esparcida en el norte de Africa; y como sal potásica, la de Stassfut, en Alemania. Proveedores de fosfatos son también los huesos animales y de sales potásicas las cenizas vegetales.

Estas son las materias primas utilizadas en las industrias de abonos químicos que, hacia el año 1850, comenzó a difundirse por todo el mundo y que ha alcanzado hoy en día un desarrollo imponente. Millares de fábricas, millones de obreros y empleados, centena-

res de millones de toneladas métricas de producción y millares de millones de pesos invertidos.

A las materias primas conocidas, hay que agregar el nitrógeno atmosférico y el hidrógeno del agua, con las cuales la química moderna ha llegado a realizar la producción del amoníaco sintético, cuyos derivados, las sales amoniacales, se emplean directamente como abonos nitrogenados, o se transforman primero en nitratos.

Ha sido esta una de las más grandes conquistas de la ciencia moderna, porque ha asegurado para siempre a la humanidad el abono básico de la agricultura, pues las materias primas empleadas en su fabricación son inagotables.

El consumo medio de abonos de diferentes clases por hectárea de terreno cultivado, en aquellos países cuya agricultura ha progresado más, es:

Kg. 10/15	para abonos nitrogenados	(en N)
» 50/60	» fosfatados	(en P_2O_5)
» 2/5	» potásicos	(en K_2O)

El empleo de las sales de calcio es menos notorio, porque normalmente, salvo casos particulares, se encuentran contenidas en cantidades apreciables en los terrenos agrarios.

Como abono de cal se emplea el carbonato de cal, o sea piedra caliza en polvo, cuyo empleo es especialmente benéfico para los terrenos arcillosos.

Y aquí termino esta rápida exposición sobre el importante e interesante tema de las relaciones entre la química y la agricultura, que se demuestran cada vez más íntimas y profundas, y que deben ser siempre más conocidas en aquellos países que anhelan tener una agricultura floreciente.

Escuela de Ingeniería
Química de la Universidad.

Concepción, 10-7-1935.

Axel Munthe.

Capítulos olvidados en "El libro de San Michele"

Un lector chileno, don Guillermo Reed, de Valparaíso, muy dado a la literatura inglesa, leyó en este idioma «El Libro de San Michele», publicado últimamente en castellano por una editorial de Santiago. El señor Reed advirtió que en la edición inglesa aparecen dos capítulos que están suprimidos en la castellana, que fué tomada de la francesa, en la cual faltan también. Se atribuye dicha omisión a la forma como Axel Munthe se refiere en dichos capítulos a Charcot, una de las glorias científicas de Francia. Como un complemento de la edición castellana y francesa de «El Libro de San Michele», damos la traducción de dichos capítulos, que nos ha sido facilitada por el señor Reed.

LA SALPETRIERE

Casi siempre asistía a las famosas «Lecciones de los Martes» que el profesor Charcot daba en la Salpetriere. Su tema entonces era histeria mayor e hipnotismo. El enorme anfiteatro se llenaba con un auditorio pintoresco, salido de todas partes de París: autores, periodistas, actrices y actores principales, mujeres mundanas... todos revestidos de una curiosidad mórbida por presenciar los asombrosos fenómenos de hipnotismo, casi olvidados desde los días de Mesmer y Braid,

Fué durante una de estas conferencias cuando conocí a Guy de Maupassant. Era ya famoso por su «Boule de Suif» y su inolvidable «Maison Tellier». Solíamos conversar largamente de hipnotismo y toda clase de trastornos mentales. No se cansaba de averiguarme lo poco que yo podía saber de estos temas. También deseaba conocer todo lo concerniente a la locura. En esa época juntaba material para su libro terrible «Le Horla», un cuadro fiel de su propio futuro trágico. Aun llegó hasta acompañarme en una ocasión a visitar la clínica del profesor Bernheim en Nancy, que me hizo ver los errores de la Escuela de Charcot en lo que se refiere a hipnotismo. También fui su huésped a bordo del yate por un par de días. Recuerdo bien que todas las noches conversamos en el salón chico del «Bel Ami», fondeado fuera del puerto de Antibes. Temía a la muerte. Decía que ese pensamiento siniestro casi nunca abandonaba su mente. Se interesaba por conocer todos los diferentes venenos, su rapidez de actuar, y si eran o no muy dolorosos. Con especial insistencia me preguntaba sobre la muerte en alta mar. Le contesté que no la creía tan terrible si no se tenía salvavidas, pero que si por desgracia se poseía uno, el sufrimiento se alargaría en forma horrorosa. Lo veo hoy, con sus ojos sombríos y fijos en los salvavidas que colgaban de la puerta de la cabina, diciendo que los arrojaría por sobre la barandilla, la mañana siguiente. Le pregunté si pretendía hundirnos durante nuestra proyectada travesía a Córcega. Permaneció silencioso por un momento.

«No», dijo al fin. Después de todo prefería morir en los brazos de una mujer. Repuse que en la forma en que iba, tenía buenas probabilidades de ver cumplidos sus deseos. Mientras conversábamos despertó Yvonne; con palabras entrecortadas pidió otro vaso de Champagne, y nuevamente se durmió reposando la cabeza en sus rodillas. Era una corista de dieciocho años, acostumbrada a las viciosas caricias de viejos acaudalados en las orgías de la Gran Opera, que iba ahora paulatinamente a una des-

trucción total, a bordo del «Bel Ami», en la falda de su amante insaciable. Sabía yo que ningún salvavidas podría librarlo del naufragio, y que ella lo habría rechazado de habersele ofrecido. Se había entregado en cuerpo y alma a este macho voraz, que ansiaba únicamente su cuerpo. Yo no ignoraba cuál sería su destino. No era la primera muchacha que había visto dormida, la cabeza en sus rodillas. ¿Hasta qué punto era responsable de sus propios actos?, eso es cuestión aparte. El temor que mortificaba su cerebro fatigado, día y noche, ya se le notaba en los ojos. Desde entonces lo consideré un hombre desdichado. El veneno sutil de su propio «Boule de Suif» comenzaba a horadar su magnífico cerebro. ¿Lo sabía él? Pensé que sí. El manuscrito de su obra «Sur l'eau» yacía en la mesa entre nosotros. Acababa de leerme algunos capítulos. Su mejor producción. Sus obras maestras se sucedían con febril premura. Regalaba a su cerebro ya excitado con Champagne, éter y toda clase de drogas. Mujeres y más mujeres, en interminable procesión aceleraban su fin. Mujeres salidas de todos los suburbios, desde Faubourg St. Germain hasta los bulevares, actrices, coristas, costurerillas, sirvientitas, prostitutas vulgares... sus amigos le llamaban «le taureau triste». Se vanagloriaba mucho de sus éxitos; continuamente insinuaba que su fiel valet Francisco, dejaba entrar en sus departamentos de la Rue Clauzel, misteriosas damas de la alta sociedad. Primer signo del delirio de grandeza que lo cogía. A menudo subía apresuradamente los escalones de la Avenida de Villers, para dejarse caer en una silla arrinconada de mi consultorio y observarme en silencio con aquellos ojos dotados de una fijeza enfermiza que yo conocía bien. Solía pararse durante minutos enteros frente al espejo de la repisa de la chimenea, contemplando su propia imagen como si se tratara de un extraño. Un día me dijo que cuando estaba en su escritorio trabajando en su novela, se sorprendió mucho de ver a un extraño, que burlando la severa vigilancia de su valet, penetró en su estudio. El intruso se había ubicado frente a él, en su escritorio, y comenzó

a dictarle lo que debía escribir. Estaba a punto de tocar la campanilla para que viniera Francisco y lo hiciera salir, cuando descubrió con horror que el extraño era él mismo.

Dos días después nos encontrábamos en los bastidores de la Gran Opera contemplando a Mademoiselle Yvonne que bailaba un «pas de quatre» y sonreía de soslayo a su amante, cuya mirada ardiente no la abandonaba. Cenamos en el elegante departamento que Maupassant le había destinado últimamente. Al lavar ella el carmín de su rostro, me sorprendió su extrema palidez, mucho mayor que cuando la conocí a bordo del yate. Me contó que siempre absorbía éter antes de bailar, no había como el éter para levantar el ánimo, todas sus compañeras hacían lo mismo, aun el propio director del Cuerpo de Baile. (Efectivamente lo vi morir a consecuencia de esto, algunos años después en su villa de Capri). Maupassant se quejaba de que ella enflaquecía demasiado, y de que su incesante tos nocturna no lo dejaba dormir. Me pidió que la examinara. Había un serio trastorno en el vértice de uno de los pulmones. Le dije a Maupassant que le diera un reposo absoluto, y le aconsejé también que la enviara a pasar el invierno en Menton. Maupassant respondió que haría todo lo posible por ella, además que no le gustaban las mujeres delgadas... Ella rehusó rotundamente, dijo que prefería la muerte antes que abandonarlo. Esta decisión suya me acarreó muchas preocupaciones ese invierno, y también me trajo nuevas enfermas. Una por una, todas sus compañeras llegaban a la Avenida de Villiers a consultarme de hurtadillas, temerosas de que un informe del médico de la Opera, ocasionara una reducción de sus salarios a la mitad. Los bastidores del cuerpo de baile, eran un mundo nuevo para mí, mundo no exento de peligro para el visitante inexperto, porque al fin no era solo al altar de la diosa Terpsícore que estas jóvenes vestales quemaban incienso y traían guirnaldas de belleza. Afortunadamente su Terpsícore había sido arrojada de mi Olimpo, con las últimas melodías olvidadas de la «Chaconne» de Gluck, y el minueto de Mozart. Lo

que queda hoy, es a mis ojos puramente acrobacia. No les sucedía otro tanto a los demás espectadores. Siempre pensaba con qué facilidad estos decrepitos don juanes perdían el equilibrio, observando a esas muchachas semidesnudas mantener el de ellas en las puntas de sus pies.

Yvonne tuvo su primera hemorragia y los trastornos serios comenzaron. Maupassant, como todos los autores que escriben de la muerte, no quería tenerla cerca. Yvonne bebía las botellas de aceite de hígado de bacalao por docenas, con el objeto de engordar. Sabía que a su amante no le gustaban las mujeres delgadas. Todo fué en vano. Muy pronto, de su juventud y hermosura sólo quedaron sus lindos ojos, brillosos de fiebre y de éter. El bolsillo de Maupassant permaneció abierto para ella, no así sus brazos que pronto se cerraron circundando el cuerpo de una de sus compañeras. Yvonne lanzó una botella con vitriolo a la cara de su rival, que por suerte casi esquivó el golpe. Libró con dos meses de prisión, gracias a la poderosa influencia de Maupassant, y a un certificado mío diciendo que no le quedaba mucha vida, a lo sumo un par de meses. Cuando salió de la cárcel no quiso volver a sus departamentos, haciendo caso omiso de las súplicas de Maupassant. Se perdió en la inmensa ciudad como un animal condenado a morir que busca un refugio para hacerlo.

Un mes después la encontré accidentalmente en una cama del Hospital San Lázaro, la última etapa en la Vía Crucis de todas estas mujeres caídas y perdidas de París. Le dije que avisaría a Maupassant, con la seguridad de que vendría inmediatamente a verla. Esa misma tarde fuí a su casa, no había tiempo que perder, estaba a la vista que no le quedaban muchos días de vida. El fiel Francisco ocupaba su puesto acostumbrado, como un Cerbero protegiendo a su amo contra toda intromisión. Le supliqué que me admitiera... Las órdenes eran estrictas, ningún visitante en ninguna circunstancia podría pasar. Era relacionado con la eterna historia de la dama misteriosa. Todo lo que pude hacer fué garabatear una nota hablándole de Yvonne. Francisco

prometió entregarla inmediatamente. Nunca supe si llegó a sus manos, espero que no, lo que es más probable, porque Francisco siempre trataba de librar a su querido señor de los enredos con mujeres. Al día siguiente cuando volví a San Lázaro, Ivonne estaba muerta. La monja me contó que había estado toda la mañana colocándose carmín, arreglándose el pelo, y había pedido a una prostituta vieja de la cama vecina, un pequeño chal de seda rojo, último vestigio de su pasado esplendor, para cubrir sus espaldas cansadas. Le había dicho a la monja que esperaba la visita de su señor. Esperó ansiosamente todo el día. En la mañana la encontraron muerta en su cama, después de haber bebido hasta la última gota su poción de cloral.

Dos meses más tarde vi a Guy de Maupassant en el jardín de la Casa Blanca en Passy, el conocido asilo. Caminaba apoyado en el brazo de su fiel Francisco, lanzando piedrecillas en los almárgicos con el gesto del «Sembrador» de Millet. «Mire, mire», decía, «si llueve brotarán en la primavera como pequeños Maupassantcitos».

* * *

Para mí, que durante años he dedicado mi tiempo desocupado al estudio del hipnotismo, estas representaciones teatrales de La Salpetriere, ante el público de todo París, no eran sino una farsa absurda, una desesperada amalgama de verdad y engaño. Indudablemente algunas de estas personas eran realmente sonámbulas que una vez despiertas, cumplían con fidelidad las órdenes recibidas durante el sueño—sugestiones posthipnóticas.—Muchas de ellas eran fraudes. Sabían muy bien lo que tenían que hacer, y les agradaba practicar en público sus varias supercherías, engañando a médicos y auditorio en general, con la astucia asombrosa de las histéricas. En todo momento dispuestas a hacer el clásico ataque de histeria de Charcot, «arcoiris» etc. o a exhibir sus famosas tres etapas del hipnotismo:

letargia, catalepsia y sonambulismo, invenciones todas del Maestro, casi nunca observadas fuera de La Salpêtrière. Algunas acercaban a sus narices con placer una botella de amoníaco, si se les decía que era agua de rosas. Otras comerían carbón de leña creyendo que era chocolate. Otra se pondría a caminar con pies y manos, ladrando furiosamente, cuando se le decía que era perro. Imitaría el batir de alas con sus brazos, si se la transformaba en paloma. Levantaría sus polleras con un gesto de terror, cuando en el instante de arrojar un guante a sus pies se le sugería que era una culebra. Otra se pasearía, meciendo un tarro de pelo en sus brazos, y besándolo como si fuese su guagua. Hipnotizadas a diestra y siniestra, docenas de veces al día, por médicos y alumnos estas mujeres vivían en un estado de semitrance, sus cerebros bombardeados con un diluvio de absurdas sugerencias, semiinconscientes, por cierto no responsables de sus actos. Terminaban tarde o temprano en la sala de las agitadas, o en un asilo de locos.

Al condenar estas representaciones de gala de los Martes en el anfiteatro, como no científicas e indignas de la Salpêtrière, sería injusto no admitir que en las salas se trabajaba seriamente en la investigación de muchos fenómenos de hipnotismo todavía oscuros. El Jefe de Clínica me había autorizado en esa época para desarrollar interesantes experimentos de sugestión post-hipnótica, y de telepatía, con una de estas muchachas. Una de las mejores sonámbulas que he conocido.

Ya entonces me merecían serias dudas las teorías de Charcot, que aceptaban sin oposición y a ojos cerrados, sus alumnos y el público. Una especie de sugestión colectiva. Después de mi última visita a la Clínica del profesor Bernheim, en Nancy, me convertí en un sostenedor, tan modesto como resuelto, de la llamada Escuela de Nancy, antagónica a las enseñanzas de Charcot.

Era un crimen de lesa majestad en aquellos días, mencionar la Escuela de Nancy en la Salpêtrière. El solo nombre del profesor Bernheim bastaba para enfurecer a Charcot. Uno de los

ayudantes que me odiaba cordialmente, mostró al Maestro un artículo mío, publicado en la Gaceta de los Hospitales, inspirado en mi última visita a Nancy...

Por varios días Charcot parecía ignorar mi presencia. Algún tiempo después, apareció en el «Figaro» un violento artículo firmado con el pseudónimo de Ignotus, uno de los principales periodistas de París, denunciando a estas demostraciones públicas de hipnotismo, como un espectáculo peligroso y ridículo, exento de valor científico, que no hacía honor al célebre maestro de la Salpêtrière. Yo estaba presente cuando este artículo fué mostrado a Charcot durante la visita de la mañana, es admirable como un articulillo pudo ponerlo tan enojado. Pienso que debía haber disimulado algo. Entre su alumnado había mucha envidia, yo era blanco de gran parte de ella. No se quién comenzó la murmuración, pero el resultado fué que yo aparecí culpable de haber suministrado a Ignotus los argumentos más contundentes. Charcot nunca me dijo nada sobre esto, pero desde aquel día su actitud fué otra. Entonces se produjo el golpe, uno de los más amargos que he recibido en mi vida. El destino me tendió una emboscada, lo demás lo hizo mi acostumbrada e impetuosa temeridad.

Un domingo, en los momentos en que abandonaba el Hospital, divisé una pareja de viejos campesinos, sentados en una banca debajo de los árboles, en el patio interior. Olían a campo, a hortalizas, a potreros y establos. Mi corazón rebozaba de alegría al mirarlos. Les pregunté de donde venían y qué necesitaban allí. El anciano, en su blusa azul y larga, llevó su mano a la boina; su mujer, vestida de blanco me sonrió con amabilidad.

Dijeron haber llegado esa misma mañana de su villa en Normandía, para visitar a su hija, que desde hacía dos años, desempeñaba en la Salpêtrière el puesto de «niña de la cocina». Era una ocupación muy buena, y le había sido dada por una de las monjas de su villa, que en la actualidad era subjefe de la cocina del hospital. Pero el trabajo era mucho en la granja, tenían

ahora tres vacas y seis cerdos, y querían llevarse a su hija porque era una niña vigorosa y sana, y ellos estaban poniéndose demasiado viejos para hacer todo el trabajo solos. Estaban fatigados porque el tren nocturno les había hecho sentir demasiado largo el viaje. Por eso estaban sentados en esa banca unos momentos. ¿Podría yo ser tan amable e indicarles dónde se hallaba la cocina? Les contesté que debían atravesar tres patios y caminar por interminables corredores, que sería mejor que yo mismo los condujera a la cocina y les ayudara a buscar su hija. ¡Sabe Dios cuántas niñas habría en esa cocina inmensa que preparaba comida para tres mil bocas! Nos dirigimos al pabellón de cocina.

La anciana no cesaba de contarme de sus plantaciones de manzanas, de las cosechas de papas, los chanchos, las vacas, el excelente queso que estaba fabricando. Sacó de su canasto un pequeño qucsillo de crema que acababa de hacer para Genoveva, pero estaría feliz de que lo aceptara. Observé su rostro mientras me pasaba el quesillo. ¿Qué edad tenía Genoveva? Recién cumplía veinte años. ¿Era rubia y muy buenamoza? «Su padre dice que se parece a mí», contestó con sencillez la madre. El viejo asintió con la cabeza.

—¿Están ustedes seguros de que trabaja en la cocina?—le pregunté con un involuntario escalofrío, examinando de nuevo el rostro apergaminado de la mujer. Por toda respuesta el viejo buscó en el enorme bolsillo de su blusa y sacó la última carta de Genoveva. Durante años he estudiado caligrafía con verdadero interés, y esto me permitió reconocer inmediatamente la escritura de curvas curiosas e ingenuas, pero muy claras, que después de cientos de experiencias llegaba a ser automática, a veces bajo mi propia vigilancia. «Por aquí», les dije, guiándolos directamente a la sala santa Inés del servicio de las histéricas.

Genoveva estaba sentada en la mesa larga del centro. Sus piernas con medias de seda se balanceaban libremente. Tenía en sus faldas una copia de «Le Rire» con su propio retrato en la portada. Sentada a su lado estaba Lisette, otra de las primeras

actrices de la compañía. El peinado de Genoveva estaba hecho con coquetería, y adornado con una cinta azul. Perlas falsas pendían de su cuello, su rostro y sus labios pintados con carmín. Más que una enferma de hospital, por su aspecto parecía una costurerilla de paseo por los bulevares. Genoveva era la prima donna de las representaciones de los Martes, agasajada por todos, pagada de sí misma y de lo que la rodeaba. Los viejos campesinos contemplaban asombrados a su hija. Al principio Genoveva no aparentó reconocerlos, y los miró con indiferencia y aire de torpeza. Repentinamente su cara comenzó a retorcerse, y con un grito penetrante cayó al suelo cuan larga era, con violentos ataques convulsivos. Lisette la siguió con el clásico arco-iris (opistótono),. Obedeciendo a la ley de la imitación, otro par de histéricas comenzaron a figurar sus ataques desde la cama. Una, presa de una risa convulsiva, y la otra, anegada en llanto. Los ancianos, mudos de terror, fueron empujados fuera de la sala por las monjas. Los alcancé en las gradas de la escalera, y los llevé a sentarse en la banca bajo los árboles. El susto no les permitía ni llorar. No era fácil explicar la situación a estos pobres campesinos. Yo mismo no sabía cómo había llegado su hija desde la cocina hasta la sala de las histéricas.

Con la mayor suavidad les hablé para decirles que su hija estaría pronto bien otra vez. La vieja madre rompió a llorar, y en los ojos del padre había cierto indicio de malas intenciones. Insistí en que volvieran a su villa, prometiéndoles enviar su hija a la casa lo más pronto posible. El padre quería llevársela inmediatamente, pero la madre acudió en mi ayuda diciendo que era preferible dejarla hasta que sanara, confiaba en que su hija estaba en buenas manos. Después de repetir mi promesa de arreglar a la brevedad posible las formalidades necesarias con el profesor y el director del hospital, para enviarles a Genoveva a cargo de una enfermera, logré con dificultad que subieran a un coche y desaparecieran en dirección de la estación de Orleans, para alcanzar el próximo tren.

El recuerdo de estos dos viejos me tuvo despierto toda la noche. ¿Cómo iba a cumplir mi promesa? Yo era el menos indicado para hablarle a Charcot de la hija. Tampoco ignoraba que ella no querría jamás dejar la Salpêtrière para regresar por su voluntad al hogar humilde. Se me ocurrió una única solución, reemplazar su voluntad por la mía propia. Genoveva era una excelente sonámbula. Otros y yo, la habíamos enseñado a efectuar sugerencias posthipnóticas con la fatalidad de un peso muerto, con una puntualidad casi astronómica y amnesia (despierta ignoraba por completo las órdenes recibidas). Pedí permiso al Jefe de Clínica para continuar con Genoveva mis experimentaciones de telepatía, entonces la orden del día.

Personalmente estaba él muy interesado en este tema, me proporcionó su cabina durante una hora cada tarde, para que efectuase mis averiguaciones sin ser molestado. Me deseó buena suerte. Le mentí. El primer día dije a Genoveva durante un profundo estado hipnótico, que en lugar de ir al anfiteatro, permaneciera en cama el martes siguiente, que aborreciera la vida de la Salpêtrière, y ansiara volver a sus padres. Por una semana repetí diariamente estas sugerencias, sin ningún resultado visible. La semana siguiente estuvo ausente y se le echó de menos el martes en el anfiteatro. Se me dijo que estaba resfriada y guardaba cama. Dos días después la vi con un itinerario de ferrocarriles en sus manos; en cuanto me vió, lo escondió en su bolsillo. Un excelente signo que me hacía fiar de su amnesia. No mucho después se le sugirió que fuera a Bon Marché el próximo jueves—su día de salida—y comprara un sombrero nuevo. Presencié como, orgullosa, lo mostraba a Lisette la mañana siguiente. Dos días más tarde se le ordenó que abandonara la sala santa Inés a las doce del otro día, mientras las monjas estuvieran preocupadas distribuyendo la comida; que atravesara la caseta del portero cuando éste estuviera almorzando, subiera en un coche y se dirigiera inmediatamente a la Avenida de Villiers... Al volver de mis consultas la encontré sentada en mi sala de espera.

Le pregunté en qué podía servirla, parecía turbada y murmuró algo de ver los perros y el mono de que yo le había hablado. Rosalía la atendió en el comedor con una taza de café, y la hizo volver al hospital en coche. «Es una hermosa niña—dijo Rosalía llevándose un dedo a la frente—pero creo que tiene una araña en la azotea, me dice que no sabe por qué ha venido».

El éxito de este experimento preliminar y mi acostumbrada impetuosidad, me hicieron decidirme a realizar mis planes inmediatamente. A Genoveva se le ordenó volver a la Avenida de Villiers, con las idénticas precauciones y a la misma hora, dos días después. Era lunes, Había invitado a Norstrom a almorzar, lo necesitaba como testigo en caso de complicaciones imprevistas. Le conté mi plan; me hizo ver las desastrosas consecuencias que podría acarrearle aún en el caso de que tuviera éxito. El estaba seguro de que ella no vendría.

—Suponte que le haya contado a alguien—dijo Norstrom.

—No puede contar lo que ella misma ignora. No sabrá que debe venir a la Avenida de Villiers hasta que el reloj dé las doce.

—¿Pero no sería posible que lo dijera cuando está hipnotizada?—insistió.

—Hay sólo un hombre que podría hacerla hablar, y ese es Charcot. Pero como no le presta mucha atención, excepto en las conferencias de los martes, he eliminado también esa posibilidad. Agregué que era muy tarde ya para discutir, que estaba seguro de que ella ya había abandonado el hospital, y antes de media hora estaría con nosotros. El antiguo reloj del vestíbulo dió la campanada de un cuarto para la una. Se me antojó que caminaba demasiado rápido. Por primera vez sus voces roncas irritaron mi oído.

—Ojalá te dejaras de todos estos disparates de hipnotismo—dijo Norstrom encendiendo un cigarro puro. Te tiene obsesionado, vas a volverte loco, si es que ya no lo estás. No creo en el hipnotismo. He tratado, pero nunca he logrado hipnotizar a nadie.

—Tampoco yo creería en el hipnotismo si tu lo hubieras logrado—contesté secamente. El timbre de la puerta de calle me hizo saltar de mi silla... Era Miss Anderssen, la enfermera que debía venir a la una para volver con Genoveva a su casa. Debía tomar el expreso nocturno a Normandía con ella y una carta mía dirigida al párroco de la villa, explicándole la situación y rogándole que evitara por todos los medios posibles, la vuelta de Genoveva a París. Regresé al comedor, y malhumorado comencé a fumar cigarrillo tras cigarrillo.

—¿Qué dirá la enfermera de todo esto?—dijo Norstrom.

—No tiene nada que decir—es inglesa, me conoce bien, y tiene absoluta confianza en mí».

—Ojalá yo tuviera esa confianza—refunfuñó Norstrom, echando una bocanada de humo.

El pequeño reloj Cromwell de la chimenea dió la una y media, confirmando esta hora seis relojes de distintas partes de la casa.

Fracaso, dijo flemáticamente Norstrom. Y tanto mejor para todos, estoy contentísimo de no verme enredado en esta cuestión.

* * *

Esa noche tampoco dormí; ahora era Genoveva y no sus padres, la que provocaba mis desvelos. Había tenido tan mala suerte desde hacía tiempo, que mis nervios no estaban preparados para soportar un fracaso. ¿Qué había sucedido? Me sentí enfermo y trémulo al entrar en el anfiteatro de la Salpetriere a la mañana siguiente. Charcot ya había comenzado su conferencia de los martes sobre hipnotismo. Genoveva no estaba en la plataforma en su sitio acostumbrado. Me escabullí para subir a la sala de los guardias. Uno de los internos me dijo que el día anterior, mientras almorzaba fué llamado a la sala Santa Inés donde encontró a Genoveva en un estado de coma cataléptico,

interrumpido por el más violento ataque de convulsiones que él jamás había visto. Una de las monjas la había sorprendido cerca del hospital, media hora antes, en los momentos en que se subía en un coche. Parecía tan agitada que la monja hubo de conducirla con gran dificultad a la portería, para subirla a la Sala Santa Inés. Toda la noche había luchado desesperadamente, como un animal salvaje que trata de escapar de su jaula. Se vieron obligados a colocarle la camisa de fuerza.

Ahora estaba encerrada en una pieza separada, con una fuerte dosis de bromuro, y una bolsa de agua fría en la cabeza. Nadie entendía la causa de este cambio repentino. Charcot la había visitado, y después de mucho trabajo, logró hacerla dormir. A esta altura de la conversación entró el Jefe de Clínica, que me había estado buscando por todo el Hospital. Charcot deseaba hablarme, él debía conducirme a su oficina tan pronto terminara la lección del anfiteatro. No me dirigió la palabra mientras atravesamos los laboratorios vecinos. Golpeó, y por última vez en mi vida fuí admitido al pequeño santuario del Maestro. Charcot estaba sentado en su mesa de siempre, inclinado sobre el microscopio. Alzó su cabeza para clavarme la mirada terrible. Hablando pausadamente, con su voz profunda que temblaba de indignación, me dijo que yo había tratado de llevar a mi casa una enferma de su hospital, una joven desequilibrada semiconsciente de sus actos. Según su propia confesión ya había estado en mi casa una vez. Mi plan diabólico de abusar de ella nuevamente, había fracasado por una casualidad. Era una ofensa criminal, debía entregarme a la policía, pero por el honor de la profesión y la cinta roja de mi ojal, se limitaría a expulsarme del Hospital y no deseaba verme nunca más.

Me sentí tocado por un rayo, la lengua pegada al paladar, no pude articular palabra. Pero apenas me di cuenta de su abominable acusación, el temor me abandonó. Contesté que era él y sus adeptos, quienes habían arruinado a esta niña, no yo; que había llegado al hospital una campesina joven, fuerte y

sana, y saldría de ahí loca, si permanecía más tiempo. Yo había seguido el único camino posible para hacerla volver a sus padres. No logré rescatarla y lo sentía.

¡Assez Monsieur! Suficiente, señor!, gritó. Se dirigió al Jefe de Clínica, le dijo que me acompañara a la portería, con órdenes de no admitirme más en el hospital, y que si yo insistía, y su autoridad no era bastante para excluirme de su clínica, diera aviso a la asistencia pública.

Se levantó de su silla y salió de la pieza con paso tardo y pesado.

HIPNOTISMO

La famosa plataforma de la Salpetriere que causó mi desgracia, desde hace tiempo es condenada por todo estudioso serio de los fenómenos hipnóticos. Las teorías de Charcot, que subrayadas por el peso de su autoridad, fueron impuestas a toda una generación de médicos, han caído en descrédito después de haber retardado veinte años el estudio verdadero de la naturaleza de estos fenómenos. La mayoría de las teorías de Charcot sobre hipnotismo han resultado erradas. No es el hipnotismo lo que decía él, una neurosis artificial inducida, que se presenta en los histéricos, hipersensitivos, débiles mentales y desequilibrados. Todo lo contrario. Los sujetos histéricos son menos fácilmente hipnotizables, que las personas con una mentalidad normal. Generalmente. Las personas inteligentes, vehementes y dominadoras, se hipnotizan con más facilidad que los torpes, estúpidos, superficiales y de una mentalidad débil. La mayor parte de los idiotas y lunáticos, son refractarios a la influencia hipnótica. La gente que dice no creer en el hipnotismo, se ríen de uno y se sienten seguros de no ser hipnotizados, por regla general se les hace dormir con la mayor facilidad. Todos los niños pueden ser hipnotizados sin dificultad. El sueño hipnótico no puede producirse únicamente por medios mecánicos. Son

absurdos la bola de cristal que brilla, los espejos giratorios (parecidos a los que se usan para cazar pájaros), los magnetos, la mirada fija en los ojos del sujeto, las clásicas condiciones de Mesmer, usados en la Salpetriere y en la Charité. El valor terapéutico del hipnotismo en medicina y cirugía, no es despreciable, como Charcot lo dijo. Al contrario, es inmenso, puesto al servicio de médicos competentes, con ideas claras y manos limpias, bien dotados de la técnica. Las estadísticas en miles de casos, nos da la razón sin lugar a dudas.

En lo que se refiere a mí, que no he sido lo que se llama un «hipnotizador», sino un neurólogo que se ha visto en la necesidad de usar esta arma, cuando otros medios han fallado, he logrado muchas veces resultados maravillosos, con este método todavía obscuro de curar. Varios tipos de trastornos mentales, con o sin pérdida de la voluntad, alcoholismo, morfomanía, cocainomanía, ninfomanía, pueden sanar con este método. La inversión sexual es más difícil de tratar. Muchas veces, si no las más, no puede considerársele como una enfermedad, es una desviación del instinto sexual. En estos individuos una intervención es a menudo más perniciosa que beneficiosa. Las leyes no debían tal vez ser tan severas... pero este es un asunto demasiado complicado, que no deseo discutir aquí. Lo que hay de verdad es que las leyes actuales son poco comprensivas, y desconocen la incómoda situación de mucha gente. No son criminales, sino víctimas de un olvido momentáneo de la Madre Naturaleza, tal vez en el momento de nacer, o quien sabe si durante la concepción. ¿Cuál es la explicación de este enorme aumento de invertidos sexuales? ¿Será que la naturaleza quiere vengarse de la mujer masculinizada de hoy día, dándole un hijo afeminado a sus caderas estrechas y pechos aplanados? ¿O asistimos a una nueva fase de la evolución, que junta gradualmente a dos animales distintos, en un nuevo ejemplar hasta ahora desconocido, último sobreviviente de una raza condenada en un planeta ya

caduco, el eslabón perdido entre el «Homo sapiens» actual y el misterioso «superhombre» del mañana?

Todos reconocen ahora el enorme beneficio derivado de la anestesia hipnótica en operaciones quirúrgicas y partos. Aun más notable es este efecto benéfico, en la más dolorosa de todas las operaciones, la muerte, que por lo general, hay que afrontarla sin anestesia. Lo que me correspondió hacer por muchos de nuestros soldados moribundos durante la última guerra, es bastante para hacerme dar gracias a Dios, por haber puesto en mis manos este poderoso medio. En el otoño de 1915, estuve dos inolvidables días con sus respectivas noches, entre doscientos soldados agonizantes, amontonados debajo de sus casacas ensangrentadas, en el suelo de una iglesia de una aldea francesa. No había morfina ni cloroformo, ni ningún anestésico para aliviarles la tortura y acortarles la agonía. Muchos murieron delante de mis ojos, insensibles y tranquilos, a veces hasta con una sonrisa en sus labios, y mi mano apoyada en sus frentes, repitiéndoles pausadamente palabras de esperanza y consuelo... hasta que gradualmente el temor de morir los abandonaba.

¿Qué era esta fuerza misteriosa que aparecía brotar de mi mano? ¿De dónde provenía? ¿Sería un murmullo insensible de mi inconsciente, que mi «Yo» despierto no podía escuchar? ¿O sería al fin, la misteriosa «fuerza odílica», el flúido magnético de los antiguos mesmeristas? Naturalmente la ciencia moderna ha barrido con este flúido magnético, y lo ha reemplazado por una docena de teorías más o menos ingeniosas. Las conozco todas, ninguna me satisface hasta ahora. La sugestión por sí sola, a pesar de ser la clave de las teorías de hipnotismo aceptadas universalmente, no puede explicar todos estos asombrosos fenómenos. La palabra «sugestión», como la usa la Escuela de Nancy, su principal pedestal, se diferencia solamente por su ortografía, de la ridiculizada fuerza odílica de Mesner. Tenemos que admitir que el milagro no es efectuado por el operador, sino que se debe a la subconsciencia del sujeto. ¿Pero cómo nos explicaremos

que un operador tenga éxito donde otro falle? ¿por qué la sugestión de un operador retumba como voz de mando en los talleres subterráneos de la mente del sujeto, y hace transformarse en acción sus fuerzas ocultas; mientras que esta misma sugestión hecha por distinto operador, es interceptada por la conciencia del sujeto, y queda sin efecto? Yo, más que nadie, deseo saberlo, porque desde mi infancia me he dado cuenta de que poseía este poder, como quieran llamarlo, en un grado excepcional. La mayoría de mis pacientes, viejos y jóvenes, mujeres y hombres, se daban cuenta de esto, tarde o temprano, y a menudo me hablaban de ello. Mis colegas en el hospital lo sabían, Charcot lo sabía y lo utilizó muchas veces. El famoso alienista del Asilo Sta. Ana, doctor Volsin solía pedirme ayuda en sus esfuerzos desesperados por hipnotizar a algunos de sus lunáticos. Trabajábamos durante muchas horas con estos pobres lunáticos iracundos, dentro de sus camisas de fuerza, imposibilitados de todo, menos de escupir nuestros rostros, como lo hicieron. Casi siempre el resultado de nuestros esfuerzos, en estos casos era negativo, aunque a veces logré calmar a algunos, que el mismo profesor a pesar de su maravillosa paciencia, había abandonado.

Todos los cuidadores en el Jardín Zoológico y Ménagerie Pezon, lo sabían. Era costumbre mía poner a sus culebras, lagartos, tortugas, loros, lechuzas y leopardos, en un estado letárgico similar a la primera fase hipnótica de Charcot, a menudo logré hacerles dormir profundamente. Me parece haber mencionado cómo abrí un absceso y extraje una astilla de la pata de Léonie, la magnífica leona de la Ménagerie Pezon. No puede explicarse sino como un caso de anestesia local bajo débil hipnosis. Los monos, no obstante su agilidad, son fácilmente hipnotizables, gracias a su gran inteligencia e impresionable sistema nervioso. El encantamiento de serpientes es naturalmente un fenómeno hipnótico. Yo mismo he puesto en un estado de catalepsia a una cobra en el templo de Karnak. Sospecho que la domadura de elefantes salvajes, está también relacionada con la influencia hipnótica.

La forma en que una vez oí a un mahout hablar durante horas a uno de los elefantes del Zoo, que estaba inquieto, se parecía mucho a la sugestión hipnótica. La mayoría de los pájaros son fácilmente hipnotizables, todos saben como se hace con las gallinas.

Parece que todos los animales, domesticados y salvajes, entendieran el significado de aquellas palabras repetidas despacio, y monótonamente. ¿Qué no daría yo para comprender lo que ellos me dicen? Sin embargo, es evidente que aquí no se puede hablar de sugestión mental. Tiene que haber otra fuerza actuando. De nuevo pregunto en vano ¿qué es esta fuerza?

Entre los enfermos entregados a Norstrom durante mi ausencia en Suecia, había un caso malo de morfinomanía, casi sanado por sugestión hipnótica. En mi deseo de no interrumpir este tratamiento, exigí a Norstrom que asistiera a la última sesión. El decía que era muy fácil, y a la enferma parecía agradecerle su persona. A mi regreso a París me cercioré de que ella había vuelto a sus antiguos hábitos; mi colega no había logrado hipnotizarla. Quise que ella me explicara la razón de este fracaso. No pudo hacerlo, ella no lo entendía tampoco, lo sentía mucho, habían hecho lo posible, y simpatizaba mucho con el doctor Norstrom, pero...

Charcot me envió una vez a un joven diplomático extranjero, un caso serio de inversión sexual. Tanto el profesor Kraft-Ebing, famoso especialista vienés, y Charcot, habían sido incapaces de hipnotizar a este hombre. El enfermo ansiaba ser sanado, vivía en un constante temor del «chantage», y este fracaso repetido lo hacía desesperar. Dijo que estaba convencido de que era su única salvación, tenía la seguridad de que estaría bien si pudieran hacerlo dormir.

—Pero usted está dormido—le dije, apenas rozándole la frente con la puntas de mis dedos, sin pases, ni mirarlo en los ojos, ni sugestión. Apenas pronuncié estas palabras, sus párpados se juntaron con un suave temblor, y en menos de un minuto

estaba en un profundo sueño hipnótico. Al principio había esperanzas, un mes más tarde regresó a su país confiando en el futuro, tal vez más de lo que yo confiaba. Dijo que se declararía a una niña que había conocido últimamente, quería casarse y tener hijos. Lo perdí de vista. Un año después oí por casualidad que se había suicidado. Si este hombre desgraciado hubiese venido a consultarme años más tarde, cuando he adquirido más conocimientos sobre inversión sexual, jamás habría yo intentado la tarea inútil de salvarlo.

* * *

Rara vez encontré fuera de La Salpêtrière, las famosas tres etapas de hipnosis de Charcot, exhibidas con tanto aparato escénico en las lecciones de los martes. Eran todas invenciones suyas, injertadas en sujetos histéricos, y aceptadas por sus alumnos gracias a la fuerte sugestión del Maestro. La misma afirmación vale para su tema favorito, «su» histeria mayor, hoy casi desaparecida, que entonces ocupaba toda la Salpêtrière. El hecho que todos estos experimentos de hipnotismo se practicaban en sujetos histéricos, es lo único que explica su inhabilidad para comprender la verdadera naturaleza de estos fenómenos. Si fuera correcto lo que dice la escuela de la Salpêtrière, de que sólo los sujetos histéricos son hipnotizables, equivaldría a decir que el 85% de la humanidad sufre de histeria.

Pero en un punto Charcot tenía razón, pese a la Escuela de Nancy, Forel Moll y otros. Los experimentos de hipnotismo tienen cierto peligro para el sujeto y para los espectadores. Personalmente soy de la opinión, que estas representaciones públicas de fenómenos hipnóticos, deberían ser prohibidas por la ley. Los especialistas en trastornos mentales y nerviosos, necesitan del hipnotismo, como un cirujano del éter y cloroformo. Basta recordar que miles y miles de casos desesperados de neurosis traumáticas durante la última guerra, sanaron como por encanto

con este método, el tratamiento hipnótico no necesita en la mayoría de los casos, sueño hipnótico con abolición de la voluntad. Un operador que conozca la técnica complicada y entienda algo de psicología, ambas contribuyen al éxito, obtendrá resultados maravillosos con lo que se llama sugestión al estado de vigilia. La Escuela de Nancy dice que el sueño hipnótico y el sueño natural son idénticos. No es verdad. Como todavía no sabemos lo que es el sueño hipnótico, haríamos bien en abstenernos de inculcarlo a nuestros enfermos, excepto en los casos de absoluta necesidad. Dicho esto, debo agregar que muchas de las acusaciones en contra del hipnotismo son burdamente exageradas. Hasta ahora no conozco ninguna prueba auténtica de un acto criminal cometido por un sujeto bajo sugestión posthipnótica. Nunca he visto a un sujeto realizar una sugestión hecha bajo hipnosis, que el o ella no realizaría en un estado normal despierto. Afirmo que si un canalla sugiriera a una mujer que se entregara a él, en un estado hipnótico, y ella lo hace, significa que lo mismo lo haría si se lo hubiera pedido despierta. No existe la obediencia ciega. El sujeto sabe bien lo que acepta o lo que rechaza, y todo lo que está sucediendo.

Camille, la famosa sonámbula del profesor Liegeois, de Nancy, que permanecería impasible e indiferente ante una clavada de alfiler en su brazo, o ante un carbón encendido puesto en su mano, se ponía roja de vergüenza cuando el profesor hacía ademán de desarreglarle la ropa, y despertaba inmediatamente. Esta es una de las muchas contradicciones familiares para los estudiantes de los fenómenos hipnóticos, y muy difíciles de entender para los que están al margen de esto.

No deben olvidarse los alarmistas, de que una persona no puede ser hipnotizada sin su propio deseo. Naturalmente es un disparate todo lo que se dice de personas hipnotizadas a la distancia y sin darse cuenta de ello. También lo relacionado con el psico-análisis,

La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual



El siglo XIX fué un gran siglo para la novela europea, el siglo XX promete serlo para la novela hispanoamericana. Esta posibilidad—cuyas raíces están en el desenvolvimiento de las repúblicas sudamericanas a partir de la Independencia y aun de la Colonia—se ve favorecida por una doble actitud: la del escritor y la del público.

Se puede decir que en ninguna época el sudamericano ha leído tanto, y en especial novelas. Sea por un avance de la civilización, o por una mayor inquietud o complicación intelectual del hombre de tipo medio, el hecho que anotamos es evidente.

Los más renombrados novelistas de la hora actual son conocidos entre nosotros, como posiblemente no lo son en su propio país, por el grueso público. Huxley, Lawrence, Joyce, Wells, Pirandello, Papini, Proust, Gide, Morand, Chesterton, Giraudoud, Cocteau, Zweig, Baroja, Azorín, Conrad, Upton Sinclair, Pil-

nias, Seifulina, Valle Inclán, Sinclair Lewis . . . etc; se podrían citar cincuenta o sesenta nombres de reconocida fama como novelistas cuyas obras son leídas con avidez en nuestra tierra. Nuestro público actual lee bastante, seguramente sin preparación y discernimiento, pero lee.

¿Sucedió esto, en el siglo pasado, con respecto a Dostoiewski, Dickens, Balzac, Stendhal, Zola, Galdós, Tolstoi, Godfried Keller . . . etc.? De ningún modo. Esta curiosidad hacia la mejor producción novelesca extranjera, nos ha traído también, como rebote, el interés por conocer a los escritores hispanoamericanos más representativos. Y así se ha dado el caso de una docena de novelas iberoamericanas, que por su mérito y por otras circunstancias felices, han circulado y adquirido fama a través de todo el continente. Tal es el caso de «Los de Abajo» de Mariano Azuela, de «Doña Bárbara» de Rómulo Gallegos, de «La Vorágine» de José Eustasio Rivera, de «Juan Pueblo» de Loveira, de «El Roto» de Joaquín Edwards Bello, de «El Aguila y la Serpiente» de Martín Luis Guzmán, de «Zurzulita» de Mariano Latorre, de «Lanchas en la Bahía» de Manuel Rojas, «Cuentos Andinos» de López Albújar, de «Las lanzas coloradas» de Uslar Pietri, etc. La lectura de todas estas obras y de algunas otras de menor circulación, pero no inferiores en mérito, permiten establecer ciertos puntos de contacto y equivalencia y unos mismos anhelos en la parte más

considerable de la producción novelesca hispanoamericana.

Toda esta literatura tiende a la revelación del hombre o del paisaje americano. En este sentido el novelista toma para sí el tema más agudo de nuestra realidad. Porque es indudable que el problema fundamental del alma americana, es un problema de conciencia, de conocimiento de sí mismo, de cómo se es.

Ninguna literatura extranjera es leída con mayor interés que aquélla que trata de nosotros. Ortega y Gasset, Keyserling, Waldo Frank, son llamados a América, a resolver nuestro enigma y a opinar sobre nuestro futuro.

¿Narcisismo? ¿Petulancia? ¿Angustia por el propio destino? ¿Inseguridad juvenil? Seguramente hay de todo. Auténtica curiosidad acerca de nosotros mismos y también sospecha y angustia de creer que por el momento no somos nada, que todo nos viene de fuera.

En ninguna parte del mundo se le hacen al turista tan repetidas las preguntas: ¿Y nuestro paisaje? ¿Y nuestras mujeres? ¿Y el vino?

El pensador europeo viene a América a contemplar a un pueblo para el que la cultura ha significado hasta el momento imitación de lo extranjero. Representando lo auténtico aciertan, a veces, a descubrir lo diferencial, lo nuevo.

Esa misma actitud de turistas inteligentes adoptan los mejores escritores sudamericanos con respecto a su propio material literario. Miran desde afuera. Mien-

tras más europeos son por la sangre o el espíritu, más se acercan a aquellos personajes no contaminados y auténticos. Negados por el momento a lo universal, buscan en lo autóctono, en lo regional, el mejor camino para alcanzarlo. Eligiendo, eligiendo, llegan indefectiblemente a las clases populares.

La gran ciudad sudamericana es—a excepción del arrabal—híbrida, presuntuosa y sin carácter. Arquitectura, jardines y habitantes, muestran iguales ausencias y negaciones.

Empujado fuera de la ciudad, al novelista, el asunto se le vuelve épica pura: «La Vorágine», «Doña Bárbara», «Don Segundo Sombra», «Cuna de Cóndores», «Cuentos del Sur», «Los de Abajo».

No es preciso andar muy alerta para concluir que los dos grandes temas de la actual novela hispanoamericana son la naturaleza y el hombre que lucha con ella o contra ella. A estos dos temas esenciales hay que sumar un tercero que es como una consecuencia reflexiva sobre los otros dos, el problema social y económico.

ACTITUD SOCIAL DEL ESCRITOR SUDAMERICANO CON RESPECTO A SUS PERSONAJES

Conviene reparar que en las novelas hispanoamericanas de mayor fama, la posición del autor con respecto a sus personajes, es muy parecida. Siempre se enfrentan dos realidades; una ciudadana y criolla, y otra más aborígen, bárbara, natural.

Ricardo Güiraldes es el joven millonario argentino, que ha estado en París y que hastiado de todos los gozes de la civilización, concluye por acercarse al gaucho de su tierra y hacer la novela de su leyenda.

En «La Vorágine», el autor y su personaje central—Arturo Cova—dos hombres de la ciudad, descubren la selva tropical y sus habitantes.

«Doña Bárbara» va perdiendo su barbarie desde el momento en que entra en contacto don Santos Luzardo, jurista y ciudadano.

Mariano Azuela presta sus servicios profesionales de médico en una partida de guerrilleros.

Joaquín Edwards Bello baja al barrio de la Estación Central en busca de «el roto».

Mariano Latorre cambia en las vacaciones sus trajes europeos por los arreos del guaso y se va al campo (Marcos Elordui de «Zurzulita») o se interna en la montaña («Cuna de Cóndores»).

Eugenio González conoce—desterrado en la Isla de Más Afuera—al hampa santiaguina.

Mariano Picón-Salas persigue—en «Registro de Huéspedes»—personajes extraños, que viven por ciento ochenta pesos al mes.

Alberto Romero sale con la policía en busca de tipos literarios para sus novelas.

Manuel Rojas y José Santos González Vera se asoman al conventillo, o al barrio de las Hornillas, en busca de personajes...

Todos marchan hacia abajo en busca del filón literario.

Existe en la novela rusa un interrogante fundamental. La abordaron los escritores del siglo XIX, y la tratan de resolver los novelistas actuales: ¿Cómo es el mujik? ¿Cómo es el ruso?

La mayoría de nuestros novelistas se reclutan entre personas de la clase media o de la clase alta, que «descienden» a las clases populares por simpatía o curiosidad, o porque—y esto es lo más común—estiman que con esos elementos, con ese material literario se debe hacer la novela hispanoamericana. Pero en Europa existe una unidad racial que amortigua las diferencias sociales y económicas. El pobre ve en el rico a uno de ellos mismos que posee más. El novelista europeo descubre, por mucho que baje en busca de elementos literarios, factores y elementos raciales que le son comunes a él y a todo su pueblo. En América esto es distinto. Clase alta, clase media y clase baja son etiquetas que no abarcan todas las diferencias que existen entre el blanco, el mestizo y el indígena. Tenemos diferencias de sangre y de pigmentos.

El roto puede ser interesante y simpático para un escritor criollo, pero lo siente como algo distinto; como representante de una fauna extraña propicia de ser explotada literariamente.

A la explotación económica habría que agregar ésta, más suave, de las letras.

No es la que acabamos de analizar la única actitud

del escritor sudamericano. Existe también la del escritor que mira a Europa, no para evitarla en lo posible; sino para imitarla en la técnica, en los personajes y en los temas.

Este tipo de escritor no se conforma con haber nacido en una república de cinco o seis millones de habitantes, ni quiere hacer novela con personajes tan comunes como «el roto», «el pelado», «el cuico», «el cholo», etc. Se evaden, por lo general, hacia una realidad europea, o si no, cultivan desde aquí lo que ha dado en llamarse el «arte nuevo». Evitando la novela regional, criollista, nativista, indigenista; nos hacen la novela superrealista, imaginista, simultaneísta, expresionista, poemática, etc.; o imitan directamente a un solo escritor, eligiendo, casi siempre, entre los más frívolos y decadentes: Giraudoux, Girard, Morand, etc. Algunos aciertan a hacer buenas novelas españolas, con personajes y ambientes españoles, como Augusto d'Halmar en «Pasión y Muerte del Cura Deusto», o Edgardo Garrido Merino en «El Hombre en la Montaña», o Carlos Reyles en «El Embrujo de Sevilla». En Chile se ha producido un grupo de imaginistas que elaboran novelas de ambiente marino en las que los personajes—en su mayoría «lobos de mar»—son por lo general noruegos o ingleses.

La «novela nueva» es cultivada en Sudamérica por escritores jóvenes y cultos, pero ausentes casi siempre, de verdadera personalidad literaria. Tienen el modelo europeo muy a la vista y nunca se proponen criollizar

la técnica importada, aplicándola a un material más próximo. Este problema se hace presente también en las demás artes, y especialmente en pintura.

El arte de «vanguardia» posee una perfecta justificación en el arte europeo como etapa crítica de una cultura que ve agotada alguna de sus posibilidades de alta creación. En Sudamérica su presencia es casi siempre «colonial». No es que pretendamos que la novela hispanoamericana debe detenerse en cuanto a técnica y procedimiento, en la novela europea del siglo XIX. Nada de eso. Pero tampoco el «pastiche» y la oblea perfumada pueden constituir nuestra mejor novelística.

Existen prosistas sudamericanos singularmente dotados; entre otros: Eduardo Mallea (argentino), Pablo Palacio (ecuatoriano), Jaime Torres Bodet (mejicano), Rosamel del Valle (chileno); que pueden darnos algún día la novela que sin ser criollista, nativista o indigenista, sea, sin embargo, americana por algo más que el nacimiento del autor.

Rosamel del Valle, por ejemplo, consigue en «Eva o la Fuga», utilizando la metafísica del lugar y de la calle—procedimiento superrealista que se puede apreciar muy bien en «Nadja» de André Bretón—una visión novísima de la ciudad de Santiago. En cambio, Eva, su personaje, podría transitar sin que se le exigiera su carta de ciudadanía literaria, por cualquier novela europea expresionista o superrealista.

Ni siquiera eso podemos decir de Jaime Torres Bodet, joven y culto poeta y novelista mejicano, cuyas

novelas hacen recordar demasiado la obra de Giraudoux, Girard, Morand, Jarnés y otros.

Torres Bodet hace la concesión de dedicar una de sus páginas, al tema de la Revolución Mejicana. No podemos negar, sin embargo, que su intención es fina y llena de sugerencias:

«Llegamos a Laredo. Hijo relativamente pródigo, ¡con la sonrisa de qué ciudad tan humilde me recibía de pronto la patria!

Un zapatero, en el umbral de una choza, zurcía las botas amarillas que habían pertenecido a un general. Sobre la suela llena de cicatrices, el cuero nuevo, brillante, auguraba la marcha de una existencia más fuerte. ¿Al pie de qué agente de aduanas, de qué panadero, de qué empleado de obras públicas, de qué sembrador de tomates iría a parar ese mutilado? Después de la lucha, el país recobraba sus energías. El heroísmo, ayudado por la pobreza, se convertía poco a poco en comodidad» («Proserpina rescatada», pág. 160). Espasa Calpe, Madrid, 1931.

Este tipo de escritor que acabamos de analizar someramente nos parece—pese a su europeísmo y universalismo—mucho más indígena que el anterior. Buscan en lo internacional y universal, el nirvana, la despreocupación por todo lo que puede cogerlos de cerca. Sin embargo, por el conocimiento que tienen de las últimas corrientes literarias extranjeras; por la cultura general obtenida en plena juventud, aun pueden evolucionar, regresando al sentido de la tierra americana y creando

la novela que todos esperamos. Para ellos deseamos una evolución parecida a la que experimentan tres jóvenes habitantes de la ciudad de Méjico y lectores de Spinoza, en las postrimerías de la época porfiriana, que nos representa Alfonso Reyes en su «Testimonio de Juan Peña».

«A dos pasos de la capital, nuestra vaga literatura, nuestro europeísmo decadente, daban de súbito con un pueblecito de hombres morenos y descalzos. Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras de maguelles como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo, porque el trabajo de cañerías perturba quien sabe qué sórdidos negocios de un alcalde tiránico. Las espaldas de los indios muestran a veces, cicatrices. Y nuestra antigua Constitución—poema jacobino fraguado entre los relámpagos de la otra guerra civil, y nutrido en la filosofía de los Derechos del Hombre—comienza así:

«En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisan el territorio nacional recobran por este solo hecho, su libertad».

Julio, Mariano y yo tuvimos aquí el primer presentimiento.

UBICACION DE LA NOVELA MEJICANA

Si miramos desde afuera, si tratamos de comparar nuestra incipiente literatura con la de otros pueblos más

cultos y desarrollados; si pretendemos establecer cuáles son las cualidades distintivas de nuestras mejores novelas del presente siglo, llegaremos a la conclusión de que son dos: la épica y el paisaje. De aquí que el aporte de la novela mejicana de la Revolución tenga mucho que ver con toda una gran línea de la producción hispanoamericana.

El valor fundamental de la novela mejicana que estudiamos, es la de revelar sectores de la psicología nacional, puestos en trance. Cómo pelea el mejicano, cómo sabe morir, triunfar o ser derrotado. La experiencia mejicana mira más a la Historia que a la Literatura. El pueblo mejicano ha resuelto, con la revolución, un paso hacia el mejor conocimiento de sí mismo, de las inesperadas reacciones de que puede ser capaz. Los noveladores han presenciado esta gesta con un propósito informativo, documental o interpretativo.

En la paz, la vida de nuestras grandes ciudades es, casi siempre, algo falsificada. De ahí que, movimientos como el de la Revolución Mejicana, rompan el prestado barniz civilizador y acerquen el problema hacia nuestros ojos.

El principio revolucionario es, en ocasiones, falso e importado, pero permite descubrirse al pueblo que la soporta. Tan pronto se quiere una cosa como otra. Lo triste es que no se sabe lo que se quiere, y todo el ímpetu vital se resuelve en querer muchas cosas, todas las que se pueden conocer, y en ir las dejando una a una, como juguetes inservibles y viejos.

La Revolución se va despojando de cien ropajes prestados hasta quedar desnuda, como acontecimiento puro; como hazaña intranscedente en sí, aunque fructífera para el futuro.

La Revolución (1910-1916) se generó contra Porfirio Díaz. Hoy casi se puede decir—por los resultados obtenidos—que iba más que contra la administración, contra la excesiva calma que había conseguido aquel gobernante.

Los principios revolucionarios ayudaban al movimiento, pero no se peleaba por hacerlos triunfar. Los caudillos estaban muy lejos de eso. Se produjo desde el primer momento una disparidad inicial entre los caudillos y la intelectualidad; entre la acción y la inteligencia revolucionaria.

La serie de revueltas, lo que se ha dado en llamar revoluciones mejicanas, han sido como cambios geológicos de estabilización, como ensayos de nuevas posturas de una nación que no encontraba y que aun no encuentra su verdadero acomodo.

Los mejores novelistas de la Revolución quieren revelarnos el alma de su pueblo, cogiéndolo en el trance revolucionario.

El criollo sólo se muestra sin desconfianza en la embriaguez, en la borrachera o en el arrebató amoroso. La borrachera del iberoamericano siempre lleva envuelta, en una forma especial, el amor y la riña.

Si existe algo en nuestras tierras que se parece a la embriaguez y a la orgía, es la revolución. Si la embria

guez hace olvidar a nuestro pueblo sus miserias más próximas, la revolución es como una borrachera prolongada.

Ese fué el momento que aprovecharon escritores como Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Gregorio López y Fuentes, Xavier Icaza, Jr., Rafael F. Muñoz, José Mancisidor, Nellie Campobello, Martín Gómez Palacio, Hernán Robleto, Cipriano Campos Alatorre, José Rubén Romero, para captar la entraña de su pueblo, para reflexionar sobre el alma mejicana, sobre sus virtudes y defectos.

El ingreso de la novela de la Revolución Mejicana a la novela hispanoamericana actual, constituye un aporte épico y como tal puede incluirse dentro de la porción más característica de la novela continental. Por otra parte, su estudio puede servir de documento magnífico para el sociólogo, ya que bajo la palabra Revolución se cobijan en América, una serie de problemas—no resueltos o mal resueltos—que ocuparán nuestra historia por mucho tiempo.

Mariano Latorre

Bret Harte y el criollismo sudamericano

(Continuación)

BRET HARTE Y SUD-AMÉRICA.

En todas las interpretaciones que conozco de la literatura de América, desde México a los países del sur del Continente, no se ha dado al origen del criollismo una solución satisfactoria.

Para la mayoría, la influencia documental y social del naturalismo, el de Zola y Maupassant, sobre todo, es la causa de la nueva orientación nacionalista, la que libertó la literatura regional del romanticismo y de la presión de los escritores españoles.

Es demasiado amplio, en tiempo y espacio, el influjo de Zola y de su carácter social, de Maupassant y de la fórmula del cuento naturalista, para no suponer que éstos fueron los modelos de todos los escritores de América que intentaron una interpretación directa del campo, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la fecha.

Más adelante, debemos contar con la literatura rusa, la de Tolstoi y de Gorki, particularmente, como una crítica realista del medio y de una clase dominadora.

En los últimos tiempos y por la semejanza del latifundio ruso con la encomienda colonial y del mujik con el inquilino o

mediero de los fundos y estancias de América, la actitud del escritor se acercó a la de los escritores rusos de la época del zarismo y de la postrevolución.

El éxito de librería de las novelas rusas traducidas al español y al francés, en Europa y América, ha suministrado un argumento fácil y hacedero.

No es nuestro intento negar esas influencias, de las que, lógicamente, no se ha librado ningún novelista de América y muchos dramaturgos, pero esa influencia es más de forma que de fondo, y se refiere más a la técnica que a la esencia misma de la creación.

Los novelistas franceses, los rusos y los españoles, no podían darnos el camino para observar las modalidades de nuestra vida campesina ni el contraste del gaucho y del guaso, del pelado y del llanero, en la evolución social de la vida americana.

Ni Zola, ni Maupassant, ni Gorki cultivaron la novela campesina. Escribieron sobre el campo, pero fué la ciudad, el obrero, el anónimo habitante del arrabal, la tumultuosa vida de la fábrica, el teatro de la mayoría de sus novelas. Nos legaron el sentimiento humanitarista del siglo XIX, la actitud rebelde hacia la burguesía capitalista, pero no fueron ellos los que abrieron los ojos de los novelistas de América hacia la vida y el paisaje americanos.

Maupassant y Gorki pudieron darnos los resortes del cuento moderno, pero no el sentido de nuestra personalidad de americanos,

Una compulsación de fechas nos puede dar la clave inicial de nuestro americanismo, criollismo o nativismo. Nos puede orientar en los primeros gérmenes de la novela americana actual.

El naturalismo llegó a su plenitud en 1893.

Las obras fundamentales de la literatura típica de América, las novelas de Acevedo Díaz, por ejemplo, fueron publicadas con anterioridad. «Nativa» es de 1880. «Ismael» de 1888.

En el Uruguay, especialmente, y en Argentina, se incubaba el criollismo que en menos de veinte años se va a propagar en las zonas australes de Sudamérica.

El Atlántico es la cuna del nativismo rural de la América Hispana.

La pampa y su extensión ilimitada. La línea recta de su paisaje inhabitado que rompen las cabalgatas aulladoras de las indiadas o de los gauchos, sus descendientes legítimos. La pampa de los caballos baguales y de los vacunos cimarrones, la pampa de la brillazón engañadora o de las quemazones trágicas, será el escenario de las novelas futuras,

El héroe, el gaucho. El gaucho con un sentido de libertad y de voluntad que no se advierte en los demás mestizos de América, según Waldo Frank, animará la inercia gris de la llanura, donde la tierra y el cielo se abrazan en el horizonte.

El gaucho supo vivir la vida del indio con una conciencia castellana y adoptó los rasgos de la moral primitiva de la pampa, la lealtad, la hospitalidad, el valor, con todo el fervor ideal de una raza que había asumido la carga de la santa iglesia romana.

La pampa lo obligaba a ser nómada y éste nomadismo lo modeló en carne y sangre.

La mujer, la familia, fueron cosas secundarias, casi improvisadas, frente al horizonte abierto ante él. El individualismo se hizo bravía independencia ante la libertad del mundo que se alargaba inacabable a cada golpe de los cascotes de su flete. Guerras y revoluciones, crímenes o robos, se solucionaban galopando la huella interminable. En la pampa no hay jueces ni policía. Es un aliado que nunca traiciona. El caballo es la viabilidad y el cimarrón y su cuero, el alimento y la casa y el traje.

El baqueano y el rastreador, gauchos elementales, se completan en la evolución social de la llanura. Fructuoso Rivera y Facundo Quiroga eran baqueanos y rastreadores evolucionados en un sentido político y militar.

Con su chiripá que le cubría la cintura y los muslos, botas de vacunos o de potro, con sus rodajas o nazarenas, con un pañuelo en la frente, un sombrero gacho, sujeto con un barbijo y el poncho que es como una amplificación del albornoz beduino, según Groussac, en las domas, en las hierras o las carreras de parejeros y con la guitarra, fuente de coplas y romances, era el gaucho un tema de primer orden para los novelistas que lo habían descubierto. El héroe.

Existía en la poesía popular. Martín Fierro era el resumen del espíritu de independencia y del romanticismo primitivo del gaucho. Algo así como el héroe de un cantar de gesta que huía de la civilización, en lugar de acercarse a ella como en los poemas heroicos de la Edad Media castellana.

En las décimas y quintillas de Hernández, se perfila un héroe que odia la civilización, la cual lo considera un delincuente. Su individualismo se hace, entonces, ilimitado como la llanura. Sus posibilidades de vida son tan grandes como la pampa. Ni mar ni cordillera se oponen a la expansión de su personalidad.

Martín Fierro y Santos Vega se resumirán, más adelante, en don Segundo Sombra.

Los novelistas uruguayos, Acevedo Díaz y Javier de Viana lo interpretarán en la primera etapa de su vida gauchesca,

Como soldado de caballería, el primero. Como agricultor, después de las revoluciones, el segundo.

En ambos, su característica será aventurera y épica. En los dos casos, hermanos de los mineros de Bret Harte y de los «outloks» de London.

Aquí tenemos el punto de contacto. Bret Harte fué traducido al francés en 1872. Uno de los bocetos, Mliss, se publicó en la «Revue de deux mondes», revista muy leída en toda la América española. Algunos años más tarde, la mayoría de sus novelas por el editor Calman—Levy.

En 1863, una casa barcelonesa, Domenech, tradujo con el

nombre de «Bocetos californianos», catorce novelas de Bret Harte, las mejores, con ágiles ilustraciones de Pellicer.

La edición fué copiosa y debe haber circulado profusamente por todos los países de América.

Sarmiento, en carta, publicada en el Tomo XLIII de sus «Obras completas» se manifiesta familiarizado con la técnica y la intención americanizante de Bret Harte.

«Bret Harte, dice, el famoso novelista californiano, que hace uso con frecuencia de las extrañas formas, de las síncopas y barbarismos y de la pintoresca retórica del Far West o de los squatters o rayanos fronterizos, que acudieron desde los primeros tiempos a la fama de las pepitas de oro de los placeres».

En la reacción del héroe brethartiano ante el medio, encuentro yo el primer germen del criollismo en la costa del Atlántico.

El héroe de Bret Harte era el aventurero de América. En California había hombres de todas las regiones de la tierra, pero era el norteamericano el más audaz y el más dinámico. Los caracterizaba una embriaguez vesánica de la propia personalidad. En su afán de conquistadores, el instinto se había hecho una fuerza subyugadora e incontrarrestable. Y al pintarlo Bret Harte en sus «Bocetos», parecía poéticamente embriagado de este impulso soberano de dominación y de arraigo en la tierra que consideraba su patrimonio legal.

Creía hacer obra original y americana, cuando aseguraba que *el secreto de la novela corta americana estaba en el desarrollo de la vida peculiar de América.*

Los autores sudamericanos, con frecuencia improvisados y espontáneos, nada han dicho sobre sus lecturas de Bret Harte, y los críticos salvo Zum Felde, al referirse a Quiroga y Roxló al analizar la obra de Viana, citan al novelista californiano entre los probables antecedentes del cuento uruguayo moderno.

Más adelante, sin embargo, en la evolución del cuento con-

temporáneo, las consideraciones son más explícitas en lo que se refiere a Kipling y a London.

Sin embargo, debemos apoyarnos en esta clara afirmación de hacer literatura de América sin relación con España y Francia en los países sudamericanos, ya que en los ensayos anteriores de la Colonia y de la época de la Independencia, no hay antecedentes que justifiquen el prodigioso desarrollo de la novela corta criollista o nativista.

El Facundo de Sarmiento, las hazañas épicas de Martín Fierro y Santos Vega o las aventuras folletinescas de Juan Moreira, de Eduardo Gutiérrez no tienen relación artística con Acevedo Díaz y Javier de Viana.

Son historias, poesía popular o relato imaginativo. No hay en ellas intención alguna de interpretación o de arte moderno. Es la realidad que se agranda y se impone a la pupila de hombres excepcionales, en los cuales existía, es claro, profundamente, el sentimiento nacional.

Bret Harte, en cambio, daba el modelo del aventurero, desgajado del bloque de una sociedad casi colonial y modelando libremente su personalidad en un medio propicio y daba, además, el marco literario, paisaje y acción, en una forma armónica y nueva.

Eduardo Acevedo Díaz es el primer exponente que aparece en la literatura americana como intérprete genuino de la vida criolla en forma novelesca.

No son sus personajes los gauchos románticos y sus antípodas los viejos refraneros y maliciosos como el viejo Viscacha frente a Martín Fierro. Son gauchos más reales: indios cimarrones, montoneros, bandeirantes, mulatos esclavos, chinas de trenzas y capitanejos improvisados, gente de la pampa bravía y junto a ellos, señorones espetados con la hidalga pulcritud del español, damas de crinolina de alto peinetón, reinas de los saraos, petimetres madrigalescos y damiselas pizpiretas, olientes a siglo XVIII, gente de las casonas de mojinete y reja, de las incipientes ciudades de principios del siglo; pero toda esa multitud,

terratenientes y burócratas y gauchos de pampa libre, se mueve dentro de una decoración heroica.

Es la hora de la Independencia.

El mestizo y el criollo nada quieren ya con el rey de España. Los nativos de la banda oriental se unifican en la aspiración de una nación libre.

Las novelas de Acevedo Díaz pintan todo el proceso heroico de la Independencia: «Ismael», la época de Artigas; «Nativa», el período de las montoneras; «Grito de Gloria», la emancipación.

Es algo de lo que hizo en Chile Blest Gana, en «Durante la Reconquista», però artísticamente más realizado,

La trilogía está envuelta en una atmósfera romántica que Zum Felde atribuyé a la influencia de Hugo, naturalmente muy leído en esa época.

¿Por qué, digo yo, no ha de derivarse de Bret Harte, en el cual había, mezclados con la observación real, un soplo de romanticismo, propio del medio que creaba?

California, en la frontera de México, con una decoración de vieja colonia española, damas de peinetón, hidalgos espetados y barbudos, el mestizo sirviente de la vieja casona, el bandido hidalguesco, el mulato fabricante de dulces era un modelo más cercano que los inflados personajes de «Nuestra Señora de París» y de «Los Miserables».

Los héroes de «Ismael» y de «Nativa» tienen más contacto con los de las novelas de la guerra de secesión y de California que con Juan Valjean o Cuasimodo.

Y son más que una evocación del París medioeval como «Nuestra Señora», o una crítica a las cárceles francesas como en «Los Miserables», el grito ronco de un pueblo que comienza a vivir, una mezcla de historia y de epopeya, muy de acuerdo con el héroe mestizo que pelea, en la llanura y en el mar, por la libertad de su país.

Y ahora, la determinación del medio.

Bret Harte sitúa la acción en un ambiente nuevo. Incorpora al relato los árboles y los animales de California.

Le dió al grito zahareño del coyote un carácter esencial en las noches tibias de California, y a las ardillas un valor decorativo en la selva montañesa. El pino que yergue su penacho verdinegro en el borde de un barranco, se anima con el relámpago fugaz de la ardilla que trepa por sus gajos nudosos, así como el puma en la llanura americana y el yaguareté en la densa corriente de los grandes ríos.

El quebracho y el ñandubay de las selvas vírgenes del corazón de América, son hermanos del pino y del roble de las montañas costeras del lejano oeste.

En las novelas de Acevedo Díaz y Javier de Viana tienen los animales y los árboles una vida peculiar, selvática y fuerte junto a los gauchos soldados o a los agricultores gauchos.

Este tipo de cuento, nutrido con el alma y la tierra en su aspecto inicial, no es el de Europa, por lo menos el del siglo XIX.

Ni Zola ni Maupassant, ni menos Víctor Hugo tuvieron tal orientación. En Bret Harte había un hondo sentido de la nueva tierra y de la nueva raza, desconectada de Europa, aunque se nutriese de la savia de su tradición. El sentido americanista de Bret Harte y su interpretación del paisaje y de los hombres de la sociedad californiana de 1851.

Los tupamaros, arrojados por la justicia colonial a las selvas espesas de Río Negro, que se reúnen junto al fogón, en apartado potrill (corral de caballos) en medio de la selva, son hermanos de los buscadores de oro que la civilización empujó al lejano oeste y que en cuevas o en barracas, toscamente ensambladas, dormían la fatiga de lavar el polvo de oro que arrastraban en sus arenas los ríos de California. El hecho mismo se parecía singularmente.

El grupo de gauchos matreros, hijos del bosque y de la pampa esperaba la insinuación de un caudillo para crear un

pueblo. Y a Artigas primero y a Fructuoso Rivera después, siguieron hasta el mismo Montevideo.

Los mineros californianos animaron con su vitalidad inagotable los valles y quebradas donde se establecieron, y de un campamento minero nació la ciudad de San Francisco.

Zum Felde, al colocar a Acevedo Díaz en el cuadro de los románticos, para justificar la influencia de Hugo en el novelista uruguayo, lo separa de los escritores que vienen después y que cultivaron el género realista, dentro de la prosa de pura imaginación, sin relación histórica, aunque algunas de las novelas cortas de Javier de Viana pinten de nuevo a los gauchos matreiros, que a la menor alarma de revolución abandonaron el rancho y se fueron a pelear, como en sus mejores tiempos, en esas *ruidosas patriadas*, como se llamaron criollamente, compuestas de jinetes bárbaros que obedecían a cualquier caudillo descontento que los guiase.

En los cuentos de Javier de Viana encuentro la misma relación con Bret Harte que en las novelas de Acevedo Díaz.

La actitud del novelista frente al campo es la misma. Únicamente han corrido muchos años. La independencia está lejos. La nación se consolida, aunque el motín sea aún uno de los elementos más pintorescos en la vida social. Renace la actividad de la campiña. El rancho de adobes con techo de paja brava; el bagual y el animal cimarrón pueblan los desiertos de la pampa que se inicia en el corral del rancho; pero el gaucho de facón y de guitarra, en la paz, se prolonga en selvático individualismo como la llanura. Se aferra a su pasado libre como si temiera al porvenir.

Este va a ser el personaje de Javier de Viana.

La interpretación del cuentista uruguayo es más neta y directa que en Acevedo Díaz. En su concepto del campo continúa siendo un brethartiano, aunque el procedimiento, la salsa del guiso, participe del falso sentido científico del naturalismo de Zola.

Es la época en que la Editorial Sempere lanza al mundo americano sus traducciones de teóricos del anarquismo y de los escritores rusos.

En el carácter escueto con que pinta al campesino, al gaucho, hay la implacabilidad objetiva de Zola y de su escuela, más el sentido humanitario del socialismo en boga: pero los resultados no son naturalistas.

En «Campo», en «Gurí», en «Gaucha», sus mejores narraciones, hay un soplo poético, a pesar del pesimismo que se desprende de la brutalidad de sus héroes, sean hombres o mujeres. El relato se enmarca, no como una novela documentada o un cuento maupassantino, sino como un boceto de Bret Harte.

Este parecido no puede ser casual.

El paisaje está presentado como es frecuente en los cuentos californianos y los héroes, como los bandidos y mineros, tienen la decoración del aire libre, el llano donde galopa su flete, el rancho de adobe y paja, el vuelo de los flamencos y garzas de los bañados y cañadones y el perfil azul de las cuchillas lejanas.

Veamos un ejemplo:

—«El verano, describe Javier de Viana la pampa en su novela «El Ceibal», encendía el campo con sus reverberaciones de fuego: brillaban las lomas con su tapiz de doradas flechillas y en el verde luciente de los bajíos, cien flores diversas, de cien gramíneas distintas, bordaban un manto multicolor y aromatizaban el aire que ascendía hacia el toldo ardiente de erizadas nubes».

«En un recodo de un pequeño arroyo, sobre un cerrillo de poca altura, se ven, unos ranchos de adobes y techo de paja brava, con muchos árboles que lo circundan, dándole sombra y encantador aspecto».

«Tras esta primera línea vienen los sauces, blanqueando con sus racimos de menudas flores, los ñangaripés con su pequeño fruto exquisito, el arazá, el guayacán, la sombría arnera,

los gallardos ceibos, cubiertos de grandes flores rojas y aquí y allá, por todas partes, enroscándose en todos los troncos, trepando por todas las ramas, multitud de enredaderas que, una vez en la altura, dejan voluptuosamente tender sus ramas, como desnudos brazos de bacantes que duermen en una hamaca».

«Una mañana de diciembre, inmensamente cálida, una joven en cuclillas junto al agua, refregaba con tezón unas piezas de ropa, etc.»

Ahora Bret Harte:

«En la luz creciente de la mañana, capítulo I, de «Maruja», comenzaban a dibujarse las polvorientas y extensas rodadas de la carretera de San José. Por ambos lados de estos campos de trigo y avena, despertaban, extendiéndose hasta confundirse con el celaje. Hacia el este y el sur retirábanse las estrellas ante el avance del nuevo día; en el oeste, parpadeaban unas cuantas aun, entre las pobladas cimas de la cañada, donde parecía haberse desperezado la noche. A lo lejos, algunos pájaros oscuros volaban despacio, a ras de tierra: más allá, un coyote gris, sorprendido por el amanecer, andaba torpemente; y algo más cerca, un vagabundo cruzaba el camino, hundiéndose en el polvo, seco en aquella noche sin rocío, para saltar el tapial y buscar un albergue distante».

«Durante algún tiempo, el hombre y la bestia conservaron el mismo paso y la misma dirección, con extraña semejanza de apariencia y expresión. El coyote, con el aspecto de su más civilizado e inofensivo compañero, el perro, tan molesto para los caminantes ordinarios; pero ambos mostrando las mismas características de perezosa vagancia y semidesorden. El coyote agachándose, a paso de andadura, inquieto y furtivamente, cosas que corrían parejas con el paso evasivo y las miradas esparcidas del vagabundo».

Observamos el mismo sistema de presentar el paisaje y dentro de él los personajes, uniéndolos en forma tan exacta, como si formaran parte de él mismo.

Nada de esto existe en el cuento y en la novela naturalista. Los personajes viven en el ambiente transformado por obra de la civilización, casi en contraste con su psicología que se ha divorciado, en la mayoría de los casos, del mundo en que vive.

Y en cuanto a la individualización de los héroes, presentados en distintos aspectos de su vida, hombres y mujeres, la coincidencia es mayor aun. En el cuento de Bret Harte, como en el de London, de Curwood, de Zane Grey y como lo han heredado las películas del lejano oeste, hay un héroe, especie de tipo idealizado y caballeresco, a quien persigue el hombre malo, el traidor, hombre de influencia y de dinero. El buscador de oro, en Bret Harte; el aventurero, en London; el cow boy, en Zane Grey y en O. Henry.

Una niña, siempre fiel, es el objeto de esta rivalidad entre los dos personajes, el bueno y el malo. En el paréntesis rápido de la acción, cabalgatas locas por los caminos, astutas emboscadas, ingenuidad de los sheriffs en la persecución. A veces, parece que va a triunfar el malo, pero de pronto la suerte da un brusco aletazo y el hombre bueno se casa con la niña leal.

En la época de las sociedades heroicas así ha sucedido. A nosotros nos parece simple, pero el caso se repite desde el tiempo de los caballeros medioevales hasta la formación de los nuevos pueblos de América.

Si variamos el medio: la pampa en lugar del Far West. Si cambiamos los tipos: el gaucho bueno por el hombre varonil y desprejuiciado de Bret Harte y el gaucho artero por el traidor del cuento yanqui, el resultado es el mismo. Lo mismo la simplicidad de los personajes y del asunto, envuelto en la decoración de un paisaje nuevo en literatura. Descontado el humor, naturalmente.

El escritor sudamericano es, con frecuencia, de una gravedad trascendental. Raras veces la sonrisa alegre la prosa de Acevedo Díaz o de Javier de Viana. Hay en sus novelas la mono-

tonía de la llanura y el tono melancólico del mestizo, aun en sus arrebatos más heroicos.

Bret Harte se caracteriza por un profundo optimismo. Sus outlocks, sus mineros, saben que su esfuerzo es simiente de porvenir. Los mestizos de Acevedo Diaz y Javier de Viana, éstos, sobre todo, llevan en sí un germen de fracaso, de falta de fe en el futuro.

La misma actitud amarga estructura vitalmente la obra de Florencio Sánchez, la rural y la urbana.

«Nacidos de chulo y de charrúa, dice en una carta, nos queda de la India madre un resto de sus rebeldías indómitas y del chulo que la fecundó, la afición al fandango, los desplantes atrevidos, las fanfarronerías, la verbosidad comadrera y el salvazo por el colmillo, etc.»

Verdadera explicación de la filosofía que mueve a los héroes pampeanos de «Barranca Abajo» y de «Los Muertos».

En esto se relaciona Sánchez, sin haberlo conocido, con O'Neil, por su amor a los caídos y a los humildes, por la intensa piedad hacia lo que él cree irremediable en la sociedad que ve el mal y no sabe curarlo.

En Carlos Reyles, considerado desde el punto de vista regional, tenemos una curiosa mezcla de optimismo y pesimismo.

«Beba», novela publicada en 1897, es casi uno de esos libros constructivos del tipo de «La Damita de la Casa Grande», de London.

Dick Forrest, el héroe de London, por su amor al progreso, por su deseo de traer los adelantos maquinistas a su estancia de California, es un hermano de Rivero, el héroe de «Beba».

Ambos son tipos de empresa, rectos y activos. A ambos, el amor les embellece la vida y los alienta en su creación, pero aunque las heroínas, Beba y Paula, mueren sin conseguir la felicidad, el héroe londoniano triunfa en su empresa y el héroe de Reyles es derrotado.

Es, como se ve, otro punto de vista distinto del de Bret Harte, pero, en cambio, se acerca al de London, continuador en el tiempo, del concepto del pioneer pintado por el novelista californiano. Como si dijéramos, el pioneer evolucionado. El aventurero convertido en industrial.

El tipo narrativo que evoluciona desde Acevedo Díaz a Reyles, o parecía tomar un camino semejante a los escritores yanquis posteriores a London, a un ahondamiento de la vida burguesa y campesina, el acercamiento entre la pampa y la ciudad, como se ve en el «El Terruño» del mismo Reyles y en algunas de las novelas de Montiel Ballesteros, sobre todo «La raza».

Pero, de pronto, aparece un escritor que va a renovar otra vez el sentido inicial, la vuelta al aire libre, descubriendo un mundo inexplorado antes en literatura, donde el gaucho se ha vuelto obrero y ya no tiene la pampa como decoración de sus cabalgatas y de sus pasiones individualistas.

Horacio Quiroga empieza como un escritor decadente. «Arrecifes de coral» es el primer libro de este tipo que aparece en el Uruguay. Todas las delicuescencias y alquimias del decadentismo francés están en estos versos extravagantes, en que la retórica lo es todo y la sensibilidad del artista no es otra cosa que el gesto cínico del que quiere asombrar, más que convencer.

Quiroga no tiene interés alguno por su país, se siente en él un desterrado. Es París la patria que su espíritu sueña y desea; pero interviene el azar y el escritor marcha hacia el territorio de Misiones, en pleno trópico.

La selva grandiosa y traidora, el sol implacable, los pantanos y las serpientes venenosas, las tempestades y los pájaros, y en este escenario épico, la lucha del hombre por vencer un medio hostil.

El americano se despierta en Quiroga. Del poeta decadente surge el aventurero, pero este aventurero es, más bien, literario que real. Su visión del Chaco, del Paraná, de las plantaciones de algodón, de los hombres que fueron a colonizar el lejano

territorio, son las de un espectador, no las de un real y efectivo hombre de aventuras.

Es, ciertamente, un verdadero discípulo de Bret Harte y de London y aun de Kipling a causa de su panteísmo, y en esto se diferencia fundamentalmente de Reyles, de Acevedo Díaz y de Viana.

Quiroga es un poeta que va en busca de un territorio virgen en literatura, pero no es un hombre de acción, cuyas creaciones surgirán del grado en que intervendrá, como protagonista, en la acción misma.

No es, en realidad, un colono ni un pioneer, sino un hombre de ciudad, un refinado que va a contemplar la vida que lo rodea y a sentirla, naturalmente, con una calidad poética y un justo sentido de la verdad.

No representa como Bret Harte la epopeya del territorio de Misiones, ni como London la lucha del hombre en lejanas regiones casi polares. El uno y el otro, Bret Harte y London son, citando de nuevo a Lewinsohn, los exponentes del dinamismo característico del anglosajón.

Quiroga siente este dinamismo espiritualmente, pero no lo realiza. Por lo demás, la lucha en el Chaco no tiene grandeza ni son tampoco grandes los héroes de sus cuentos.

Más que creadores de un mundo nuevo, parecen vencidos de la ciudad que van a esas lejanas regiones a tentar una fortuna que no crean.

A ratos, intervienen indios, en forma muy accidental. Los criollos mismos casi no figuran. Son esclavos, ingleses, franceses, italianos, alemanes, americanos mismos, todo el mundo cosmopolita de la Argentina moderna que en su deseo de fortuna ha llegado hasta allá. Desde este punto de vista, la interpretación que de Misiones, del Chaco, ha dado Quiroga, resulta lejana y descolorida, como una colección de fotografías auténticas, hechas por un fotógrafo hábil y artista.

Su mérito está, más bien, en haber aliviado la técnica del

cuento, injertando la acción en el medio, esbozado en líneas concretas y generales.

Literariamente, representa una evolución trascendental. Va a influir, por este aspecto, en los escritores uruguayos y en el cuento argentino, retardado en su evolución mucho más que el oriental.

Retoña, sin embargo, la nota aventurera y pintoresca que en la tierra virgen de América inician dos americanos del norte, Bret Harte y London, en escritores contemporáneos del Uruguay.

Montiel Ballesteros, uno de cuyos libros tiene el sugestivo título de *Rostros Pálidos*, nombre que los indios pieles rojas daban a los europeos. Francisco Espínola, autor de *Raza ciega* y *Sombras sobre la tierra* y Víctor Dotti, autor de un gauchísimo libro titulado «Los Alambradores».

Uruguay y su campaña, prolongación de la pampa argentina, ha sido el que ha dado la orientación autóctona a la Argentina y a Chile mismo.

Quiroga, cuya vida se reparte entre dos países, escritor rioplatense como Javier de Viana, ha hecho fructificar la semilla criolla en forma de relato corto, epopeya disgregada de las tierras a medio formar, a la literatura argentina.

Había en ella un germen de renovación nativista, muy explicable en un país, amenazado por dos grandes naciones, Brasil y Argentina. Necesitaban formar una conciencia nacional para defenderse de influencias culturales y políticas. Era preciso el reajustamiento del espíritu nacional en una tierra que quería ser única y libre. Lo mismo que los Estados Unidos del Pacífico, con Bret Harte, aconteció en el Atlántico con Acevedo Díaz y Javier de Viana.

Y así como London va al Klondikue para prolongar el concepto varonil del pioneer, así Quiroga lo intenta al salir de su tierra y acercarse a Misiones y al Chaco, en un alarde aventurero y triunfador.

Argentina ha sido más conservadora. Su literatura refleja un país más estático, a pesar de que los modelos criollos estaban relativamente cerca. Martín Fierro y Facundo eran dos tipos iniciales, dos interpretaciones realizadas del gaucho matrero y del gaucho hecho militar.

Es posible que el crecimiento inesperado de Buenos Aires haya urbanizado la pampa prematuramente, antes que viese en la novela su exacta interpretación campera.

Los escritores que inician el movimiento derivan claramente del Uruguay.

Montaraz, de Martiniano Leguizamón, no es sino la faz cisplatense de las novelas épicas de Acevedo Díaz. Lo mismo podemos decir de «*Calandria*», drama primitivo, fresco, genuinamente nacional, según Roberto J. Payró.

Los cuentos de Leguizamón «*Recuerdos de la Tierra*» y «*Alma nativa*», están más cerca del relato de costumbres que del cuento criollo, derivado de Bret Harte y de London.

En Manuel Ugarte, «*Cuentos de la pampa*» hay un intento de interpretación genuina de la vida del gaucho, pero al cuento de Ugarte, a pesar de su factura correcta, no lo anima ningún carácter épico ni siquiera un humanitarismo de tipo social.

Con una objetividad naturalista y una técnica maupassantiana se han deslizado, sin mayor relieve, escenas camperas o dramas indios y revolucionarios.

Un novelista posterior debía encauzar esta literatura, acercándola al sentido romántico que tuvo Bret Harte y ampliando el panorama del campo argentino, la vida de las estancias y las costumbres de los gauchos de la pampa central y del Neuquén.

Benito Lynch dió en «*Los Caranchos de la Florida*» el aspecto bravío de la pampa y, al mismo tiempo, el contraste de la sentimentalidad que lo vuelve a acercar a la nota idílica de los anglosajones. En este sentido, está más cerca de Bret Harte que Acevedo Díaz y Viana. Quizá por la influencia de su origen.

Esta nota se hace aún más intensa en «*Raquela*» por su

gracia agreste y su calidad de ternura, digna hermana de las heroínas de los «Bocetos californianos».

Cressy, Miss o Flip no defieren de Raquela o de Mabel, hija de ingleses para acentuar la similitud, la heroína desgraciada de «La Evasión».

La aventura casi no existe. Predomina lo novelesco de la intriga sobre el concepto fatalista de los predecesores; la ternura sobre el alarido y hasta el humor risueño sobre la gravedad trágica.

No es la época heroica. No es el pioneer. Existen gauchos matreros y rencorosos, pero siempre hay un héroe, el señorito que ha vivido en el campo y que vence en el momento oportuno, mediante un acto generoso o un truco de comedia de capa y espada, en otras ocasiones. Bastaría citar la salvación de Raquela por el dramaturgo Montenegro, disfrazado de gaucho Huergo, en un potrero de la estancia. No habrían hecho menos Bret Harte, O. Henry o London, en un caso semejante.

En nadie, como en Lynch se ve el aspecto novelesco, el más ingenuo, el menos sólido de los escritores que crearan el cuento americano.

En los libros posteriores de Lynch, «El romance de un gaucho», por ejemplo, el aspecto folletinesco, desviación de la epopeya de Bret Harte y de London que representan en la decadencia del género Zane Grey y Reed Beech, predomina en el escritor argentino sobre la interpretación del campo.

Otro tanto hará Blasco Ibáñez en sus novelas argentinas «La tierra de todos» y «El préstamo de la difunta».

Luego, el lenguaje gaucho en que está escrita la novela de Lynch, pretende una elevación literaria imposible de aceptar. El artificio es visible. Da la impresión que el autor, gran conocedor del lenguaje gauchesco, escribió su novela literariamente y en seguida la tradujo al lenguaje de los gauchos.

Es curioso el contraste entre el uruguayo y el argentino.

Lynch ve en el campo lo pintoresco, lo idílico; Quiroga, lo trágico y lo excepcional.

El primero procede del patrón al gaucho, se compenetra con él. Es el patrón que se viste, como en el teatro, con las bombachas y los fulares del gaucho. El otro, va del obrero al patrón, de la tierra al explotador. El uno es brethartiano; el otro, londoniano.

Pero en el escritor salteño, Juan Carlos Dávalos, se unen las dos corrientes, Quiroga y Lynch, Bret Harte y London en una sola interpretación.

Circunscribe Dávalos su visión gauchesca al campo y a la cordillera de Salta.

Sus personajes serán, pues, arrieros y jinetes; cerro y llanura.

Hay en él la intención de volver a tomar al gaucho en su elemento nativo, no disfrazado por el teatro ni falsificado por los autores. Se observa en su intención un deseo de interpretarlo tal como es.

Bien observa Dávalos que el gaucho ha perdido, a través de los sainetes y las novelas de los magazines, su esencia pura de raza, su carácter épico.

«Yo reivindico el mote gaucho, dice, para aquel varón ecuestre, ya legendario en la memoria de los argentinos del litoral y para su hermano gemelo del norte que es todavía, en ciertas regiones, una realidad anacrónica, una supervivencia casi fantástica, un resabio sorprendente de nobles cualidades espirituales y físicas».

«Para formarse cabal concepto de lo que fuere el gaucho, readquirir la noción de su eficacia en la historia de la civilización argentina y evocar intensamente a los guerrilleros del norte, considero imperativo como un deber cívico y bello, como un antiguo poema de gesta, el estudio directo de tales tipos en su propio medio, ya que el destino, a causa del aislamiento, ha querido que se mantuviesen intactos en los des-

« cendientes, las costumbres y caracteres típicos de los antepasados».

En Juan Carlos Dávalos la intención supera a la realización.

Su libro «El viento blanco» tiene un solo acierto digno de tomarse en cuenta, el que da el título al volumen. El arriero salteño que lleva su arreo a través de los desfiladeros cordilleranos y es sorprendido por la nevazón constituye, en realidad, un motivo épico, digno de los cuentos del gran silencio blanco de Jack London.

A Ricardo Güiraldes estaba destinada la tarea de escribir el epílogo de la gran epopeya del gauchaje en la pampa argentina.

Convergen en él la corriente criollista que viene de la banda oriental, el gaucho considerado en un sentido heroico y la corriente juglaresca, personificada en Martín Fierro y en el Santos Vega, variaciones literarias del mismo tema.

Güiraldes lo trae a la realidad y lo sorprende en el momento que va a desaparecer como tipo heroico para convertirse en un elemento burgués, en un resorte más de la estancia evolucionada comercialmente.

El extranjero, vasco, gallego, italiano o anglosajón va a utilizarlo como los pastos de la llanura o continuará hábil jinete en la faena de arria y de rodeo. Su bombacha disminuirá hasta convertirse en un pantalón de montar y su guarapón, modelado por el pampero, será un sombrero alón hecho en Italia o en los Estados Unidos. Así, su espíritu bravío no será sino una amenaza jactanciosa, después de haber bebido algunos vasos de caña o de ginebra en las hierras y en las esquilas.

La actitud de Güiraldes es una actitud pesimista. Estanciero él mismo, gran conocedor del espíritu de los gauchos, pues los ha tratado en el fogón, en las corridas de mate, lo cree definitivamente perdido.

Por eso, «Don Segundo Sombra» se eleva sobre las demás novelas pamperas, las del Uruguay y las de Argentina, como un canto elegíaco a un pasado definitivamente muerto.

En Güiraldes germinaba ya esta idea. Era semilla que iba poco a poco fructificando en su sensibilidad hasta dar el fruto macizo y rotundo de su novela. Lo había sentido como poeta y lo realizó como novelista, que es ser poeta y hombre, al mismo tiempo.

Pero hoy el gaucho vencido,
galopando hacia el olvido,
se perdió.

Su triste ánima en pena,
se fué, una noche serena,
y en la Cruz del sur, clavado,
la he yo.

Canta el poeta en «Cencerro de Cristal».

Algo semejante le sucede a Cervantes, salvadas las distancias. Y es que la época y el momento de Castilla se parecen. El tiempo relaciona al caballero que persiste en la perspectiva del siglo XVII, con el gaucho, su descendiente. Su tristeza y su desgracia es sobrevivirse; el uno, en la decadencia de la nacionalidad española y el otro en la prolongación del gauchismo de la Independencia. Pero Cervantes era pobre y su risa pesimista es macabra. Güiraldes era rico y su ensueño es triste, pero poético.

Y aquí una observación. El gaucho pudo desaparecer en su sentido primitivo, pero no había muerto. Argentina está modelada por la pampa, y gauchesca es su política y siguen siendo gauchas sus costumbres, como el caballero de la Mancha subsiste en el castellano y sin heroísmo o con heroísmo, que para el caso es igual, aflora en todos los españoles, grandes y pequeños, en mil hechos de la vida diaria.

Desde el punto de vista literario es el libro de Güiraldes una innovación de primer orden. El lenguaje popular se ha in-

jertado en el literario en una forma artística superior. En realidad, es una anticipación del criollismo futuro de América. Es lo que debe ser el arte criollo, autóctono, de aquí en adelante. El resorte técnico y la riqueza de temperamento artístico que logró tal resultado debe ser estudiada, por significar un nuevo rumbo en la modalidad americana de nuestras literaturas.

Bastará citar algunos ejemplos:

«Atardecía. El cielo tendió unas nubes sobre el horizonte, como un paisano acomoda sus coloreadas matras para dormir. Sentí que la soledad me corría por el espinazo, como un chorrillo de agua».

El llamar a una Iglesia con el término de petiza y comparar el color de la tierra con el bayo de una cabalgadura, demuestran la perfecta unión entre el medio y los reseros que transitan por él, tras la selva de cuernos y bramidos de la tropa. No en otra forma procedieron, frente a la retórica del libro de Caballería, los autores de novelas picarescas y el propio Cervantes, hijo legítimo de este realismo, raíz y floración de la estepa castellana, en fondo y forma, como lo es Segundo Sombra de la llanura pampeana.

De aquí otra de sus polarizaciones geniales. Lenguaje y asuntos son argentinos, pero hay en su prosa y en su técnica misma, bastaría citar la forma autobiográfica, para emparentar a Güiraldes en el siglo XX con el anónimo autor del «Lazarillo de Tormes», en el siglo XVI.

En Chile, el criollismo se alimenta de elementos muy semejantes a los del Uruguay y de la Argentina, pero los resultados son diversos.

Prende aquí la semilla de Bret Harte, pero los escritores, en su mayoría hombres de ciudad, tienen sólo un conocimiento lejano de la vida del campo. Su perspectiva es también alejada y vaga. Se ve el campo desde la ciudad. Se ve el paisaje desde el tren y la evolución de nuestro cuento criollo no es otra cosa que el acercamiento desde el fondo de la perspectiva hasta en-

focar al guaso de la cordillera, del sur o de la costa en forma directa y realista.

Nace nuestro criollismo como una reacción a la novela urbana, desarrollada en Chile, mucho antes que la novela de campo, por el progreso inesperado de la capital sobre las otras ciudades del país y sobre la población del territorio mismo.

Santiago es una monstruosa creación de la riqueza conquistada en Chañarillo y luego en el salitre. Atrae como una vorágine todas las fuerzas vivas del país y naturalmente su interpretación literaria tenía que absorber al campo y al mar: al norte y al sur, a la pampa salitrera y a Magallanes.

Desde Blest Gana a Joaquín Edwards, los problemas del provinciano que viene a la capital o del roto que se forma en sus arrabales populosos, ha ocupado a la mayoría de nuestros novelistas.

Por eso, el cuento de campo tiene en Chile un origen algo artificial. Más que producto del campo mismo, es hijo de la influencia de Bret Harte, de los rusos y de London. Tiene, asimismo, una curiosa finalidad política que no vemos en los cuentos de Javier de Viana ni en los de Lynch y demás cuentistas rioplatenses.

Hay el sentido de la aventura. Se busca el héroe que pudiera dar al cuento el carácter épico que tienen los mineros, californianos de Bret Harte, pero ante la pasiva y poco poética figura del guaso, no hay posibilidad alguna de heroísmo ni de poesía.

El guaso es el heredero del siervo de la encomienda. Es, precisamente, el que se ha conformado con su suerte. Sus cualidades son las mismas del patrón, en escala mínima. Es económico y suspicaz. No lo fueron menos los encomenderos. Su deseo es ser propietario y llegar a la posesión de la tierra, en la misma forma que el patrón, al cual toma de modelo. Su ideal es aplicar a los que no han prosperado, sus antiguos camaradas de la gleba, la misma disciplina que el patrón empleó con él. Su rebeldía es

interna y astuta como la del zorro. Su característica esencial, el disimulo. Es una defensa y una defensa difícil de vencer.

No era, pues, un héroe. Y no ha sido este tipo el que explotaron la mayoría de los escritores de la generación del 900.

El modelo heroico estaba cerca. El minero californiano, primero; su hermano, el gaucho de la banda oriental, montonero o bandido, más adelante.

Esto desvió en los escritores que iniciaron el movimiento, la observación real de la psicología del campesino. Luego, el medio no era propicio, sobre todo en el valle central, en el corazón de Chile, donde persistía el fundo, transformación evolucionada de la encomienda. El inquilino no era sino el siervo del siglo XVII. Y su mayor conquista económica fué el mediero. El mediero constituía un paso hacia la colectivización del fundo, pero el mediero era un terrateniente sin tierra; y por consiguiente, tenía muy pocas características heroicas.

De aquí que se buscasen tipos de excepción. Los había en Chile en gran abundancia. El siervo escapado de la encomienda que huía hacia la cordillera formó un tipo de bandolero, de salteador, de los más originales de América por la fuerza pintoresca de su individualidad; pero éstos fueron descubiertos más adelante, al agotarse, como era lógico, el motivo de la trilla, del rodeo o del velorio, en los plácidos y burgueses fundos del valle central.

Incapaces de desprenderse de las influencias al uso, los primeros iniciadores de Bret Harte, Federico Gana, Guillermo Larbarca y Rafael Maluenda, sobre todo éstos últimos, hicieron heroico al campesino, golpeando inútilmente en el pedernal para desprender la chispa salvadora. Ni el medio ni el hombre se prestaban a ello. Esto dió origen a un cuento algo ficticio, compuesto de tres elementos: una china coqueta y dos pretendientes, uno con buenas intenciones y el otro con aviesas. El escritor, haciendo un alarde de honda psicología, se decidía por el último. La mujer se escapaba en la vastedad de la campiña para no volver. Algo

de Zola y de zarzuela española de tipo costumbrista, muy en boga en esos tiempos, pudo también influir.

Federico Gana, a todas luces un precursor, sitúa el medio (se sabe que es la provincia de Linares) y suministra algunas notas auténticas del paisaje de la región e intenta interpretar la vida de algunos inquilinos del fundo.

Claro, sencillo y humanitario, sus páginas son de lo más peculiar y verídico en nuestra literatura campesina.

Gana mira el campo desde el punto de vista del patrón. La casa del fundo es dispensadora de gracia y de consuelo. Se anota la desgracia del inquilino y se conduele de ella, pero nada más.

En su temperamento en sordina no hay rebelión sino poético regusto de excursiones de caza, donde encuentra esteros, pájaros y hombres.

En Guillermo Labarca, menos conocedor del campo que Gana, se acentúa lo ficticio y ya tenemos ese campo de zarzuela, a base de la trilogía amorosa que acabamos de nombrar; sin embargo, hay descripciones exactas de la región de Hospital y de Champa. El campo está diferenciado aun, pero en Maluenda esta particularización desaparece.

Chile es aquí campo, en forma general. Los hombres se llaman Franciscos o Mañungos y las mujeres Filomenas y Doralisas y viven en un fundo donde aparecen unas alamedas y hay atardeceres y amaneceres. Nada más. Ni paisaje ni psicología, por supuesto.

La visible intención de hacer literatura al uso, la que estaba de moda en ese momento, la de Bret Harte. Se buscaban por todas partes elementos de heroicidad, el arranque épico y no lo encontraban en el campesino plácido del valle.

Maluenda debía dar con él, sin embargo. Y un escritor aventurero, uno que pudo ser un auténtico personaje de Bret Harte, Pérez Rosales, le suministraría las materias heroicas que no hallaba en la paz sorda y triste del inquilino de los fundos del Chile central.

Los mejores relatos de su libro «Escenas de la vida campesina», «Perseguido» y «Los dos», son anotaciones de los «Recuerdos del pasado». Rodríguez, el guaso de Lolol que huye a la cordillera, lugarteniente de Aldao en Mendoza, es el héroe de los dos cuentos de Maluenda. Por este camino, va a escribir sus mejores bocetos. Los ya nombrados y otros que figuran bajo el título «En la vida peligrosa». Son casos individuales, sin embargo. No los unifica el medio ni se explica la conexión social de los personajes con el resto del campo. Están siempre en huída, por algo que tampoco se sabe con seguridad. Una mujer que se asoma a una puerta llora al escaparse el héroe y unas carreras desenfrenadas por los cerros y caminos extraviados. Como se ve, en pleno dominio del Far West.

Pero en Baldomero Lillo el material épico y la observación directa del medio toman cuerpo y calidad. Las minas de Lota constituyen el escenario. Los personajes, los obreros de la provincia de Concepción y de Arauco que llenan chiflones y galerías.

El instante es propicio. Baldomero Lillo, que es empleado del mineral, tiene contacto cotidiano con los obreros y vagabundos que van a las minas en busca de empleo. Le ha bastado observar todo los actos de su vida diaria para encontrar el motivo trágico de sus destinos.

«Sub terra» es el documento más tétrico y más vivo del mestizo en su lucha contra el medio. El punto esencial de contacto entre los buscadores de oro de Bret Harte y estos tiznados mestizos de Baldomero Lillo es grande; pero hay también diferencias fundamentales.

En Bret Harte todo es optimismo, buen humor, fe en el porvenir; en Baldomero Lillo, pesimismo y amargura.

«Sub terra» respira resentimiento por todos sus poros. «Bocetos californianos» es el primer canto épico de un país que nace. Las minas de Lota, el sepulcro de los elementos más fuertes de la raza.

Por esto, a la raíz brethartiana hay que agregar la protesta

socialista de Zola, cuyo «Germinal» debió leer Baldomero Lillo. A Bret Harte y a California los conoció Lillo por tradición. Su padre fué uno de los aventureros chilenos que se embarcaron para el lejano oeste en la primera mitad del siglo XIX. De la tradición de Bret Harte sacó Lillo el motivo de América, la chilenidad de la actitud. De Zola, el sentido humanitarista de sus evangelios.

Al comenzar a escribir la generación a que pertenezco, la de Santiván y la del mismo Maluenda, ya el camino estaba indicado.

Veíase claramente por donde fallaba el cuento campesino. Sabíamos que, aun ahondando dentro de la vida rural, terminaríamos por escribir idílicos relatos de las faenas agrícolas y se nos escaparía la esencia misma de esa vida, por la repetición del fenómeno en el valle central de Chile.

Pero en la vida chilena existían hombres y existían escenarios no cultivados antes por ningún escritor. Epopeyas inéditas donde la raza chilena demostró las condiciones de lucha y de supervivencia que la han caracterizado en la vida americana.

Estaba la pampa salitrera y la áspera lucha del particular y del desrripiador en el desierto. Estaban las islas de Chiloé con sus inmigraciones fecundas a las estancias del Neuquén y del Río Negro.

La barca del chilote, dibujando en los días claros su triángulo de nieve en los canales, no era sólo un cromo decorativo para el halago del turista. Iba en ella el esfuerzo potente de una raza que dejaba la isla nativa e iba a poblar regiones alejadas del mundo y de la civilización. Y estaban los Andes intocados y los viejos cerros de la cordillera de la costa, tan característicos, tan ricos de leyendas y tradiciones.

Esto fué lo que intentamos Santiván y yo. Mis cuentos «Cuna de Cóndores» y «La Hechizada» de Santiván, fueron dos intentos de modelar tipos diversos del valle central y en los cuales existiesen esfuerzos de lucha que en la plácida vida de los

inquilinos de los fundos del centro de Chile no existían. El arriero de las cordilleras, como el pequeño propietario de sus faldeos (el caso de «La Hechizada») conservaba sus viejas costumbres y la serena audacia con que vencía los abruptos peñascos de la sierra andina, sin darse cuenta del hecho heroico, era un asunto digno de la novela.

Luego, en la soledad blanca de los cajones, en la verdura densa de los mallines, el amor estaba descontado. La mujer no representaba papel alguno. Era sólo la habilidad del pastor para llevar sanas y salvas las ovejas entregadas a su custodia. El hombre y la astucia del hombre, frente a la nieve, a la lluvia y a los vientos.

Nuestro esfuerzo no fué entendido por la mayoría de los críticos. Sólo en este último tiempo, Domingo Melfi y Ricardo A. Latcham han colocado en su verdadero lugar la intención de esa literatura, impropia llamada costumbrista, porque fué más bien, una reacción contra el costumbrismo.

Sólo puede explicarse un error tan visible por el desconocimiento que tales críticos tenían de su propio país, no sólo de la visión directa del territorio, sino de su historia. La capital, influenciada de europeísmo, reaparecía otra vez, atacando el único esfuerzo serio por desplazar un tipo literario manoseado y gris, que era, precisamente, costumbrismo en el sentido novocentista de la palabra, pues todos los escritores no hacían sino seguir las huellas de Blest Gana, repitiendo sus motivos esenciales y aun parafraseando sus símiles y metáforas.

Pero esta corriente que se inicia con Federico Gana y continúa con Labarca y Maluenda, no debía de terminar así no más. Si Gana miró el campo con el gesto señorial del patrón compasivo, si Labarca y Maluenda inventaron un campo de zarzuela y Santiván y el que habla lo llevaron al hombre de las cordilleras y de sus aledaños, Luis Durand debía encararlo desde un punto de vista más auténtico y más realista.

La región escogida fué la frontera. Primera novedad. La

frontera era casi virgen en literatura, porque no podemos tomar en cuenta como interpretaciones efectivas de la zona austral, las novelas y cuentos de Marta Brunet, estilizadas aguas fuertes de estilo español, con asuntos vagamente chilenos.

En Durand como en Federico Gana, había un veraz conocedor del campo y de su psicología. Los hombres y paisajes que va a describir no tienen para él secretos. Están incorporados a su sensibilidad misma. Por eso, los relatos que constituyen «Tierra de Pellines», «Campesinos», y «Cielos del Sur» tienen tal sabor de espontaneidad y de frescura. Se dijera que un propio inquilino de la frontera, milagroso intuitivo de la técnica los hubiera relatado.

Ya el campo no está fuera de foco y el artista nada tiene que retocar. La interpretación y la pintura poseen la medida justa. Ni épicos ni delincuentes. Nada más que hombres de los campos chilenos del sur. He ahí la segunda novedad. Además, no es el patrón el que los observa desde su punto de vista económico o interesado. Son ellos mismos los que actúan, bien o mal.

Tales aspectos sitúan a Durand en el fondo de esta perspectiva criollista, en lugar de equilibrio y de justeza de observación.

Manuel Rojas, en cambio, vuelve otra vez hacia atrás, a las fuentes primeras del criollismo sudamericano, pero, como es lógico, con una técnica más rápida y más moderna.

Es de los escritores sudamericanos, al lado de Quiroga y de Lynch, el que más se acerca al procedimiento de London, sucesor de Bret Harte. En cierto aspecto, no es un avance de interpretación de la realidad chilena. No es la pintura de un medio determinado ni sus tipos tienen conexión alguna entre sí. Casi siempre son casos de excepción. Bandidos la mayoría de las veces. Carrilanos del ferrocarril transandino. Obreros de los pontones fondeados como bodegas en la bahía de Valparaíso. Buscadores de oro en Leyendas de la Patagonia.

Tenemos en Rojas la más extraordinaria recidiva de Bret

Harte y de London en Sud América. Un minero californiano, sacado de los propios bocetos de Bret Harte y con un nombre brethartiano, Kanaka Joe, se ha trasladado a Patagonia y obra, no como un pioneer o como un minero, sino como un traidor de película del Far West en las playas auríferas de Punta Arenas.

He ahí un soberano elogio de la creación humana del escritor californiano. Después de 70 años, uno de sus personajes resucita en la fría llanura patagónica, acompañado de tehuelches y extranjeros y realiza en el lejano sur las proezas que formaron un pueblo nuevo en el oeste lejano.

EL CRIOLLISMO TARDÍO DEL PACÍFICO

En los demás países de la América latina (me refiero a los bañados por el Pacífico e incluyo a Cuba y a Venezuela) el despertar de la literatura típicamente nacional será tardío, pero envuelto en la misma atmósfera regional que en los países del Atlántico.

Las razones de este rezagado florecimiento son múltiples y no será posible examinarlas en estas conferencias, donde sólo se enumeran sintéticamente las características del movimiento criollo, verdadera epopeya, dispersa y variada de los pueblos que buscan el reajustamiento de su personalidad.

El desarrollo lento de su vida social y política, entorpecida por revoluciones y asonadas, podría ser una de las causas del retraso en la rebusca de las fuentes nativas de su literatura. Casi todos ellos, además, llevan dentro de sí el peso retardatario del indio y del mulato.

Es curioso observar que esta literatura nacional fructifica particularmente en los países en que el indio ha sido desplazado socialmente y no constituye ya un problema racial.

En el Perú, el desastre del 79, hundió la vida política en un sordo fermentar de resentimientos, en un estéril impulso

de desquite. No dió, sin embargo, la derrota, motivos artísticos, salvo los versos retORIZANTES de Chocano y de alguno que otro cuento anecdótico.

Alejada en el tiempo el desquite, la novela y el cuento peruanos debían volver los ojos a la vida de la costa y de la sierra, y Valdelomar, López Albuja, César Vallejo y Díaz Canseco escribieron relatos en que se interpretaban Pisco, Piura, la Puna y las costumbres costeñas del Callao.

Estos cuentos no tienen, en realidad, el sentido épico que hemos anotado en Uruguay, Chile y Argentina. Son aspectos de la vida provinciana del Perú, pero no los anima sino un soplo poético y lejano de evocación personal.

Salvo «El Tungsteno» de Vallejos y algunos cuadros de César Falconi en «Plantel de Inválidos» y «Pueblo sin Dios», la vida mísera y explotada del indio no será descrita sino en estos últimos tiempos, en «Los doce relatos de la selva» de Fernando Romero, en los «Balseros del Titicaca» de Emilio Romero y en algunos cuentos de Manuel Beingolea.

En el Ecuador el problema es diverso.

Desde «Plata y Bronce» de Manuel Chávez, estampa trágica de la sierra ecuatoriana, hasta «El Muelle» de Pareja Díaz Canseco, movida pintura de la costa, las interpretaciones del montuvio y del cholo se suceden unas a otras.

Los escritores ecuatorianos ya nombrados y Gil Gilbert, Aguilera Malta, José de la Cuadra, Gallegos Lara y Jorge Icaza, han puesto conscientemente sus pupilas de observadores en la vida esclavizada de los indios y mulatos de la sierra y de la costa.

Casi todos son pesimistas y amargos. Casi todos, escritores avezados y agudos. La influencia revolucionaria de los rusos es aquí visible, como en los mejicanos de principios del siglo.

No es un gran acontecimiento histórico, revolución social o desgracia colectiva, lo que los ha hecho nacer sino la piedad por la agonía lenta del nativo.

Y a causa de esto, una monotonía indudable se cierne y

unimisma a todos los personajes de los actuales escritores ecuatorianos.

Los montuvios y mestizos se parecen demasiado unos a otros. No los ennoblece ningún sentimiento épico o elevado, sino su desgracia irremediable. Y no alcanza a librarlos de su uniforme tragedia la evidente maestría de casi todos los escritores. En la técnica del cuento, los actuales escritores del Ecuador son artistas acabados. Les tocó nacer, sin duda, cuando la novela corta no tenía ya secretos en la historia literaria. No son precursores sino temperamentos de selección que describen en forma admirable el espectáculo bochornoso del nativo en su tierra; pero esto mismo les resta humanidad. Falta en ellos un poco del desorden de Viana y de Quiroga. No los anima, como a los mejicanos, el épico impulso de la renovación. Es como la queja amarga de un prisionero que implora por su libertad, desde el fondo del calabozo.

La novela moderna de Méjico no es producto de la inclinación intelectual de un grupo de escritores izquierdizantes, sino el trágico resultado del derrumbamiento de un régimen y de una época.

El Méjico de Porfirio Díaz era una prolongación colonial con elementos modernos. Sobre la dispendiosa decoración, hija de la riqueza petrolera y mineral de Méjico, una encomienda colonial, donde un grupo de blancos explotaba a una millonada de indios y mestizos. Y la literatura, un producto de Europa, sin contacto alguno con la sorda fermentación social que hervía en la sierra y en los valles.

A causa de eso, al estallar la rebelión en contra del dictador vitalicio, toda esa rebeldía latente, estrangulada por fuerzas policiales creadas ad-hoc, se hace motín, asonada y guerrilla.

Desde la frontera norteamericana a las tierras calientes del golfo, desde California a Yucatán, Méjico se busca a sí mismo. El crimen, la delación y el acto heroico no son sino modalidades de un mismo fin, gestos de asfixia, manoteos de supervivencia.

La guerrilla, natural producto de la tierra quebrada, de los cactus arbóreos y del bosque, multiplica los episodios heroicos durante algunos años. Todo el campo se eriza de lanzas y de machetes. Chocan las ambiciones de los caudillos y adquieren resalto Pancho Villa, Zapata y Obregón.

Con el galopar de los caballos y bajo el poncho multicolor, de trama indígena, no es sólo la asonada y el saqueo. Es el alma de un pueblo entero la que se busca.

Tales hechos debían engendrar, también, una nueva literatura. Los escritores se acercan a las masas, estudian sus impulsos, forman parte de ellas mismas. De aquí, el curioso carácter de información de todas ellas.

No ha sido Francia o España o Norte América, el modelo de estos novelistas. La similitud del fin hizo nacer en Rusia una literatura improvisada, palpitante, hija de la inseguridad y del campamento.

Leonof, Pilniak, Babel, Ivanov, hinchán sus relatos de hechos, de muchedumbres hambrientas que se desplazan, de fanáticos y de saboteadores. Todo informe, grandioso, con características épicas como si la fugacidad del instante, los obligase a anotar los aspectos de un país en movimiento, por temor de que se perdiese el sabor típico del instante.

Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Gregorio López y Fuentes, Javier Icaza, procedieron en la revolución mejicana con una técnica semejante. Vieron actuar a su pueblo en un momento decisivo y trágico. El acontecimiento les comunicó creadora fecundidad. La verdad los hizo simples y grandes.

He ahí el valor de esa literatura, nueva en la América hispana.

En Colombia y Venezuela, en Cuba misma, las agitaciones revolucionarias, las luchas de los partidos, el sucederse de tiranos y de gobiernos constitucionalistas, no llegaron nunca a la revolución colectiva. El caudillo, en el norte y en el sur, en los Andes y en el llano, fragmentó en hechos menores la aspiración

de estos pueblos a una unificación racial y espiritual. El cesarismo impidió a los escritores ver el alma nacional. El nativismo se despierta muy tarde y sin carácter épico. Son los escritores, influidos por el resto de la América, los que voluntariamente van en busca del alma de su país.

Colombia y Venezuela, unidas por la sabana como dos hermanas siamesas, tenían, sin embargo, al llanero, primo hermano del gaucho, a pesar de las distancias geográficas, magnífico y bárbaro en las luchas de la Independencia. Sin embargo, nadie lo interpretó en Colombia y Venezuela, sino en tiempos muy cercanos.

Hacia el llano se orientaron los escritores, ya que las ciudades hispanoamericanas, salvo el Cuzco y Potosí, europerizadas y artificiales, nada representan de sus países respectivos.

José Eustasio Rivera, como London y como Euclides Da Cunha, irán a la selva amazónica en busca del alma de Colombia. El infierno verde surgirá más que de su triunfo sobre el medio, del fracaso del hombre urbano trasplantado.

Y Rómulo Gallegos, evocará desde España sus recuerdos del llano de Venezuela.

«Doña Bárbara» y «Cantaclaro», la realidad de la llanura y la de su poesía, resuelta en coplas, cuentan algo lejano y en vías de perderse para siempre.

En esto se relacionan Gallegos con Güiraldes.

«Cantaclaro» y «Don Segundo Sombra», son hermanos en la llanura, el uno de la zona tórrida, el otro de la templada. El ombú y la palmera tocan sus ramas a través de todo un continente, pero lo que es claridad, equilibrio entre el paisaje y el hombre en Güiraldes, es retórica, aunque de buena clase, en Rómulo Gallegos.

Y es lógico. Güiraldes era un gaucho, a la manera de Rozas en política, y Gallegos es un artista que hace vivir el pasado desde una alejada perspectiva.

Llegamos al punto final de este rápido estudio sobre el criollismo en América.

Resumo en breve palabras la tesis que he sostenido.

El sentido nacional de la literatura de América, a base de individualidades representativas que un hecho inesperado, revolución o emigración económica, hizo nacer, tiene su origen en los «Bocetos californianos» de Bret Harte.

En el Uruguay prendió el germen sobre tierra adecuada y de ahí pasó a la Argentina y a Chile.

El Pacífico no recibe esta influencia, sino de segunda mano, a través de uruguayos, argentinos y chilenos y de los sucesores de Bret Harte, como London y Curwood, más el mesianismo social de los novelistas rusos, especialmente Gorki.

Es un criollismo nuevo, de acuerdo con los tiempos.

El primero interpretó la conquista de la tierra; el segundo tiene, más bien, un carácter social y económico.

SEÑALES

Recuperación de Lewis Carroll.

□ Lo que Valery Larbaud ha ido haciendo respecto de Samuel Butler, en una presentación de este gran escritor británico a los públicos latinos, lo realiza ahora Henry Fontenoy con Lewis Carroll, el conocidísimo autor de «Alicia en el País de las Maravillas» y mucho menos conocido de «La Chasse au Snark». Resulta, visto desde una altura distinta a la que pueden haberle visto los niños admiradores de Alicia, (aunque con la misma proporción de verdad) que Lewis Carroll es un precedente de gran parte de la literatura y sobre todo de la poesía contemporánea. Al menos, se anticipó en ciertas ideas a las más flamantes escuelas y a toda la poesía que ha pretendido buscar en la palabra, como medio expresivo exacto, la realidad poética que antes iba más hacia el concepto.

Lewis Carroll es el seudónimo de Charles-Ludwig Dodgson, sacerdote anglicano, profesor de matemáticas en el Christ-Church College, de Oxford. Como en Paul Valery en otro sentido, la reunión del matemático y del poeta se manifiesta curiosamente en la obra de Carroll. Cada una de esas dos disciplinas, aparentemente en sentido contrario de la otra, se complementan en lo que hay de justo, de probativo y caprichosamente certero en la obra del famoso «clergyman». Profesor de matemáticas, director del «Paraguas del Presbiterio» (¿no recuerda a Fray Hontensio Paravicino, el denostado conceptista?), autor de libros, inventor de un método infalible para ganar jugando al tennis, tenía

adoración por los niños, porque en ellos encontraba la verdad, una verdad llena de belleza que seguramente no pudo hallar en los teoremas que explicara en sus clases de Oxford.

Henry Fontenoy publica las cartas de Lewis Carroll a los niños y niñas. Era un hombre que llevaba consigo, a las playas, un repuesto de alfileres imperdibles, para que las chicuelas pudiesen arremangarse las faldas y jugar libremente en el agua. Para el escritor francés que lleva la atención actual hacia Carroll, el punto céntrico de la producción escrita de éste, desde «Alice in Wonderland» hasta las cartas hoy traducidas por vez primera, el punto determinante, es el cultivo del «nonsense». Una palabra, como tantas otras, de dificultosa traducción; usada constantemente en inglés, al ponerse uno a traducirla, no puede darle el sentido primitivo de «tontería», «desatino», que se ocurre a primera vista. Fontenoy traduce por «sens gratuit» (el sentido inmediatamente aceptado por la infancia). Como a todo poeta de cierta complicación—es decir, de cierto talento—los exegetas se dedican a Lewis Carroll, y las aventuras de Alicia, su vuelo al través del espejo, sus conversaciones con Humpty-Dumpty y el sabroso cuanto desconcertante diálogo cantado de empiezan a suscitar unos trabajos de rebusca, para el hallazgo del sentido esotérico que allí se contiene.

El tono despectivo que puedan usar algunos ante la atención despertada últimamente por Lewis Carroll, está neutralizado de antemano por Henri Fontenoy. Tan en serio toma este comentarista al simpático Dodgson, que bastará con reproducir una cita comparativa o relacionada, de su trabajo, para darse cuenta de la trascendencia que le atribuye.

Humpty-Dumpty—el huevo andarín, conversador, que se cae desde la muralla sin que nadie consiga reconstruirlo—es en el libro de Carroll un extraordinario filósofo del lenguaje:

«Cuando yo uso una palabra—dice Humpty-Dumpty no sin desprecio—ésta no significa sino aquello que yo quiero que signifique. Ni más ni menos.

—La cuestión—dice Alicia—está en saber si usted puede hacer que las palabras signifiquen cosas tan diferentes.

—La cuestión—replica Humpty-Dumpty—está en saber quien tiene razón. Eso es todo».

Y a continuación coloca Fontenoy el siguiente párrafo, de Augusto Compte, acerca de sus preocupaciones sobre los equívocos en el lenguaje:

—«No puedo privarme de indicar aquí, someramente, la idea general de un trabajo completamente nuevo sobre la filosofía del lenguaje, cuya ejecución racional, que a mí no me corresponde, sería, a mi juicio, de una utilidad permanente. Este trabajo consistiría en una operación a la inversa de la que habitualmente se ejecuta respecto de los sinónimos propiamente dichos. En vez de acercar así las diversas palabras que tienen acepciones idénticas o muy análogas, yo propondría la composición de un diccionario de equívocos, donde se compararían al contrario, las diferentes acepciones fundamentales de un solo término».

Usaba Carroll para escribir, el automatismo. Y así, por ello sólo, era entendido, mejor dicho, comprendido, apreciado, por los niños. Y seguramente suscitará mayor dificultad en los exegetas adultos, que en sus infantiles corresponsales. Entre las cartas traducidas por Fontenoy, todas sabrosas e interesantes, desde puntos de vista psicológicos y lingüísticos, vamos a reproducir una, que el lector, podrá considerar como ejemplo de un curiosísimo estilo:

—«Mi querido Bertie: Hubiera estado yo muy contento de poderte escribir como tú lo deseabas, pero se opusieron muchas dificultades a este proyecto.

Primera dificultad: No tengo tinta. ¿Tú no me crees? ¡Ah!, si hubieras conocido los tinteros de mi juventud! (Era la época de la batalla de Waterloo y yo era soldado en esa batalla). No teníamos más que derramar un poco sobre el papel y la tinta hacía todo lo demás. La tinta que ahora tengo es estúpida:

cuando empiezo una palabra, no es capaz de terminarla ella sola.

Segunda dificultad: No tengo tiempo. ¿Tampoco crees en esto, verdad? ¡Ah, si hubieras conocido el tiempo, tal y como era en mi juventud! (En la época de la batalla de Waterloo, donde yo mandaba un regimiento). Cada día tenía, siempre, veinticinco horas. A veces, treinta y hasta cuarenta.

Tercera dificultad, la más grave: mi antipatía por los niños. Yo no sé por qué soy yo así, pero los detesto, como detesto los sillones y los «plum-puddings»! ¿No crees en esto, tampoco? ¡Ah, si tú hubieras visto a los niños de mi juventud! (Batalla de Waterloo. Yo mandaba un ejército y me llamaba Duque de Wellington, pero encontré más tarde que era incómodo llevar un nombre tan largo y tomé el nombre de M. Dodgson; escogí este nombre porque empieza con la misma letra que duque). Ya ves que me es imposible escribirte. Espero que no estés muy desilusionado de no recibir carta de parte de tu afectísimo amigo.
—C. L. DODGSON.

Cossío.

□ En Madrid ha muerto, muy anciano, don Manuel Bartolomé Cossío, primer ciudadano de honor de la República. Era el último perteneciente a la generación de aquellos hombres señeros, que tenía como epónimo a don Francisco Giner de los Ríos. Cossío ha muerto dejando una estela de hombría de bien, muy superior a todas las estelas literarias y catedraticas que ha dejado por añadidura. Era uno de esos admirables viejos que conservan hasta el último instante su dignidad y que—por excepcional temperamento y enseñanza de sí mismos—pasan sin caducar ni entrar en caquexias espirituales. Como no tenía por qué aferrarse a zarandajas de actualidad, su posición señera se ha mantenido hasta última hora. Había huído siempre, y más en sus últimos años, de todo exhibicionismo, ese mal tan pegadizo

y tan apto para contagiarse a los que declinan. Hasta los hechos posteriores a su muerte han sido llenos de dignidad.

Dispuso que respetaran su silencio; la familia cumplió con esta disposición y el primer ciudadano de honor, desdeñando todos los oropeles condecorativos, ha sido respetado. Ni periodistas, ni fotógrafos han violado este respeto por él deseado, y cumplido por los suyos. Humildemente, sin que se supiera nada de él, en su vida de los últimos meses, sin que salieran a relucir, a lo mejor trastocados por el papeleo periodístico, sus postreros días, ha sido llevado a la última morada.

Autor de numerosos folletos y opúsculos sobre enseñanza, y de una labor pedagógica considerable, su obra principal se centra en los tomos, no completados, de su «Historia del Arte». Pero más que ningún libro ni otra publicación, la fama merecida de don Manuel Bartolomé Cossío provino de su descubrimiento (así lo ha llamado Jean Cassou) del Greco. La obra de Cossío sobre el gran pintor hispano-cretense fué la exégesis de arte más completa que como monografía se haya publicado en idiomas latinos durante muchos años.

El creador de la prensa.

□ Hace algunos meses que «Le Crapouillot», en uno de esos sabrosos e interesantes suplementos que tan bien sabe organizar Galtier-Boissière, publicó una historia del periodismo moderno. La figura inicial de la época era Emilio de Girardín. Ahora, más recientemente, el historiador Maurice Reclus publica un completo estudio biográfico-crítico, sobre la personalidad de Girardín. Lejos de lo que puede apreciarse al juzgar la vida de Girardín en su madurez, los primeros años fueron de un color novelesco y de una substancia aventurera de la más curiosa índole.

Fuó hijo natural y sus padres, lejos de interesarse por él, le dejaron al cuidado de una familia campesina, de la cual Emilio

se alejó para irse a París dispuesto a cultivar las letras y a conseguir por medio de ellas una especie de venganza o desquite, al desprecio con que sus padres le trataron. Empieza escribiendo novelas y ensayos y en 1828, a los 22 años, inicia la publicación del primer periódico hecho con extractos resumidos de otros. Lo titula, sarcásticamente, «Le Voleur». Esta publicación tiene un éxito inesperado; Girardín se va dando a conocer. En 1830 se casa con Delfina Gay, una de las mujeres más ilustradas de París y a partir de esta época el salón de los Girardín se constituye en el rival de su vecino, el de M. Thiers, y hasta le gana en cuanto a recepción de lo más florido de la intelectualidad francesa de su tiempo. Veintiocho años cuenta Emilio de Girardín y es uno de los hombres más influyentes de la nación. El hombre de «una idea por día» como le llamaron, que no fué el mismo quien se calificó de esta guisa. Inventa y dirige el «Diario de Conocimientos Útiles» y el «Almanaque de Francia». Más tarde, organiza, con gran triunfo, los famosos «Atlas», «El Museo de las Familias» y el «Panteón Literario».

Girardín aparece en este punto como uno de los periodistas políticos que desde él se han reproducido con poca frecuencia: el que hace y deshace ministerios, el opositor temible y el favorecedor de valía. Las aspiraciones políticas de este hombre lleno de influjo, no llegan a realizarse nunca. Varias veces está a punto de ser nombrado ministro, pero nunca llega a ocupar un puesto de importancia gubernamental. Cuando un gobierno ha sido derribado por las actuaciones periodísticas de Girardín, todos piensan en él como posible sucesor, pero jamás llega a ello. Tiene un sistema, que se le ha echado en cara con frecuencia: aplaudir a un programa hasta verlo establecido en el mando (Guizot, por ejemplo) y luego, al hallarse con que no obtiene nada de este cambio, pasarse a la oposición y combatir sin desmayo a lo que antes había ensalzado y aplaudido.

Sin embargo, continúa por muchos años siendo el centro popular del «cuarto poder» y desde Teofrasto Renaudot, no se

conoce en la historia del periodismo una figura de tan capital importancia. Funda «La Prensa», después «La Liberté» y en ambas tribunas manifiesta sus opiniones, que a ojos actuales pueden parecer más o menos tibias, pero que en aquellos días alcanzaron, a veces, caracteres de avanzada extraordinariamente progresiva.

Es uno de los preconizadores de las huelgas generales. Sostiene teorías tan peregrinas y atrevidas como la resurrección del matriarcado y la petición de la jefatura familiar para la mujer. Este aspecto lo cultiva también en el teatro, donde estrena varias obras de tesis matriarcal y feminista.

Combatió contra Cavainac a favor de Luis Napoleón; contra éste, a favor de Thiers; contra Mac-Mahón en aras de Gambetta y poco le faltó para ser el teórico de la Comuna.

Murió en plena actividad en 1881. Poco antes intervino en el escándalo de Panamá de una manera no muy limpia, aparentemente. Sus artículos contra la empresa se acallaron, según se decía, por la recepción de un cheque de cincuenta mil francos.

Girardín es el verdadero creador de la prensa de información, de los diarios propiamente dichos, de la polémica periodística y de ese género, hoy tan en boga, de revistas hechas con resúmenes y recortes de otras.

La biografía de este primer periodista europeo, cronológicamente hablando, que ha trazado Maurice Reclus, es un libro de gran interés entre los más recientes.

Cinema.

□ En estas «Señales» se comentó hace unos meses la extraordinaria personalidad artística de Elizabeth Bergner; y casualmente, en el mismo número, se habló del talento de Margaret Kennedy, a propósito de su obra «The Constant Nymph». Ahora vuelven a reunirse en la actualidad cinematográfica estas dos personalidades femeninas. Elizabeth Bergner protagonista de

otra comedia de Margaret Kennedy, donde intervienen personajes de la misma familia de músicos (los Sanger) que intervinieron en la comedia antes citada. «Escape me never», película excepcional, que demuestra, a parte de su valía, de los méritos esenciales de la protagonista y de la escritora, el empuje admirable del cinema inglés, que lleva tan pocos años de acción y tantos triunfos considerables. No es necesario recalcar la interpretación de esta joven actriz alemana: es sencillamente maravillosa, a fuerza de intensamente humana. Todos los demás actores (excelentes casi todos ellos y ellas) quedan esfumados ante la fuerza personal, originalísima, de la intérprete central. El argumento está, en su substancia y desarrollo, tan alejado de los usuales procedimientos del cine cotidiano, que el espectador sale de este film, a la par que entusiasmado con la actriz, convencido de que el cine no morirá si se encuentran directores como el de «Escape me never». Alguien ha comentado, con acierto, la extraña ocurrencia de titular a este film «Aun así te quiero». Es la eterna historia de los títulos, cuyos traductores hispanoparlantes están hechos, sin duda, en la escuela literaria de Dely y sus innumerables substitutos literarios.

□ Temporada de suerte, ésta, porque también el cine americano ha dado un resuello de novedad. Y éste abre un camino considerable: la importancia que tienen los «segundones» al lado de las estrellas oficialmente consagradas. Ya, el que señala hizo una observación acerca de estos segundones que dejaban, a ratos, en chico, a los figurones establecidos: Everett Horton, Sir Guy Standing, Charles Butterwood y Edward Arnold, entre otros. El último ha sido acertadamente elegido (en Norteamérica también y antes del que señala, se ocuparon del mismo tema) para interpretar a Diamond Jim, en la película rotulada en español «El hombre de los brillantes». El argumento biográfico es interesante, por la época y los síntomas temporales. Recuerda, en su elección acertada, al «Barnum» que hizo reciente-

mente Wallace Beery. Pero lo más saliente es la interpretación de Edward Arnold, que pasa por derecho propio a ser una de las figuras más destacadas de la pantalla. Que los trucos hollywoodenses no le perviertan, es de desear.

□ «She», de Ridder-Haggard, es una construcción de mala ópera, con excesos de cartón y un aire de comicidad no pretendido, que pocas obras cinematográficas pueden hacer reír tanto al ser tomadas en serio por los productores. Los que teníamos un buen recuerdo del autor de «Las Minas del Rey Salomón», necesitamos reconstruirlo después de haberlo visto al través del lente. «She» es un film tan gracioso como los de Laurel y Hardy, aunque no tanto como los de Popeye.

□ Los dibujos en colores de Walt Disney siguen triunfando. Son universales. Tienen el mérito de todas las obras extraordinarias, que llegan a todos y que son apreciadas en sus méritos por todos. O por la visión sencilla del público en general, o por la particular contemplación admirativa de los que ven en estos dibujos uno de los más altos exponentes del cinema.

Señal de libros.

□ Ivan Bunin publica «La Fuente de los días». Son unas memorias familiares que hacen recordar toda esa literatura amable que los rusos han sabido cultivar al contacto de los hogares y que tan cautivadora es y ha sido siempre para los occidentales. Bunin pertenece a la antigua escuela, como se sabe, y estas páginas llenas de interés traen el tono de aquellas obras de Turguev, Tolstoy, Korolenko, donde aparecen las figuras que conviven en una casa de campo, desde el padre de familia hasta el mozo de los caballos. La calidad de lírico que acompaña a este novelista, tiñe de poesía casi todos los escenarios y lances de su libro.

□ Un libro póstumo de Panait Istrati: «Mediterráneo, Poniente». Las postreras aventuras que escribió el gran rumano sobre la persona de Adriano Zograffi. En esta obra Adriano se despide de Mikhail, que está tuberculoso y se embarca para ir a morir en Rusia. El mismo tono melancólico, a la vez que rebelde y protestante, de toda la obra de Istrati, campea en este libro postrimero.

□ La editorial «Cruz y Raya» de Madrid ha publicado en dos tomos la obra poética de diez años, de Pablo Neruda, bajo el título de «Residencia en la Tierra». Aumenta esta edición sobre la anterior del mismo título, gran cantidad de poemas, en los que el talento poético del lírico chileno llega a consecuciones admirables.

□ Después de los recuerdos de su vida con D. H. Lawrence, que publicó el año pasado Mabel Dodge Luhan, libro calificado de irritante, surgen otros nuevos recuerdos sobre el autor de «Lady Chatterley». Están contenidos en el libro «Lawrence and Brett», original de Dorothy Brett. Al revés que en la obra de la señora Dodge, donde lucía un egoísmo demasiado claro y el fastidio que proporcionó al escritor con su compañía, éste de la señora Brett es tierno, sencillo, lleno de interés por lo que cuenta y por la manera de contarlo. El mal humor de David surge con frecuencia.

Fechas de Octubre.

□ El 30 de octubre de 1905, el Zar, ante la huelga general declarada en Moscú y Petersburgo, dió la Constitución que creaba para un poco más tarde la Duma y nombró primer ministro al Conde Witte, cuyas memorias constituyen uno de los documentos más interesantes de la situación rusa de aquellos días. Tanto la nueva constitución como el parlamento debían ser paralizados

por la influencia de las fuerzas reaccionarias, cuyo principal agente fué el presidente Stolypine.

□ El 29 de octubre de 1908 atravesó Sven Hedin, explorador escandinavo, el Transhimalaya, región por la que ningún occidental había pasado hasta entonces. Se le asignó a Hedin el descubrimiento de esa zona, hasta aquel punto misteriosa; y los trabajos de estudio e investigación que se emprendieron encontraron por muchos años, la dificultad casi insuperable del hermetismo de los habitantes y de la complicación de la naturaleza.

□ El 3 de octubre de 1910 caía la monarquía portuguesa, personificada por el joven rey don Manuel II. Había subido al trono por causa del asesinato de su padre, don Carlos y de su hermano Luis de Braganza, heredero del trono. El destronado, casado con una princesa alemana de Hohenzollern-Sigmaringen, se fué a vivir a Inglaterra.

□ El 27 de octubre de 1922 tuvo lugar el golpe fascista de la marcha sobre Roma. Los camisas negras entraron en la ciudad eterna, dando el golpe de Estado que inició el régimen. El 29, Benito Mussolini formaba gobierno.—JOAN DE SELVAS.

LOS LIBROS

DON ANDRÉS BELLO, por *Eugenio Orrego Vicuña*. Prensas de la Universidad de Chile.

He aquí un libro lleno de expresiva y atrayente fuerza creadora, en que el interés y la emoción corre a parejas con la simpatía humana que palpita en sus páginas, con poderoso y sostenido aliento. Teníamos de don Andrés Bello, por lo menos, el que estas líneas escribe, una idea bien distinta de como lo vemos en el libro de Eugenio Orrego. Se nos figuraba un señor arrinconado hurañamente entre un montón de libros, buscando afanosamente datos y más datos, para nutrir su sed de saber que no se saciaba jamás, y con un desinterés manifiesto por todos los problemas y preocupaciones de quienes le rodeaban, como si el mundo no tuviera otro objeto ni finalidad que la de estudiar y de enseñar.

Es por eso que nos ha llenado, pudiera decirse de verdadero asombro, el encontrar en las páginas del libro de Orrego, al auténtico don Andrés Bello, bien distinto por cierto de aquél que habíamos imaginado. Vemos aquí su sonrisa, su gesto cordial, su palabra acogedora. Sentimos sus preocupaciones, sus penas y sus angustias de hombre. Sus inquietudes y sus afanes de maestro que guía y orienta a toda una generación, que después ha de ser la que imprima rumbos a este país en formación. Y es que Eugenio Orrego, se encariña con el personaje historiado, y lo sigue con una paciencia que se puede llamar heroica a lo largo de

toda una vida, que en este caso es dilatada, en años y en obras. Para conseguir este resultado el autor se vale de todos los medios que le es dable emplear. Crea el ambiente de la época dando interesantes detalles de cómo era la existencia en esos tiempos, y luego hace hablar a su personaje, a las gentes que le rodean, amigos y enemigos, a sus críticos y biógrafos, para que de esta manera se abra paso en el lector el juicio personal, que en este caso, es óptimo.

Porque realmente asombra la acuciosidad inteligente y segura, que demuestra el autor, para ir acumulando datos y detalles de la obra y acción de su personaje. A esto conviene hacer notar que el autor no descuida la parte artística de su libro. La anécdota sabrosa, se entremezcla con gracia y armonía con la parte documental del libro. Así no es difícil, ver al maestro, al sabio, al político y también al hombre en la intimidad de su hogar. La pupila certera de Orrego, sabe buscar y descubrir matices y colores que prestan al relato livianura y amenidad, y muy a menudo, el atractivo amable y jugoso de una novela que distrae y a la vez nos muestra una cantidad de hechos mínimos y de acontecimientos de importancia, que nos dejan en la mente la sensación completa de la vida y de las preocupaciones de la época.

En este libro de Orrego Vicuña, que seguramente está llamado a figurar entre las obras históricas de mayor importancia del continente, el autor sigue confirmando su bien ganado prestigio de historiador y de artista capaz de crear un ambiente en que se palpa y se vive una realidad. Don Andrés va, poco a poco, llenando las páginas del libro con su simpatía, con su bondad, con su llaneza y con ese cariño que siente vivo y sincero por esta tierra que le ofrece los medios como vivir sin angustias económicas permitiéndole dedicarse al estudio, y entregarle después los mejores frutos de su espíritu y de su talento a este país, que en el aspecto sentimental, fué su verdadera patria.

Orrego Vicuña puede estar contento de su obra y de cómo

mo la ha realizado. A sus méritos de investigador concienzudo se unen sus facultades de artista emocionado que ya en otros libros nos ha contado bellamente sus impresiones y viajes. Es además un trabajador infatigable que dedica seguramente lo mejor de su juventud, y la mayor parte de sus horas, al noble afán de servir la cultura de su país, pues realiza un verdadero apostolado americanista, haciendo conocer la obra y la vida de nuestros más grandes próceres, (Bolívar, Bello, Vicuña Mackenna, O'Higgins, etc.). Por este camino, dada su fecundidad y su potencia creadora, no sería raro que su obra alcance las estupendas proporciones de la que realizó su ilustre antepasado don Benjamín Vicuña Mackenna, ese prodigioso ejemplar de chileno, que supo amar a su país por encima de todas las cosas de la vida.

Ha estado bien la crítica chilena, al justipreciar, en general, la obra de Eugenio Orrego, que por este camino marcha con paso seguro a ser uno de los más completos historiadores de nuestra América.—LUIS DURAND.



INTUICIÓN DE CHILE, por *Mariano Picón-Salas*.—Editorial Ercilla, 1935.

Mariano Picón-Salas, venezolano, radicado en Chile desde hace doce años, es sobradamente conocido por su variada actividad literaria. Autor de cuentos y novelas, conferenciante, ensayista, animador del periódico «Indice» que marcó una fecha y encauzó la inquietud de una generación, profesor universitario, su labor intelectual trasciende nuestras fronteras y es apreciada en los demás países del continente. Este hombre inquieto y culto se ha asimilado a nuestra tierra, y desde ella mira y trata de penetrar el confuso panorama de América. Desviándose cada vez más, por temperamento y por imposición de la época, de la pura literatura hacia el ensayo, nos ofrece una *Intuición de Chi-*

le y otros ensayos en busca de una conciencia histórica que tiene méritos bastantes para ser leída con placer y provecho.

Se ha observado con razón que, así como el siglo XIX es el siglo de la novela, el nuestro es el siglo del ensayo. Y también entre nosotros ante la empresa de descubrir espiritualmente a América, de proponer las fórmulas de su conciencia histórica y cultural, los demás géneros están cediendo al ensayo su primacía.

¿Moda? ¿Influencia de lo europeo que se constata una vez más? En el fondo, quizás no otra cosa que la urgencia de tener explicaciones provisionales de un continente informe como el nuestro, que nos permitan ubicarnos, como latinoamericanos, ante los precipitados sucesos del mundo. El paciente trabajo de acopio histórico a que se consagraron los mejores hombres de letras del siglo pasado, es demasiado lento para hoy. Aun a riesgo de su calidad esencialmente transitoria, y de que quien las dé se equivoque o nos engañe, se requieren visiones rápidas, lo más completas posibles, como llamaradas que iluminen el caos de que salimos y nos permitan entrever un camino y una posición. Picón lo dice en el prólogo de su libro: «Es difícil escribir para la eternidad en nuestra América del Sur». No sólo es difícil, sería absurdo. El más duro trabajo, y el que mirado con la perspectiva del tiempo resulta también más eficaz, es el de los hombres a quienes angustiaron los problemas de su época y pusieron la entraña de su ser para tratar de esclarecerlos. «Es preferible para un escritor vivir su tiempo... Sólo por lo temporal recoge el hombre una chispa del cosmos». Para Picón, la manera de vivir intelectualmente su tiempo es el ensayo.

El libro, aunque dividido en tres partes, como en un intento de unidad, no es el resultado de una elaboración orgánica, sino una colección de trabajos diversos. Lo que, si bien nos priva de una visión total y coherente, tan grata a ciertos espíritus, nos permite en cambio ver cómo el ensayista enfoca y propone a su don intuitivo los más variados temas.

En *Intuición de Chile*, que es el ensayo más considerable y el que da su nombre al volumen, Picón nos ofrece una interpretación geográfica, histórica y social de nuestro país. Hay en él observaciones agudas y profundas, verdaderos hallazgos explicativos que sólo una mente extranjera podía realizar al compenetrarse profundamente de lo nuestro.

«Contrastes económicos entre la industria del norte y la agricultura del centro y del sur, contrastes espirituales y étnicos, como el de la aristocracia y el pueblo, que expresan mundos diversos; contraste entre la historia popular y la historia oficial, hacen que el alma de Chile no pueda captarse inmediatamente. La sociología chilena debe avanzar por una zona de prejuicios, por un vestíbulo de mitos, porque aquí no se realizó, como en otros países de América, la simbiosis turbulenta de las revoluciones y guerras civiles».

Entre estos contrastes, por esta zona indecisa y desorientadora, el ensayista se interna certeramente en lo característico de Chile, descubre las paradojas de su historia y la actitud vital de sus habitantes, y estima que «al bloque cultural y político latinoamericano, con que ya soñamos para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo, que conoció el Estado mientras otros vivían en la polvorosa montonera».

Hay en todos los ensayos de Picón-Salas la honrada posición del hombre que sugiere puntos de vista, que ahonda en la explicación de los hechos sin incurrir en dogmatismos. Por esto, son ricos, en cuanto exaltan el pensamiento del que lee en vez de oprimirlo bajo afirmaciones rotundas. No impone, propone a nuestro interés cuanto ha observado y asociado. Por eso mismo, sin duda, su manera de discurrir es la del que ciñe y rodea el problema, y lo ahonda observándolo sucesivamente desde distintos puntos, mezclando lo abstracto y el detalle concreto y característico. Sus argumentos no se encadenan con la marcialidad rigurosa que prefieren las mentes discursivas. No pretende

probar tesis preconcebidas, ni puede subordinar su inteligencia de las cosas a un prejuicio: se limita a mostrarlas tal como le aparecen, con todos los matices que sabe descubrir en ellas.

Mariano Picón-Salas es, además, un hábil escritor. Su estilo flúido, armonioso, rico en los más inesperados efectos, cargado de sugerencia y de una especie de voluptuosidad ágil, es el más adecuado al género literario que cultiva, y llega a veces, como en las breves páginas que dedica a Goethe, a un grado de perfección poco común. —OSCAR VERA L.

ALUVIÓN DE FUEGO.

La literatura boliviana vive tan enclaustrada como su territorio. No es, sin embargo, un efecto de su mera mediterraneidad. Colombia, con dos océanos azotándole los flancos, sufre un mal semejante. Poco a poco, para el común de las gentes, Colombia se reduce a la generación que periclita en Guillermo Valencia, y, luego, bruscamente, tras el surgir en José Eustasio Rivera, incide en la transformación política operada con el advenimiento del Partido Liberal al poder, singularmente, con el advenimiento de Alfonso López.

Bolivia empieza a perder su insularidad—ironía hablar de insularidad cuando uno se refiere a un país sin costa—a raíz del conflicto bélico del Chaco. La guerra ha sido un acicate y va a ser una transformación. Hace poco, cotejando la producción de algunos escritores jóvenes de Bolivia, por ejemplo el caso de Fernando Diez de Medina, yo destacaba la evidente aristarquía que ahí se insinuaba. Una especie de sumersión en sí mismo. Voluptuosidad de estar solo, o, lo que es diverso, aislado. Porque el aislamiento no es soledad, sino atrincheramiento. Los solitarios lo serán siempre, aunque vivan entre multitudes, pero los aislados tienen que huir de éstas para sentirse solos.

Entre los escritores jóvenes de Bolivia, desde hace tiempo ocupa un lugar señero Oscar Cerruto. Escribió siempre versos y comentarios. Poemas de un lirismo revolucionario. Allá por 1926 leí, por primera vez, a Cerruto. Carteles de insurgencia, en los que la selección formal ponía un desmentido al desmelamiento rebelde. No es que la rebeldía ande de greña con la pulcritud, sino que la rebeldía parecía un poco reflejo de la pulcritud, evasión del ripio académico en busca de un tropo insurrecto. Era la época de los mensajes y del simplismo revolucionario. Entonces hubo muchos insatisfechos o insurrectos en América. Quedáronse los más en esa actitud. Actitud de insatisfacción. Lógica protesta tácita contra una época de despotismos solventes, como fueron los que agobiaron al continente hasta 1930. Cerruto juntaba, como tantos literatos, una adhesión pertinaz al vanguardismo que no era más que protesta, sin afirmar conclusiones. De aquellos vanguardistas de 1926-1930, muchos quedaron rezagados y otros se incorporaron a la reacción. «Compañeros de ruta», meros «compañeros de ruta», se despidieron, deshaciéndose la comparsa, en el momento de actuar. Algunos persistieron en la actitud hirsuta, devorando mundos en versos y prosas encendidas, calcando a Eluard, Breton, Aragón y Cocteau, al tiempo que profesaban la más encendida devoción revolucionaria. De tal modo juntaban, en su caos, el módulo decadente y desesperado de Joyce con la inquietud exasperada y en protesta de Marx. Y así Marx pasó a ser un tropo, metamorfosis que no sospechó ninguna mitología, y mucho menos la Primera Internacional.

No conozco la trayectoria de Cerruto de entonces acá. Mis perspectivas detectivescas no incidieron en Bolivia, pues navegué por mares de trópico y me urgieron otros menesteres inaplazables. ¡Vida que no se logra dominar, ni siquiera con sofismas, por su dureza y su ímpetu! Bolivia se lanzó a la vorágine del Chaco. El tableteo de las ametralladoras fué más eficaz que el tableteo de los rimadores. Y, además, sirvió para depurar a

un pueblo. Porque Bolivia se encuentra ahora, a sí misma, tras muchos años de incertidumbre, en los que sus mesías alternaron—dejando de lado el «patinismo», que eso no es ya cuestión humana, sino exposición zoológica—trenos de apocalipsis con proclamas de gas. La tarea de los políticos profesionales fué más contundente, pues hasta supieron disfrazarse de izquierda o derecha, sin sonrojos, según las ocasiones. Y los escritores manifestaron harta insensibilidad para sus propios problemas. De alguno, tildado de panfletario tremendo, y de otro, de poeta insigne y metafísico, y de aquél, experto en gestos teatrales y versos machacados a fuego vivo, y de esotro ducho en improperios y aseveraciones tajantes, de casi todo anduvo ausente la realidad. Y cuando sobrevino la tragedia del Chaco fué posible medir la eficacia de las enseñanzas pacifistas por el entusiasmo de las adhesiones bélicas.

La insularidad de Bolivia la hizo daño. En «El Velero Matinal», libro reciente de Diez de Medina, joven alerta—sobre todo joven—se advierte la marcada huella de ese vivir mirando lo inmediato. Una superestimación de lo cercano, ahondada por el dolor del enclaustramiento, produjo ese estado, que se trasluce en sus escritores y que, seguramente, se va a interrumpir con la tragedia del Chaco. Bolivia se ha dado cuenta de que necesitaba conectarse. De que no podía vivir entre suspicacias políticas y también literarias. Y que su problema es algo más que la obtención de un puerto: es eso, y, además la obtención de lo que en todos los otros pueblos falta: conciencia de su problema, vinculación defensiva con América, reacción contra el imperialismo, extinción del gamonalismo, liquidación de la politiquería que no vacila en hinojarse ella—y con ella, la nación—ante el capital de un cacique criollo y el capital imperialista, planteamiento y solución de los problemas indígenas, ocultos o borrosos a través de la fraseología de los «profesores de idealismo» fin de siglo y con la demagogia de los fautores de repúblicas aimarás y quechuas, embeleco con el que trata de calcar la unión de las re-

públicas soviéticas y galvanizar la rebeldía indígena, incurriendo en semejante vicio, al de los demagogos liberales.

La guerra del Chaco fué para muchos la señal de la revolución social en América. No ha sido así, sin embargo, porque la revolución no se produce por simple imitación, ni por el mero hecho de encontrar una coincidencia entre un acontecimiento europeo y uno americano, *Pero, la guerra del Chaco ha iniciado la revolución boliviana.* Eso es indudable, por lo mismo que la guerra produce un colapso y un acicate en todo pueblo, máxime en aquéllos que no triunfan y en donde la desigualdad económica se une a la racial.

Bolivia entra a una nueva etapa, tras la guerra del Chaco—Cerruto nos ofrece cuadros significativos—del mismo modo que el Perú entró a otra faz con la guerra del 79, si bien, entonces, el problema era distinto. No había la cuestión de la miseria reinante sino la de la opulencia perdida; y la conciencia social andaba muy embotada y harto colonial aun.

Los primeros resultados de la guerra del 79 fueron, en el Perú, el surgimiento del indigenismo y la beligerancia de la provincia, bajo la égida de González Prada. En Bolivia, el indio va a adquirir prestancia ahora, y, además, se desacreditarán valores que, hasta hace unos meses, anesthesiaban toda inquietud. El mito del militarismo ha sufrido rudo desmedro. Acercarse al monstruo le resta peligrosidad. Y si es verdad que «no hay grande hombre para su ayuda de cámara,» tampoco hay mitología para quien transita en el Olimpo.

¿Cómo ocurrió la guerra del Chaco? Oscar Cerruto nos relata las incidencias con vuelo y, a la vez, gracia. Mientras muchos espíritus se dejaron ganar por la propaganda bélica, Cerruto conserva en esta novela una auténtica posición revolucionaria. No es la diatriba fácil del que vocifera contra un sistema, utilizando argumentos generales y bombardas sonoras y vistosas. Cerruto no comete ese error ni cae en expresión de tan mal gusto. Porque la revolución no excluye la estética, y la estética, acaso,

sea su corolario. Un revolucionario sin estética incurre en la demagogia. No se trata de hacer literatura de la revolución, si no de lo otro: de no derivar en la demagogia. De que la novela y el ensayo no se inclinen excesivamente a la proclama, lo cual resta eficacia a la obra, tanto desde el punto de vista de la propaganda como desde la literatura misma. Cuando algunos discuten si el arte debe ser propaganda, incurren en una tautología absurda. El arte debe ser arte, y el serlo, como expresión de vida, tendrá que hacer propaganda a lo que el autor piensa. Pero, tratar de demostrar algo que corresponde sólo a un esquema mental y no a una expresión vital, es ya publicidad y hasta publicidad mercenaria. Así como refugiarse en la pura forma, en el arte puro, implica una obliteración de criterio, como es la de confundir el continente con el contenido: tragedia del que cree ser escritor porque simplemente escribe.

Cerruto llega, en su «Aluvión de Fuego» a hacernos confidencias interesantísimas acerca de su generación. Era, aunque él no lo diga, era él un escritor jubiloso. La rebeldía le taraceaba, pero sin calar muy adentro. Se había descubierto un nuevo tropo, el de la Revolución Social, tropo que en Europa era carne. Pero, llegaron los días duros del 30. ¡Cuántos sintiéronse arrepentidos de sus arrestos impetuosos e insurgentes, al comprobar que ahora llegaba la hora de convertir el verbo en acción! No sé si Cerruto eludió o persistió. Mas, poco después de aquello, ocurrieron las incidencias del Chaco. Mientras la diplomacia inventaba teorías—y aquí hay que acordarse de la caústica frase del profesor yanqui Moon: «imperialism is the reality; diplomacy is superficial expression»—y discutía si Bolivia era Atlántica o Pacífica, a la vez que en Paraguay se manipulaban documentos coloniales y argumentos republicanos, fuerzas ajenas influían en el conflicto. Harto se ha discutido sobre eso. De momento, no interesa aquí. En cambio, interesa mirar el espíritu de la juventud americana.

Vivía ésta una hora amarga, y, sin embargo, jubilosa. Vai-

venes de mala fortuna que no llegan a desgarramientos mortales. Y fué primero una escaramuza. Y luego, un mitin. La fiebre arrastró hacia los cuarteles. Ante el reactivo de la guerra, muchas insurgencias quedaron chafadas, mostrando la llaga viva de su puerilidad. No creyeron que el conflicto durase. La guerra siempre adopta, al principio, un acento deportivo. Los enamorados se enrolan gustosos por sentirse héroes; los mozos, por desarrollar energías; y todos se envuelven en palabras sonoras, en declaraciones pomposas... Sin embargo, la nueva generación americana sabe que el nacionalismo verdadero no está en guerrear entre nosotros, sino en unirnos para oponernos al enemigo común, que está dentro y fuera: en el imperialismo y en las oligarquías.

¿Cómo olvidar eso? Si estaba tan fresco el recuerdo de Leticia, cuando la franca repulsa de la juventud aprista del Perú impidió una guerra inicua, sin importarle los dicterios de entonces, que, luego deberían ser aplicados a los que aparecieron como fiscales en aquella coyuntura; ¿cómo es que las juventudes de Bolivia y Paraguay desoyeron aquel reclamo? Y otra vez aparece aquí el problema de la mediterraneidad, que agudiza sensaciones, hipertrofiándolas.

Pero dejemos la respuesta a Cerruto. El es boliviano y es joven. Con su aire discretísimo, moreno, de ojos nigérrimos y taladrantes, a ratos perplejo, nos refiere el drama del personaje: un boliviano, como él; sensible—no sentimental—como él; inquieto por el porvenir, como él, y joven, eso es, joven y literatizante, en lo cual el personaje le va en zaga al autor, porque Cerruto es literato auténtico. Llegó la guerra a paso de lobo. Nadie la sospechaba, nadie la esperaba. Todos jugaban con ella. Y se instaló. Las muchachas alentaban a los guerreros y, de pronto, se quiebra el valor de las mujeres, porque resulta que la guerra es más que un deporte: un drama, ya que para tragedia le falta el *fatum*, y que el *fatum* de la guerra lo manejan los hombres...

* * *

El libro de Cerruto comienza con una divagación sobre las nubes.

La «descripción del cielo»—robémosle el título a Alberto Hidalgo—que hace Cerruto, es sencillamente bella. Bajo ese cielo descrito, por cercano se encamina el argumento. Argumento trivial, por la anécdota, rico por el sentido, por su densidad viviente. No es una guerra a lo Remarque. Tiene «Aluvión de Fuego»—y es notable tal detalle—una curiosa amalgama de «Sin novedad en el frente», «La Vorágine» y «Don Segundo Sombra»: del primero, la hosquedad prosaica y turbia de la guerra; del segundo, la fuerza de la naturaleza dominando al hombre; del tercero, el sabor líquido de sus metáforas. Es que se trata de una guerra americana: en la selva, con indios, con rigor y bajo la poemática claridad de un cielo, vanamente tachado por lluvias y nieblas. Novela americana, con fugas líricas, muy puras, y con resabios amargos, muy turbios, cargados de presagios duros.

Así es la guerra. Soledad de selva, cenegales de pasiones y barro, muerte y malaria. Mientras muchos escritores de uno y otro bando, marcializan la guerra, la deifican, en su afán comprensible, pero no por eso menos vituperable, de exaltar las cualidades del hombre, Cerruto la reduce a trizas. Por eso no serán pocos los que le ataquen, pero es un mérito más el suyo: sobreponerse al medio ambiente. Pues ni aun los que vuelven de la campaña, ateridos de espíritu y cuerpo, logran liberarse de las «órdenes del día». Pesa sobre ellos la disciplina, y pesa la vanidad de sentirse héroes. El combatiente domina al intelectual, al hombre. En Cerruto, no cabría decir si el poeta o el insurgente pueden más que el combatiente, pero es cierto, es positivo, que el americano vence al boliviano, lo cual significa que siente su bolivianidad con certeza y hondura, porque Bolivia no se edificará por

el mero esfuerzo de los bolivianos, como Perú y Chile y Colombia y Ecuador y México y todos los demás no lograrán conquistar su autonomía por sí solos, sino precisamente a base de superar el nacionalismo chico de los explotadores para construir el nacionalismo grande de los explotados, que se enfrente a la Internacional del lucro.

Como defectos técnicos tal vez pueda reprocharse a Cerruto el amontonar en determinados instantes, excesivos acontecimientos de magnitud, no obstante de que no abusa de la anécdota. La sublevación de los indios, sin embargo, está bien situada en la posibilidad real, aunque esa posibilidad no surge limpia de la novela misma. Nos lo explicamos pensando en la guerra en sí, pero no dentro de la obra literaria de Cerruto. La deserción y el cambio de nombre del héroe, son no sólo posibles, sino reales, pero sin embargo están presentados un tanto forzadamente. Nada de eso implica cargo mayor. La obra de Cerruto es una hermosa descripción poemática, una novela viviente, y a la vez, un alegato de juventud.

El escritor boliviano aquí ahonda en su entraña nacional, a costa de superar fronteras sentimentales. No exprime odio para el Paraguay. No vitupera a la Argentina ni a Chile ni al Perú. No declama. No pide puerto. No pide, nunca pide, nunca acusa. Narra, trabajosa y bravíamente, narra, expone, describe. Y el poeta es tan acusado y sincero, que el método a duras penas logra entabrar su relato. Es posible que, por ese desasimiento de intereses inmediatos, se compare a este libro con «Pueblo enfermo»—el libro de Arguedas que tanto indignó a sus compatriotas hace casi veinte años. Pero en «Aluvión de Fuego», hay ante todo una sensibilidad vigilante. Una expresión artística. Y, como auténtica expresión artística asoma la vida, y con la vida la revolución.

Destierro, septiembre de 1935.—LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

MELPÓMENE, por Arturo Capdevila.

Acaso ninguno de los infinitos libros de versos publicados en el Continente haya causado el revuelo de entusiasmo y de elogios que este «Melpómene», del gran Capdevila, cuando apareciera en 1912.

Y justo fué el homenaje. El acento trágico de todo el libro era y es nota nueva y originalísima en la poesía de Indoamérica. Conciencia clara del dolor, cantado con fuerte voz de hombre que no lloriquea:

¡Los signos se cumplieron! ¡Oh, sabed la indecible
palabra, la siniestra palabra, la terrible
palabra, hermanas mías! Nuestro padre agoniza...
Y llorasteis. Lloramos. Una fría ceniza
de realidad deforme, nubló las resolanas
de la ilusión. Tocaron a muerto las campanas.
¡Y fué la hora vacía, crepuscular, horrible
de su muerte! Y fué el vuelo silencioso, intangible
de su espíritu enorme, santo... ¡infinitamente
santo, puro y enorme! ¡Y fué que, frente a frente
del misterio, quedamos desolados, heridos,
cogidos de la mano como niños perdidos
en un bosque, de noche, cuando todas las cosas
dan miedo en las profundas tinieblas clamorosas!

Si acusaba este primer libro de Capdevila, escrito a los veinte y dos años, un temperamento lírico de selección, la maestría de su forma lírica, el dominio del lenguaje, la sabiduría precoz de su adjetivación, dejaban ver claramente la obra maciza que habría de darnos y que está cumplida.

Entre todo lo bueno del libro sobresale el conocido poema «Santificado sea», que diarios y revistas del Continente han

venido reproduciendo con elogio durante más de veinte años. Hay en él un soplo trágico que ningún poeta de América logró dejar en su obra, y que tampoco tiene parangón en la poesía de España.

Los derechos de autor de esa sexta edición de «Melpómene» que publica Nascimento los ha cedido Capdevila, en un noble gesto de camaradería, a la Sociedad de Escritores de Chile. Y aunque tuvo este libro los altos y prestigiosos estudios críticos que merece, hemos querido señalar en esta breve anotación el hecho de que prestigie ahora con sus blasones indiscutibles las prensas de una editorial chilena.

C. P. S.



ALREDEDORES DEL SILENCIO.—(Dibujos de Pastor), por *Carlos María Solari*.

Poeta de estirpe indudable es el autor de «Alrededores del Silencio», que la Biblioteca Alfar acaba de editar en Montevideo.

Rompe el molde clásico del verso con agilidad musical, y nos muestra imágenes bellas y originales que dan la impresión de haber sido halladas sin búsqueda afanosa. Poeta subjetivo, sabe unir las impresiones externas a su emocionada visión íntima y ofrece en este libro buenas muestras de su personalidad.

Como el alejamiento mutuo en que viven los países de América en el orden intelectual hará difícil que este libro de Carlos María Solari sea conocido entre nosotros, nos parece oportuno copiar aquí uno de sus poemas.

Silencio de fogón en la noche.

Del otro lado de las puertas están
el sueño rompedizo de los perros
y, amontonados, los rumbos, que esperarán

hasta que los paisanos los vuelvan a extender,
amaneciendo.

Huele a vida recia, a paredes renegridas,
a mucho tiempo...

Varios hombres rodean el fuego,
que por debajo de los sombreros les oxida las caras
de rojez y de silencio.
Atrás, los oscuros rincones
amontonan el miedo.

Todos se han ido quedando solos.
Un taciturno viejo
al alisar la intemperie de su barba
se acaricia los recuerdos.
Los mozos, nublados por el humo de los cigarros,
viven la polvareda del galope que los lleva
hasta la mujer querida.
Otro tiene en la diestra el mate
que le ayuda a la añoranza
de un retenido apretón de manos.

Aquel, sin saber,
con su mirada hace crujir el fuego.
Hay uno que se ha quedado
como buscando un rastro perdido
en los bajíos de sus pensamientos.

De pronto, una lechuza les grita
un desgarrón de hielo.
Una misma sacudida
reune a los hombres de nuevo.
Y todos escuchan cómo a espaldas suyas
les tiemblan toda la muerte los rincones negros.

En edición esmerada, como todas las que hace la Biblioteca Alfar, dirigida desde su fundación por el conocido poeta Julio J. Casal, estos «Alrededores del silencio» fijan un nombre en la poesía indoamericana.

C. P. S.



LA MORENA DE LA LOMA, por *Lautaro Yankas*. Editorial Ercilla.

Lautaro Yankas, autor de «Flor de Lumao», hermosa novela de las tierras del sur, entrega ahora a la publicidad su «Morena de la loma», interesante relato que viene a confirmar su bien ganado prestigio de cantor de la vida campesina nuestra. Yankas es un enamorado de su tierra, de sus costumbres y de todo aquello que tiene el auténtico sello de lo chileno. El indio, el guaso y la aldea con su ritmo apacible, han encontrado en él a uno de sus mejores intérpretes. Alejado de los corrillos y de los círculos literarios, en que se habla mucho y se hacen proyectos trascendentales que en la mayoría de los casos no quedan sino en buenas intenciones, Yankas realiza en silencio su obra de artista honrado, poniendo en ello todo el acervo de sus impresiones y su experiencia de observador emocionado de la vida que pinta en sus relatos.

De esta manera logra darle a sus creaciones artísticas, un soplo de serenidad y de belleza extraída directamente del escenario sobre el cual se posa su pupila de observador y de artista poseedor de una fina sensibilidad. Se puede decir que a Yankas en ciertas ocasiones le interesa más que ninguna otra finalidad, en su obra, dar la sensación de la belleza, reflejándola en sus páginas a través de sus estados de alma. A ratos se nos ocurre que la pintura psicológica de sus personajes no corresponde a la realidad, que literatiza demasiado, pero por medio de ese milagro que sabe realizar el talento sabe reaccionar a tiempo, y entonces

consigue dar el detalle justo y preciso que aparta al lector de la idea de estar leyendo una hermosa ficción, para encaminarlo por caminos conocidos, acercándolo a la tierra a a los hombres que viven en ella. El lenguaje, el detalle oportuno, la sugerencia de una frase, viene entonces a hacer más sólido el ritmo del relato, en una trabazón armoniosa de realidad y fantasía.

Pero Lautaro Yankas, siente y logra transparentar en forma admirable, el alma del paisaje y de los hombres que se mueven en sus cuentos y novelas, valiéndose de su estilo bien personal, burilado con la delicadeza del artista, pero con una mano enérgica que no admite incorrecciones, aunque la frase pierda un poco de vivacidad y de intención, sin que de ninguna manera esto signifique en Yankas un afán permanente de sacrificar cualquiera otra cualidad, por alcanzar el perfeccionamiento de su estilo.

A este respecto recordamos una bellísima novela corta de Yankas, que publicó en las ediciones de Lectura Selecta, titulada «Marina». Ella nos dejó la impresión de que el autor se dejó más llevar por la emoción, por la alegría, por la admiración, por el entusiasmo, que en armonioso y a la vez atropellado tumulto, lo empujaba a contar, y a cantar en medio de la luz del día, todas aquellas jubilosas sensaciones que le brincaban adentro, como una danza de niños junto a la claridad del agua, y bajo el maravilloso toldo azul del cielo. Sentimos aún junto a nuestro corazón el rebullir de aquella narración fresca, henchida y palpitante de vida, en que se mueve una mujer que nos dejó una fragante huella de ilusión en el espíritu. Yo no sabría decir si Yankas en aquella ocasión se preocupó, mucho o poco del estilo. Lo que puedo asegurar que aquello estaba hecho con los nervios tensos y con las pupilas barnizadas de luz.

En la «Morena de la loma», hay una tristeza vaga que se va infiltrando lentamente en el ánimo del lector. Cielos brumosos, quebradas hondas, lomajes ondulantes en cuyos faldeos se alza la noble majestad de los robles entre cuyas ramas el viento toca su flauta que habla de nostalgias y de cosas tan lejanas que

jamás volverán a florecer en nosotros con ese encanto y ese prestigio que les presta la evocación. Yankas habla en estas páginas de mi tierra, de esos caminos rojizos que se encumbran y se retuercen junto a los cerros. Habla con un lenguaje poético y amoroso de ella, y yo leyéndolo, he huído de sus páginas para buscar ansiosamente en jirones la vida que se me fué... Sueños, aromas, amores. El libro es de pronto, como un amigo que se encontrara en el pretérito, a donde se vuelve, sólo por medio del milagro de la imaginación. Tal vez ese amigo es el viento, que en mi tierra es poeta y trovador, pues canta las más bellas canciones, en esa hora, cuando desde un campanario, se desprenden como pájaros invisibles, unas voces que dicen armoniosamente que el recuerdo es como una dulce y recóndita oración.

L. D. D.



TRES AÑOS Y UN DÍA. Novela, por *Iñigo García*.

El héroe de esta novela es un buen muchacho, empleado en una Caja de Ahorros de un pequeño pueblo. Se llama Saturnino Aguilar. En una parranda hiere gravemente a una chica de vida alegre, Rebeca, y va a expiar en la cárcel el delito que cometió cegado por el alcohol y los celos. Rebeca entre la vida y la muerte va a parar al hospital.

La novela tiene como subtítulo «La tragedia sexual de los penados» y en las descripciones que se hacen de la vida carcelaria este tema es el *leit-motiv*, es la nota con que se acentúan los dolores y miserias de los reclusos.

«Tres años y un día» es una novela de formación realista en que no faltan en muchas ocasiones elevados vuelos románticos. Esto se puede decir tanto del fondo como de la forma. Su estilo liviano suele ser una que otra vez de un naturalismo crudo, pero de tal cosa no se escandalizaban ni Aristófanes, ni Rabelais, ni en menor grado Cervantes.

Se ve que un vivo sentimiento de amor a los desgraciados ha inspirado al autor y uno encuentra por esto en muchísimas de sus páginas gran comprensión de lo humano, el anhelo cálido de corregir abusos e injusticias, de endulzar infelicidades.

La figura de Rebeca es de lo más simpática. Su dolor, sus tristes experiencias en el hospital y, sobre todo, su amor a Saturnino efectúan en su alma una transformación completa. Del hospital sale redimida, convertida en una mujer capaz de sentimientos puros y elevados.

Muy delicada también la figura de la hermana Loreto, comprensiva y cristiana de verdad.

A Saturnino le indultan el último tiempo de su pena y sale de la cárcel a empezar una nueva vida en los brazos amorosos de Rebeca.

La posición de defensa de los desgraciados y perseguidos, de censor de las injusticias sociales, que toma el autor, es llamada a despertar fáciles simpatías, pero se halla expuesta, como le ocurre, a caer en declamaciones algo tendenciosas. Inclinación de estirpe periodística, conquistadora de gloria barata, que daña al verdadero arte. Pequeños escollos son estos que el señor García tiene facultades para evitar y que constituyen sólo accidentes que no alcanzan a empañar los méritos y la belleza total de la obra.—E. M.



GUÍA DE SOÑADORES, por *Fausto Soto*.—Prólogo de *Alfonso Reyes*.—Santiago de Chile, 1935.

Fausto Soto no es un desconocido en nuestro ambiente literario, en 1930 publicó «El alba frágil», colección de poemas en prosa y verso, que fué bienvenido por prestigiosos escritores extranjeros; acá fué recibido tibiamente, con esa especie de temor que siempre hay para elogiar cuanto sea nuestro. No obs-

tante las tibiezas y reservas de la crítica oficial, Soto continuó laborando, en el retiro silencioso de su vida interior, los versos que hoy nos entrega en este volumen. Aparecen presididos por la alta autoridad literaria que es Alfonso Reyes, quien diserta erudita y amenamente acerca de poesía nueva, colocando a su prologado equidistante de la poesía tradicional, de retórica altisonante y de métrica rigurosa, y de la poesía ultra nueva, nebulosa en medio de una balumba de metáforas ininteligibles, atropelladora de toda disciplina y aun de la lógica y del sentido común.

Digamos algo del autor. Fausto Soto se ha entregado a la literatura con una honradez ejemplar; su labor literaria es de las más serias que conocemos; hay en él tal anhelo de perfectibilidad que no se distrae ni se dispera en otras actividades que no sean las literarias, a fin de allegar elementos sustantivos a la consecución de su obra artística. Sus títulos académicos de abogado o profesor no le entraban sus labores literarias ni le amenguan sus deseos de superarse indefinidamente, con una serenidad y amplitud de espíritu, raros en escritores de su juventud. La vida recogida que ha llevado Fausto Soto, prisionero en su «torre de márfil», voluntariamente alejado de las inquietudes cotidianas e intrascendentes, ha impedido que su labor no haya sido todavía lo suficientemente conocida y por tanto, apreciada en lo que ella vale. Enemigo de ostentación y lisonjas, los críticos, que desean reciprocidad, le han escatimado hasta el mero comentario bibliográfico; silencio inexplicable, pues es cosa corriente ver elogiadas obras mediocres cuando hay amistad o simplemente apellido...

A su cultura literaria, une Fausto Soto un rico temperamento poético, que él contiene para evitar el desborde verbal o romántico; de ahí que lo primero que advertimos en sus versos es la expresión apretada, enjuta, sintetizada; el impulso sentimental refrenado para dar una sensación de serenidad perfecta; el torrente lírico no asoma jamás. Su emoción se ha remansado y

discurre lenta, serena, por el lecho profundo, sin torbellinos ni sobresaltos inesperados. Así, por ejemplo en Paisaje, donde la expresión breve linda con lo exiguo:

«Tu sufrimiento llega,
Albricias.

Alegría en mi cuerpo:
tu sufrimiento en mí

.....

Soto se ha liberado de toda forma métrica tradicional; esta ausencia de estrofas regulares y de versos de métrica rigurosa, es algo ya definitivamente incorporado a la poesía nueva. Creemos que es su mejor adquisición. Soto ha logrado desasirse de las formas tradicionales después de haberlas usado con toda desenvoltura. Ahora las desecha porque le parecen inútiles y le impiden el libre desenvolvimiento de su expresión. No es, pues, un snobismo, sino una necesidad imperativa de su técnica del verso. Debemos confesar que al leer las primeras composiciones de este libro echamos de menos en ella cierto ritmo, cierto acento al que teníamos acostumbrado el oído. Claro es que no nos referimos al acento cadencioso de un Núñez de Arce o un Pedro A. González, sino que a esa música verbal tan rica en tonalidades y que en Darío encontró espléndida y exagerada realización. Mas, pronto nos damos cuenta de que los versos de Soto no son para leídos en voz alta, y de que hay en ellos una música interior que se identifica con la emoción y las imágenes. Es en el empleo de la metáfora donde encontramos el verdadero mérito de Soto; no es la metáfora que usa Soto, fulgurante y estrambótica, en que hay lejana relación entre el término recto y figurado y que a la postre resulta una especie de adivinanza. Soto es siempre claro, transparente, sencillo. Tal, por ejemplo, «Por ella», que, a nuestro juicio, es una de las mejores composiciones del libro;

«Recuerdo, cuando palpa el amanecer la noche.

Recuerdo, como anillo de agua circundando la piedra».

Merece también señalarse «Siesta pagana», cuyo colorido y panteísmo sensual permiten una tan vívida evocación, que el motivo poético se nos presenta como corporizado.

Sin exagerar, podemos decir que casi todas las poesías del libro dejaron en nuestra emoción un estremecimiento endeleble. Con este libro, Fausto Soto queda incorporado de hecho a la lista de nuestros mejores poetas jóvenes.—MILTON ROSSEL.



LA QUINTRALA, Poemas dramáticos, por *Daniel de la Vega*.—
Talleres de «El Mercurio».

Pocos poetas chilenos más frescos, diáfanos y espontáneos que Daniel de la Vega. La jubilosa afluencia lírica, la naturalidad de la expresión poética, el don innato del ritmo y la frase musical, el color y la belleza de las imágenes revelan al ser que vive en estado de inspiración, de gracia, como dijera D'Annunzio.

La mayoría de los poetas lo son por excepción. En ocasiones solemnes acuden al verso para conmemorar episodios trascendentales de su vida, y bajan apresurados a la prosa cotidiana para no marearse en el aire delgado de la altura. Cuando elevan el canto se les advierte el rostro congestionado por el esfuerzo y se oye el jadeo de la fatiga. De la Vega, que vive por y para el arte, que tiene al verso y a la prosa lírica por modos cotidianos de expresión, nos muestra que la poesía, como Dios, está en todas partes, para los hombres de fe profunda y buena voluntad. Que las almas puras hallan belleza en todo, como la flor hace perfume del lodo, como el fuego hace luz de materiales heterogéneos.

Rasgos esenciales de la obra del autor de «Ménade» son su fe incommovible en un devenir espiritual y en un futuro mejor

para la humanidad. Dotado de amplia visión y de esas percepciones intuitivas que son la antena de las naturalezas poéticas y filosóficas, su esperanza parece haberse fortalecido ante los quebrantos y trastornos, ante el éxito del materialismo y la apoteosis de la vulgaridad. Sin caer en el optimismo ingenuo del doctor Panglos, mientras su ceño se frunce ante las injusticias y los egoísmos, su esperanza sonrío de estas miserias humanas y nos dice que ellas son herramientas necesarias en la evolución hacia el bien y la belleza, como en el árbol las espinas defienden su amor que se entrega en aromas, flores y frutos, como el edificio necesita asentarse en rudos peñascos para abrir sus puertas al peregrino, sus balcones a los horizontes y para levantar terrazas que miran a las estrellas. De la Vega nos dice en su poesía que la crueldad, el odio, el egoísmo, la guerra, son etapas en que el hombre actuó impulsado por amor a sí mismo, a su tribu, a su familia. Está muy cerca el período animal. Los instintos de ataque y defensa son aún muy violentos. Déjense crecer las uñas del hombre y la mano trabajadora se convertirá en zarpa hiriente. Pero el círculo de amor del hombre se dilata. Pasa a la familia, a la patria, a la humanidad. Cumplida su saludable misión de formar y defender al individuo, el odio queda ocioso. Falto de empleo y ejercicio comienza a atrofiarse, y entonces el amor va tomando su sitio a medida que se advierte que no son tantos los peligros que corremos, que el aislamiento es estéril, que necesitamos conocer y simpatizar con otras almas para conocer la nuestra. No es tan difícil la transición del odio al altruísmo, como muchos creen. Basta considerar que el odio es amor a sí mismo y temor a los demás. En el altruísmo el amor llega hasta los otros y el círculo del temor se aleja. Cuando nuestra personalidad es muy limitada cree hallar su puesto, su antagonista, en todas partes, y es recelosa y desconfiada, está siempre en guardia contra peligros imaginarios. A medida que se desarrolla va descubriéndose semejanzas en elementos que antes consideraba hostiles y se va hallando inesperadas vinculaciones en el mundo que la

circunda. Es necesario que en el terreno volcánico libren primero una ruda batalla las malezas para ablandar la tierra y hacer posible una flora benigna. Hacía falta que las hordas salvajes y las tribus bárbaras pelearan ferozmente y regaran con sangre el suelo para que puedan alguna día vivir razas fraternales que laboren cantando.

La fe de Daniel de la Vega en la perfectibilidad del hombre, en el mejoramiento general de la sociedad, en que una época de idealidad y esperanza ha de seguir a esta edad de tristeza materialista, se afirma en muchos de sus poemas. Citaremos sólo «Oriente», uno de sus aciertos máximos, «Fuego», «Los Tiempos se Acercan».

Al lado de estos altos y trascendentales aspectos, subsisten en de la Vega, como modalidades secundarias de su personalidad, la remembranza emocionada de un pasado bohemio y aventurero, lleno de locas ilusiones juveniles, y cierta actitud de jactancia varonil, que a veces bordea en el donjuanismo y en el sadismo. esto sirve, tal vez, para darle más variedad y carácter a su poesía.

Citaremos al azar algunos versos del poeta, que se han quedado en la memoria:

DANTE

Altivo y solitario, alzas tu perfil duro,
sobre tu siglo en llamas que te envidia y te asedia,
y desdeñosamente arrojas el obscuro
torrente de tercetos de bronce en la Edad Media.

Surgiste. Ante tu verso forjado en fuego eterno
el destino cayó de rodillas, sumiso,
y luego de arrojar tus odios al infierno
tu sandalia pisó tierra del paraíso.

Aunque tu corazón llegó lleno de estrellas
y era tu pecho claro de una estirpe divina
tus odios desgarraron las rimas y por ellas
todavía gotea la sangre florentina.

Y ese tu amor montaña. Forzaste la sonora
puerta del Más Allá persiguiendo su huella,
y en su perfil pusiste tanto encanto que ahora
cada mujer amada se parece algo a ella.

PORQUE SÉ QUE ME ESPERAS

Soy capaz de vivir
y andar entre los hombres mientras me llega el día,
y ver que aun el sol tiene afán de salir
y que en algunas noches hay luna todavía,
porque sé que me esperas, risueña y calladita,
en el umbral en donde Caronte te dejó;
porque sé que algún día he de ir a la cita
a la cual ningún hombre de la tierra faltó;
porque sé que no muere ningún arranque noble
y allá tienen las almas eterna juventud,
y sé que en algún sitio ya está creciendo el roble
que ha de darme las cuatro tablas de mi ataúd.

Porque todo este mundo que mi tristeza mira,
esta luz, estas rosas, este mar, este prado,
esta tierra que gira
y ese cielo estrellado,
todo esto es solamente el sepulcro profundo
donde mi fe dejó tu cuerpecito inerte,
y donde este perdido caminante del mundo
está perpetuamente meditando en la muerte.

Este sol y esta clara primavera inflamada,
las nubes y los cielos, la montaña y la luz,
no son más que detalles de su tumba adorada,
adornos melancólicos de su blanco ataúd...

De la Vega ha desgranado sus versos jubilosamente en el correr de los días, con algo de la improvisación de la obra periódica. Ha escrito sin duda muchos poemas que quedarán, y en cualquiera de sus versos hay un destello de belleza. Las abejas que salen de sus colmenas regresan siempre trayendo algún polen a sus panales líricos. Pero, a estas alturas, quisiéramos verlo detenerse a meditar, dejar subir el agua en sus represas, y pensar en su mensaje lírico definitivo. La posteridad tiene demasiado de qué ocuparse y no puede conceder mucho espacio.—D. P. B.



FICHEROS Y OTROS FOLLETOS DE MANUEL PEDRO GONZÁLEZ.

Cada tantos meses y con la regularidad de los cambios estacionales recibimos estos claros folletos donde Manuel Pedro González, el joven crítico cubano y Profesor de la Universidad de Los Angeles en California, registra primorosamente las últimas novedades bibliográficas hispanoamericanas. Sus «*Ficheros*» que antes han aparecido en la «*Revista Bimestral Cubana*» son verdaderos índices de nuestra producción intelectual, uno como itinerario crítico de lo que ha salido y tiene relieve desde México hasta Chile y Argentina. El juicio exacto, el análisis comparado de las obras, la concisión y elegancia de sus informes hacen de estos «*Ficheros*» de González una como Historia en movimiento, en continuo devenir y proceso. Sobre las graves Historias literarias que parecen petrificarse y estancarse un poco en los tomos de cuatrocientas o más páginas, tienen sus «*Ficheros*» la ventaja de que siempre están abiertos a la rectificación,

a la inmediata pesquisa del dato, a los cambios de rumbo en la obra de un escritor, o las nuevas influencias que aparecen. Toman la temperatura y hacen el periódico diagrama de nuestra vida espiritual. Y además del efectivo servicio que prestan en el estudio de la literatura hispanoamericana como fenómeno de totalidad, en la difusión y acercamiento mutuo, tratan de divulgar el español de América—no el de España que conocen mucho mejor—, entre los estudiantes norteamericanos a quienes González inicia en nuestras letras nativas.

El último «*Fichero*» de González (La Habana, 1935.—Imprenta Molina) viene acompañado de dos folletos más: «*Literatura y Realidad Cubana*» (En torno a una bibliografía cubana) y «*Nuestro camino de Damasco* (A propósito de un libro de Federico de Onis). El primero es una síntesis brevísima pero muy concentrada de los nombres e influencias que se determinan en las letras cubanas de hoy; una Cuba escogida con el examen de sus libros fundamentales, desde Martí hasta Hernández Catá, Montenegro o Rodríguez Embil. En el otro folleto glosa las críticas que Federico de Onis ha hecho a la vida y al ambiente universitario español, y las aplica a la realidad nuestra. De este análisis desprende una serie de excelentes observaciones, capaces de convertirse en los mandatos y las consignas de una sana política cultural.

Así la obligada permanencia de González entre gente sajona no hace sino acrecentarle con fervorosa nostalgia su sentimiento indoamericano; y pocos son los hombres que ofrecen a nuestra causa espiritual mayor dedicación, orden y simpatía. Se informa de todo y nos lo comunica. Siempre estamos aguardando el último «*Fichero*» que ya sabemos denso de noticias y de descubrimientos.—MARIANO PICÓN-SALAS.

Notas del mes

La muerte de Alberto Guillén

La muerte del poeta peruano Alberto Guillén se produjo inesperadamente en Arequipa, ciudad donde residía desde hacía tiempo. Guillén fué un buen amigo nuestro y vivió varios meses entre nosotros, en la camaradería literaria que su espíritu amplio supo abrir en el corazón de los escritores chilenos. Era un temperamento fino y generoso, penetrante y agudo. Un libro estridente, hecho en España, *La Linterna de Diógenes* en el que los escritores españoles de mayor calidad aparecen en una intimidad descarnada, le dió a conocer como escritor despojado de toda influencia de camarilla. Este libro fué ásperamente criticado. Era el libro de la juventud, la bizarría del hombre americano que va a medirse con los hombres consagrados y a pesar de que muchos de esos retratos eran injustos. los escritores jóvenes de América saludaron en Guillén a uno de los escritores más originales. Había en Guillén, ironía, mordacidad. En *Deu-calión*, colección de poemas que publicó más tarde aparecen ya en su pleno florecimiento estas cualidades del escritor; había quizá egolatría, un inmoderado afán de exaltar su yo, por encima de las duras y amargas realidades que en su propia patria comenzaban a manifestarse en las agrupaciones juveniles, en las luchas políticas y en el repudio a los regímenes de gobierno que escarnecen la personalidad humana.

Por eso de *Nuestro Señor Yo* libro de rebeldías egolátricas hasta los últimos que alcanzó a componer, se advierte la línea de

variación del poeta, que se acerca paso a paso a la realidad de su tierra y aspira a despojarse de las antiguas bizarrías de los veinte años. De nada servirían ahora al poeta esos arrestos, puesto que una realidad grave, cejijunta y de batalla, comenzaba a cercar el destino de los países americanos, y era necesario tomar una posición definida, aun sirviéndose del arte. Guillén tenía un hondo sentido americanista. Y esto debería servirle para entender mejor el drama de su propio país primero y luego el de los demás. La muerte no quiso que en el poeta maduraran los nuevos sueños de que se sentía henchido. Murió en el instante en que se aprestaba para realizar un viaje al Ecuador, de confraternidad y de compañerismo intelectual.

La muerte de Guillén, renueva entre los amigos de Chile, que fueron muchos, los recuerdos de las bellas cualidades que lo adornaron como escritor y como amigo y lamentan el desaparecimiento de un poeta que tan sinceramente curioso se mostró con los aspectos intelectuales de nuestro país.

Manifestación a un escritor

Con ocasión de haber obtenido el premio anual *Atenea* (1934) por su libro *Pacífico-Atlántico* y con motivo de la publicación de su ensayo *Indecisión y Desengaño de la Juventud*, la Sociedad de Escritores y un grupo de amigos, ofrecieron una comida al señor Domingo Melfi D. La manifestación se verificó en uno de los restaurantes de la capital y fué ofrecida en bellas palabras por Mariano Latorre que hizo el elogio del festejado. Contestó el señor Domingo Melfi con el discurso que damos en seguida. Hablaron además, los señores Augusto d'Halmar, Ernesto Montenegro, Fernando Santiván, el escritor peruano Ramiro Pérez Reinoso, la poetisa Olga Acevedo, el ex diputado argentino Pedro Moreno y Lautaro García.

Asistieron a esta manifestación los siguientes escritores y amigos:

Lisandro Santelices, Alberto Romero, Jerónimo Lagos Lisboa, Carlos G. Nascimento, Enrique Vergara Robles, Carlos Préndez Saldías, Arturo Meza Olva, David Bari, Januario Espinoza, J. S. González Vera, Germán Luco Cruchaga, Alejandro Reyes, Milton Rossel, Ernesto Montenegro, Fausto Soto, Ascencio Díaz, Marta Brunet, María C. Madrid, Augusto d'Halmar, Eugenio González, Oscar Vera J., Luis Calvo Nieto, Olga Acevedo, Camilo Quinzio, Claudio Arteaga Infante, Enrique Espinoza, Carlos J. George Márquez, Diómedes de Pereira, Sady Zañartu, Ramiro Pérez Reinoso, David Perry B., Cleofas Torres, Mariano Latorre, Fernando Santiván, Luis Durand, Franco Paolantonio, Joaquín Edwards Bello, Ramón Valenzuela, Pedro A. Moreno, Francisco Ramírez, Lautaro García, Luis Apellániz y Ernesto Merino. Adhirieron: Juana Quíndoz, Lautaro Yankas, José María Perlaza, Carlos Vattier, Blanca Luz Bruna y Gonzalo Quinteros.

El discurso del señor Melfi fué el siguiente:

«Como he llevado una vida, más o menos silenciosa, me sorprende un poco esta manifestación de mis amigos. El premio casi no me parece mío, sino de todos ustedes, porque lo poco que hasta hoy he logrado realizar ha sido hecho en homenaje a las letras chilenas, a las cuales todos tenemos el deber de colocar en un sitio muy alto.

Los amigos han sido muy gentiles. Todos los que aquí se encuentran reunidos, en su mayoría, representan de algún modo lo más interesante de la literatura chilena, los esfuerzos para hacerla grande y un heroísmo que nunca me cansaré de aplaudir. Es un error para muchos, que no viven en la vida de las letras, creer que nosotros pasamos en estado de beligerancia permanente. Eso es inexacto. Vivimos del exceso de nuestra fuerza espiritual, para unos más enraizada que para otros, en la pasión de la tierra. Y estas diferencias suelen también establecer disonancias de temperatura.

Yo he tratado de ser un fiel intérprete de lo que la mayoría de ustedes han hecho por la literatura y en la literatura. He seguido los pasos de casi todos y en casi todos he encontrado satisfacciones profundas y fervorosas. Confundo a los creadores, que son casi todos ustedes, con los verdaderos animadores de la vida heroica o espiritual de esta nacionalidad. Creo que gran parte del entusiasmo y de la voluntad que hoy existen por sentir o

buscar las cosas chilenas, se debe a los escritores. Cada cual impone su visión, y unos con más fuerza que otros; todos impregnan el espíritu de las gentes con algo de la belleza magnífica de esta tierra. Nada de lo que se escribe se pierde, y si los escritores pudiéramos conocer exactamente en qué medida nuestras palabras van labrando surcos cada vez más hondos en el alma del pueblo, llegaríamos a sentirnos dueños de un orgullo muy sano y generoso.

Yo he visto leer en comunidad a gentes sencillas, cuentos o artículos de escritores chilenos. Así como hay en los rincones de este país gente que canta o compone o talla en los troncos de los campos unas figuras agrestes e impresionantes; palpita, asimismo, en el corazón aparentemente cerrado de estos pobladores, una vena alborozada y cordial que busca en los que escriben, el secreto y el conocimiento de sí mismos. El pueblo, o sea toda la sociedad, ha venido a saber lo que era, y cuál su destino, a través de sus cantores y de sus intérpretes. Por esto el arte, con ser lo que más une es, asimismo lo que más honda y definitivamente muestra el alma de cada nacionalidad.

Queda esta manifestación como una de las que más legítimamente pueden enorgullecerme. Un premio por un libro lleno de amor a esta tierra ha hecho reunirse a los amigos, escritores o no, a quienes admiro y quiero de verdad.

Gracias muy sinceras a todos. Y séame permitido levantar esta copa por la grandeza literaria y la felicidad de todos ustedes».

LIBROS RECIBIDOS

BENJAMÍN JARNES.—*El Convidado de Papel*.—Madrid, 1935.

GASTÓN FIGUEIRA.—*Mi Deslumbramiento en el Amazonas*. (Poemas).—Montevideo, 1935

FEDERICO MORADOR.—*Anatomía*. (Poemas).—Montevideo, 1935.

A. GONZALO PATRIZI.—*Riscos*. (Poemas).—Caracas, 1935.

FELIPE MASSIANI.—*Geografía Espiritual de Venezuela*.—Caracas, 1935.

ANDRÉS DEL POZO.—*Las Ternuras*. (Poemas).—Buenos Aires, 1935.

JOSEFINA DE CEPEDA.—*Granada y Armáño*. (Versos).—Habana, 1935.

MODESTO CHÁVEZ FRANCO.—*Crónicas de Guayaquil Antiguo*, 1935.

ANGEL MODESTO PAREDES.—*Los Resultados Sociales de la Herencia*.—Quito, Ecuador, 1935.

VACHEL LINDSAY.—*Congo*. (Poema).—Traducción de Marcos Fingerit. 1935.

ALFONSO RANTES.—*Alborbola*. (Poemas).—Guatemala, 1935.

FAUSTO SOTO.—*Guía de Soñadores*.—Edit. Letras. Santiago de Chile, 1935.

AMANDA AMUNÁTEGUI.—*Velero de Tréboles*.—Edit. Nascimento, 1935.

FRANCISCO A. ENCINA.—*La Literatura Histórica Chilena y el Concepto actual de la Historia*.—Edit. Nascimento. Santiago, 1935.

